

LA  
BEATA MADRE  
JUANA  
DE  
LESTONNAC

CIÓN

07

BX4700

.L4

B4

C. 1

00910



1080021255

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

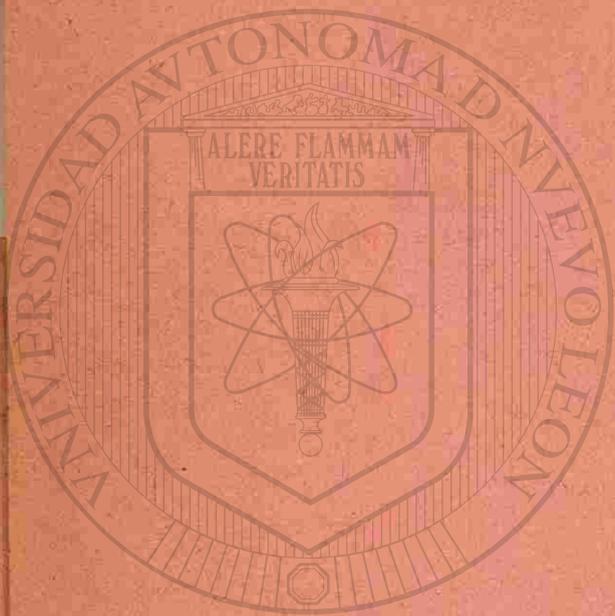
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA BEATA MADRE

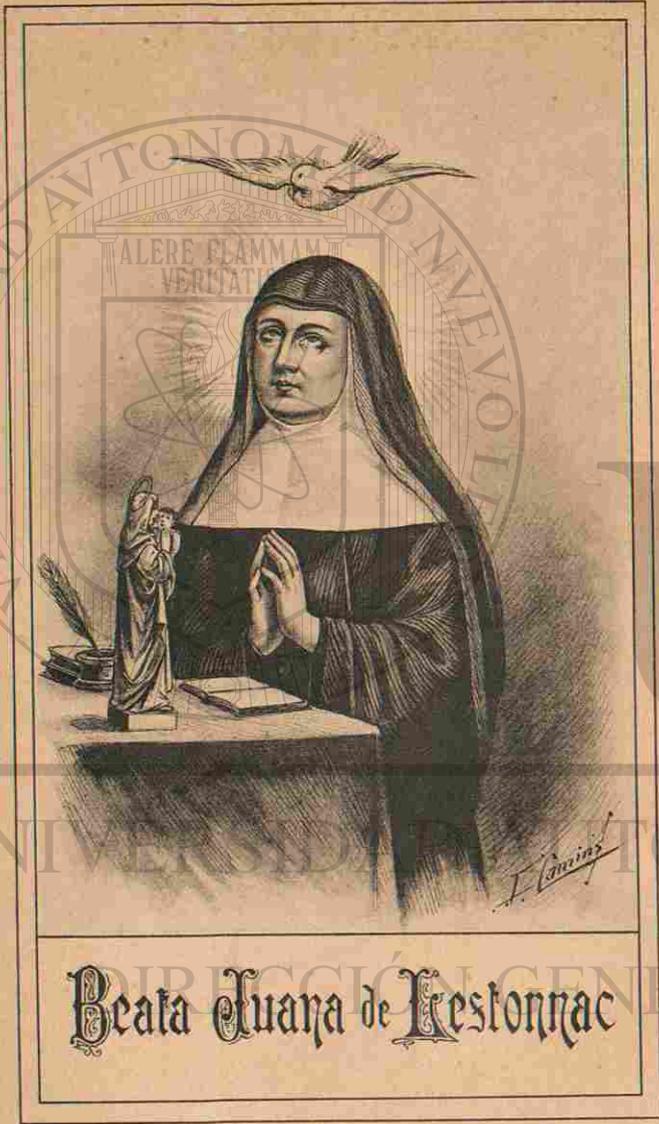
JUANA DE LESTONNAC

FUNDADORA DE LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Beata Juana de Kestonnac

AC

AS

VARIOS AUTORES

JUAN



Alfonsina  
Universitaria

FONDO  
VALVERDE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

45671



LA BEATA MADRE  
JUANA DE LESTONNAC

FUNDADORA  
DE LA ORDEN DE RELIGIOSAS  
HIJAS DE NUESTRA SEÑORA (ENSEÑANZA)

BIOGRAFÍA  
EXTRACTADA DE VARIOS AUTORES

POR  
UNA RELIGIOSA DE LA MISMA ORDEN  
DEL CONVENTO DE BARCELONA



CON APROBACIÓN ECLESIASTICA

BARCELONA

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5

1900

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

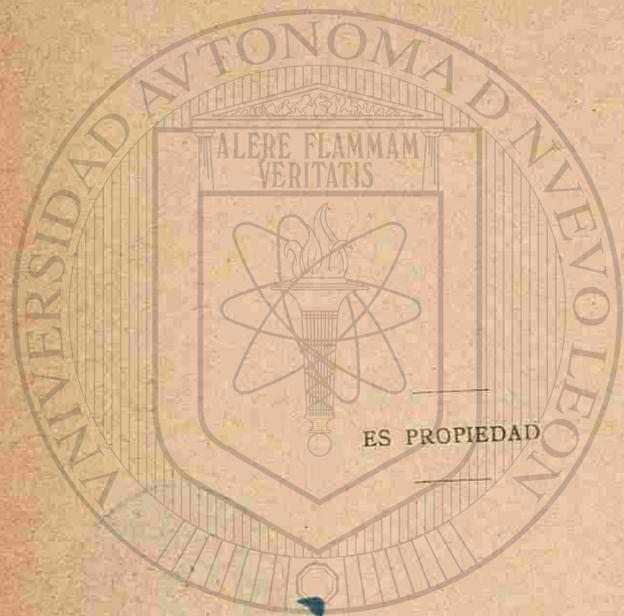
45671

V  
922  
L

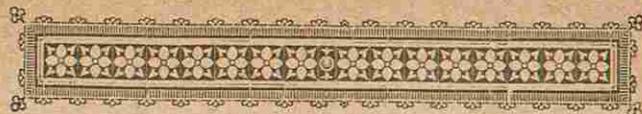
BX4700

L4

B4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## Á MI BIENAVENTURADA MADRE



CUANDO el corazón se halla henchido de amor y entusiasmo santo, y un sentimiento predominante de noble gratitud le impulsa á manifestar todo lo que siente, preciso será darle nuevos y dilatados ámbitos para que pueda latir libremente, y que suaves brisas vengan á refrigerar el ardor que le abrasa.

Estos efectos experimento yo, Madre querida: os amo mucho; me encanta el hermoso cuadro de vuestras heroicas virtudes; me extasio contemplando la gloria que gozáis entre los grandes Santos en el cielo; admiro el honor á que os ha sublimado el

009107

Supremo Jearca de la tierra al colocaros en nuestros altares, y me gozo sumamente en poderos llamar á boca llena: ¡Madre bienaventurada! Mas me reconozco impotente para cantar dignamente vuestras grandezas.

¿Tal vez, Madre mía, deberé recorrer los espacios del mundo ideal, donde pueda hallar modos y figuras para alabaros cual vos merecéis, y penetrando más y más encontrar acaso un concepto digno en que, fijando mi atención, me contente, y con ello cumplir debidamente con mi empeño?

No, Madre querida; no debo pedir como prestadas las ideas, los conceptos, ni mucho menos los afectos, pues tengo un corazón que os ama mucho, y sin duda sabrá sentir de vos como conviene, Madre bienaventurada.

Efectivamente, abro ante mis ojos la historia de vuestra vida santa y admirable, y me basta; percibo el aroma precioso que exhalan perpetuamente los ejemplos, las proezas y los actos todos en que descollasteis durante el período de vuestra larga y

hermosa existencia sobre la tierra, y hallo en sus páginas campo anchuroso y amenísimo donde puede espaciarse libremente mi espíritu y deleitarse cumplidamente el sentimiento gratisimo de mi corazón.

Así, pues, cual solicita abejuela que chupa de flor en flor el néctar suavísimo, del que forma panales de exquisita miel; del mismo modo yo, Madre mía, recorriendo uno por uno los diversos estados de vuestra vida, y notando los actos más culminantes que os hicieron grande y admirable, concibo el deseo de presentar un ideal perfecto de virtud y de santidad á cuantas personas leyeren los párrafos que contiene esta sencilla biografía.

Beata M. Juana de Lestonnac, aceptad el sincero testimonio de mi amor, veneración y gratitud. A vuestros sagrados piés deposito, cual místico ramillete de odoríferas flores, estas breves páginas: haced, Madre mía, que á sus perfumes de honor y de santidad acudan presurosas á inspirarse las niñas candorosas, las esposas fieles, las madres piadosas, las viudas continentas, las

Religiosas fervorosas y demás personas ávidas de imitar los ejemplos de los Santos, seguir sus enseñanzas, asegurar la salvación de sus almas y conseguir la gloria del cielo.

En retorno, Madre amantísima, echad sobre la más indigna de vuestras hijas una mirada de bondad; bendecidme amorosa, y concededme que, siguiendo muy de cerca vuestros pasos, sea mi conducta la de una verdadera Hija de Nuestra Señora.



LA BEATA MADRE

JUANA DE LESTONNAC

FUNDADORA

DE LA ORDEN DE RELIGIOSAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA



**D**IOS es admirable en sus Santos. Sin duda es admirable por los tesoros de gracia con que los enriquece, como también por colocarlos, en tiempos críticos, en medio de su Iglesia. Así vemos en la historia eclesiástica, que cuando un sectario se subleva en seguimiento de la bandera de Sathanás, desde luego se levanta uno de esos grandes héroes del Cristianismo, el cual, frente á frente con su adversario, combate y se esfuerza para desbaratar sus malvados planes. Bien puede decirse que los dos campos de Cristo y de Belial están siempre en lucha continua, y las proezas y

Religiosas fervorosas y demás personas ávidas de imitar los ejemplos de los Santos, seguir sus enseñanzas, asegurar la salvación de sus almas y conseguir la gloria del cielo.

En retorno, Madre amantísima, echad sobre la más indigna de vuestras hijas una mirada de bondad; bendecidme amorosa, y concededme que, siguiendo muy de cerca vuestros pasos, sea mi conducta la de una verdadera Hija de Nuestra Señora.



LA BEATA MADRE

JUANA DE LESTONNAC

FUNDADORA

DE LA ORDEN DE RELIGIOSAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA



**D**IOS es admirable en sus Santos. Sin duda es admirable por los tesoros de gracia con que los enriquece, como también por colocarlos, en tiempos críticos, en medio de su Iglesia. Así vemos en la historia eclesiástica, que cuando un sectario se subleva en seguimiento de la bandera de Satanás, desde luego se levanta uno de esos grandes héroes del Cristianismo, el cual, frente á frente con su adversario, combate y se esfuerza para desbaratar sus malvados planes. Bien puede decirse que los dos campos de Cristo y de Belial están siempre en lucha continua, y las proezas y

victorias obtenidas á favor de la Santa Iglesia (ó del reinado de Jesucristo) forman la vida y los hechos heroicos de los grandes Santos.

Esta ley de la Providencia divina, tan repetidamente justificada desde el principio de los siglos, se hace muy patente en la venerable sierva de Dios Juana de Lestonnac, cuyas grandes virtudes vamos brevemente á relatar.

En pleno siglo décimosexto, época en que la pretendida Reforma clavaba en todas partes sus emponzoñados dardos, Ignacio de Loyola, herido en los baluartes de Pamplona, y convertido á Dios el mismo año en que Lutero enarbola el estandarte de rebelión contra la Iglesia, es uno de los primeros que protesta de la audacia de los sacrilegos reformadores.

Mas el rebelde metió el desorden hasta en los asilos de la oración y de la quietud, y como también las venenosas doctrinas de Calvino, en Francia, amenazaban graves peligros á la juventud de ambos sexos, Dios multiplica sus socorros contrarrestando las miras de los malos, y al poderoso aliento de su gracia se ven reflorar las soledades del claustro, y las virgenes que el amor divino ha reunido allí sienten ar-

der en sus corazones el fuego del celo santo y la intrepidez de un apóstol.

Juana de Lestonnac ha comprendido bien cuánto convenía hacer para poner en salvo la educación cristiana del sexo femenino, y entra la primera en este campo de batalla con su escuadrón escogido, colocado bajo el estandarte de María, dispuesta y resuelta á todos los sacrificios: así protesta contra las innovaciones impías de Lutero y de Calvino.

Justificaríamos muy por extenso, si necesario fuese, la idea que acabamos de exponer; pero solamente nos proponemos resumir brevemente la vida santa y humilde de esta gran Sierva del Señor, y estas cortas páginas tendrán tan sólo el carácter propio de actualidad, porque á igual del siglo décimosexto, en que Dios inspiró á Juana de Lestonnac para la ejecución de su obra apostólica, ¿no se han visto en nuestros días las casas religiosas sitiadas, invadidas y despobladas por la Revolución? ¿y el ateísmo legal multiplicar sus escuelas, procurando pervertir las almas de la niñez y perderlas?

Dios se levantará para juzgar su causa y defenderla; esta es la consoladora esperanza que alienta nuestro corazón. Pero

mientras esperamos la hora señalada en los designios del Señor, séanos permitido robustecer nuestra fe y reanimar nuestro espíritu con el estimable recuerdo de la vida de una alma grande, cuya obra capital fué una protesta anticipada contra los atentados de la impiedad contemporánea.

## I

Juana de Lestonnac nació en Burdeos el año 1556, de padres nobilísimos: fué la mayor de cuatro hijos, dos varones y dos hembras. Su padre, Ricardo de Lestonnac, consejero en el Parlamento de la ciudad y eminente magistrado, se distinguía por una fidelidad inviolable á todas las convicciones católicas. Su madre, Juana Deyquem de Montaigne, menos arraigada en la fe, sucumbió á los nuevos errores hasta el extremo de abrazar el Calvinismo: ¡desgracia ciertamente muy grande para ella y para la hija que el cielo acababa de darle! Los dos primeros escritores de su vida dicen, con cierto recelo, si la vida sobrenatural de esa criatura fué ajada en su primera lozanía; porque, ¿quién pudo defenderla de su propia madre? Mas no fué así; Dios la

preservó, oponiendo á las instrucciones é influjo materno un seguro contrapeso en la fe viva y ardiente piedad del padre. El Sr. de Lestonnac nunca consintió que su hija fuese educada en una religión que su conciencia condenaba, y no atendiendo á las importunas indicaciones de su mujer, quiso que Juana recibiese la vida espiritual por medio de la regeneración sobrenatural del Bautismo, de manos de ministros católicos. En sus primeros años aplicaba todo su celo en impedir que la niña admitiese en su entendimiento los errores que intentaban imponerle; él mismo la instruía en el conocimiento de las verdades de la Religión católica, la reñía cuando oía que pronunciaba algunos dogmas de los calvinistas, y, sobre todo, se mostraba muy ofendido de las criadas y disgustado de su mujer, porque intentaban pervertir la inocencia de su querida Juana.

La Sra. de Lestonnac no desistió en su empeño de ver hugonota á su hija, antes bien le parecía que como madre le tocaba de lleno, no sólo la educación, sino también la instrucción religiosa de su hija, según los estilos de aquellas provincias en tan desgraciados tiempos. Y no pudiendo libremente echar mano de ninguna tentati-

mientras esperamos la hora señalada en los designios del Señor, séanos permitido robustecer nuestra fe y reanimar nuestro espíritu con el estimable recuerdo de la vida de una alma grande, cuya obra capital fué una protesta anticipada contra los atentados de la impiedad contemporánea.

## I

Juana de Lestonnac nació en Burdeos el año 1556, de padres nobilísimos: fué la mayor de cuatro hijos, dos varones y dos hembras. Su padre, Ricardo de Lestonnac, consejero en el Parlamento de la ciudad y eminente magistrado, se distinguía por una fidelidad inviolable á todas las convicciones católicas. Su madre, Juana Deyquem de Montaigne, menos arraigada en la fe, sucumbió á los nuevos errores hasta el extremo de abrazar el Calvinismo: ¡desgracia ciertamente muy grande para ella y para la hija que el cielo acababa de darle! Los dos primeros escritores de su vida dicen, con cierto recelo, si la vida sobrenatural de esa criatura fué ajada en su primera lozanía; porque, ¿quién pudo defenderla de su propia madre? Mas no fué así; Dios la

preservó, oponiendo á las instrucciones é influjo materno un seguro contrapeso en la fe viva y ardiente piedad del padre. El Sr. de Lestonnac nunca consintió que su hija fuese educada en una religión que su conciencia condenaba, y no atendiendo á las importunas indicaciones de su mujer, quiso que Juana recibiese la vida espiritual por medio de la regeneración sobrenatural del Bautismo, de manos de ministros católicos. En sus primeros años aplicaba todo su celo en impedir que la niña admitiese en su entendimiento los errores que intentaban imponerle; él mismo la instruía en el conocimiento de las verdades de la Religión católica, la reñía cuando oía que pronunciaba algunos dogmas de los calvinistas, y, sobre todo, se mostraba muy ofendido de las criadas y disgustado de su mujer, porque intentaban pervertir la inocencia de su querida Juana.

La Sra. de Lestonnac no desistió en su empeño de ver hugonota á su hija, antes bien le parecía que como madre le tocaba de lleno, no sólo la educación, sino también la instrucción religiosa de su hija, según los estilos de aquellas provincias en tan desgraciados tiempos. Y no pudiendo libremente echar mano de ninguna tentati-

va, porque la presencia del esposo se lo impedía, le fué forzoso disimular el ataque; y en su destreza halló el medio de sustraer á Juana, confiándola á una tía materna (digna hermana de la Sra. de Lestonnac, pues profesaba ocultamente el Calvinismo), la que no perdonó medio alguno para infiltrar el veneno en el inocente corazón que se le confiara. De común acuerdo con la madre multiplicó los medios de seducción, y dió continuos asaltos á la fe, tierna todavía y quizá algo vacilante, de Juana, hasta el punto de llevarla á oír las pláticas de los ministros sectarios; poner en sus manos libros heréticos, con los que debía aprender á leer; entretenerla en conversaciones y juegos con niñas hugonotas, y usando la madre de la corrección y del castigo cuando su hija se resistía á complacerla en sus perversos intentos.

Esto que era mucho para una alma tan tierna, no bastó para vencer á Juana; todo fué en vano, lo mismo las amenazas que las caricias. La gracia del bautismo, unida á un entendimiento precoz y á una prudencia nada común, hicieron como invencible á esta niña.

El Sr. de Lectonnac, informado de lo que pasaba, acudió oportunamente á re-

mediar el daño que amenazaba á su hija, que contaba entonces doce años de edad, llevándosela consigo, y confiando su educación á un tío de Juana.

## II

Esta tan divina protección no fué la única prueba que Dios quiso dar de la exquisita providencia que tenía para con esta su hija de bendición. Si antes opuso las influencias del padre á las seducciones de la madre, á su tiempo sabrá oponer al proselitismo de la tía las primicias del celo de uno de los hermanos de Juana. El joven de Lestonnac, de menos edad que su hermana, cursaba el año 1568 en las escuelas de los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales eran celebrados como ángeles exterminadores de los errores de aquella época; y cuanto aprendía en la escuela y escuchaba en los sermones, que pudiese confirmar á Juana en la fe, é inclinarla á los ejercicios de piedad, vuelto á casa, se lo refería. Ella lo oía con gusto, y lo meditaba seriamente, fijándose de un modo particular en los consejos que le daba su hermano, quien le decía que no se dejase engañar de

los halagos y amenazas de su madre, y que en la alternativa de ofender á la madre ó de ofender á Dios, con tal que Dios quedase contento, poco debía importarla que la madre quedase disgustada y ofendida.

Estas pláticas íntimas y familiares de los dos hermanos influyeron poderosamente para conservar á Juana constante en la fe, como ella decía después, experimentando en sí lo que dice el Espíritu Santo: «Que un hermano, á quien otro hermano ayuda, es como una ciudad inexpugnable.»

Efecto de esta tierna afección fraternal fué el ánimo esforzado y decidido que Juana sintió para intentar la conversión de su madre, á la cual amaba y respetaba con verdadero amor de hija. Empezó por representarle el peligro que corría de perder su alma; discutía con ella; deshacía las objeciones de los herejes; y oponía las verdades del Catolicismo á los sofismas de la falsa religión; trabándose así frecuentes y conmovedoras luchas entre la piedad filial y la materna obstinación; luchas que costaron á la jovencita Juana no pocas lágrimas.

La madre resistió tenazmente á las reflexiones y persuasiones de su hija, y sofocando como quiera en su interior el amor maternal, convertía todo su cariño en

odio, sus favores en desaires, sus blanduras en rigores, y sus halagos en malos tratamientos de palabra y de obra; ¡tal es el poder de la preocupación, que ofusca y aun destruye los más nobles sentimientos del corazón humano! Efectos muy contrarios experimentaba su hija Juana, pues cuanto más abominaba á la herejía tanto más amaba á su madre, desvelándose para darle gusto en todo lo que conocía, en conciencia, que no habia de ser motivo de disgusto á Dios. Cumplía las obligaciones de católica, sin faltar á las atenciones de hija, en el respeto, obediencia, deferencia y amor á su madre, asistiéndola de continuo y dispuesta siempre á servirla, previniendo con esto á las mismas criadas de la casa.

Dura prueba fué para la generosa niña verse rechazada del cariño de una madre querida, y levantando un día sus llorosos ojos al cielo, buscó amor, amparo y protección en la Santísima Virgen María, y lo consiguió. La particular protección que desde entonces recibió de la divina Madre fué uno de los más dulces recuerdos, durante su vida, pudiendo decir que, desde la infancia, fué constantemente favorecida de esta soberana Señora.

## III

Dios, complacido de la magnanimidad con que su Sierva sobrellevaba la cruz de tanta contradicción y amargura, quiso consolarla con la suavidad de sus divinas comunicaciones; y las delicias del amor divino la indemnizaron, con creces, de los goces de que se hallaba privada en el seno de la familia. La mortificación cristiana, el amor á la soledad y el espíritu de oración se desarrollaron admirablemente en esta tierna joven, dispuesta ya y muy probada por la mano del Señor; y á medida que se veía más privada del consuelo humano, el Espíritu Santo le infundía los primeros deseos de mayor perfección, dándole á sentir una fuerte é irresistible inclinación á la vida del claustro. A la sazón las empresas y feliz éxito de Teresa de Jesús, cuyo nombre no cabía en los ámbitos de España, excitaron más y más el ardor de los deseos de Juana, hasta la emulación. Pronto estaba, como la heroína española, á dar mil vidas por salvar una sola alma, y hubiese querido renovar en Francia los mismos prodigios de celo que se admiraban en

España, y de este modo consolar á la santa Iglesia de la pérdida de tantas almas como le arrebatava la herejía.

Pero Juana hubo de represar en su interior los generosos deseos de su alma grande y las piadosas inclinaciones de su corazón, viendo que muchos monasterios, invadidos, ó, cuando menos, manchados por la herejía, no eran ya lugares de seguridad para las almas escogidas. Titubeó, y por entonces desistió de su vocación religiosa ante el temor de exponer su alma, y también por la resistencia que indudablemente le había de oponer su padre.

Este sacrificio le fué muy costoso, pero lo aceptó resignada, esperando, con la eficacia de la oración, el momento oportuno en que el Señor le manifestase su divina voluntad.

Dios se apresuró á animar á la piadosa joven, y le hizo prever que sus deseos se cumplirían. Estando un día ante el Señor en fervorosa oración, oyó distintamente una voz interior que le dijo: «Ten cuidado, hija mía, de no dejar apagar este fuego que Yo he encendido en tu corazón, y que ahora te incita con tanto ardor á mi servicio.» Estas palabras que Juana percibió claramente, aunque sin comprender á la sazón

todo el sentido que encerraban, se grabaron en su alma y fueron para ella como una luz bienhechora que iba guiando sus pasos, largo tiempo errantes, por el desierto del mundo, mientras aguardaba la llegada del dichoso día en que pudiera entrar á poseer la tierra prometida de la Religión.

## IV

Entre persecuciones y muchas dificultades por una parte, y santos entusiasmos por otra, iba creciendo la amable Juana, mientras que el Sr. de Lestonnac premeditaba el modo de asegurar el porvenir de su hija. Sucede con frecuencia que Dios conduce á las almas por caminos aparentemente opuestos á los designios que tiene sobre ellas: parece como que las aleja del término, y en realidad las va conduciendo á alcanzarlo. En este caso se halló la Srta. de Lestonnac: destinada por la Providencia divina para fundadora de una nueva Orden religiosa, la vemos sumisa obedecer á su padre en una determinación muy contraria al deseo de su corazón; pues siendo llamada y sintiéndose inclinada á las bodas del Cordero inmaculado, da su

mano á un esposo mortal. Sin embargo, el mismo matrimonio no ha de servir á Dios de estorbo, sino de medio, para que se cumpla la promesa que tiene hecha á su amada Sierva: quiso Dios que en la educación de sus numerosos hijos aprendiese á formar el noviciado que un día había de regir, y tuviese para con sus nuevas hijas espirituales que el Señor le había de dar, entrañas de verdadera madre.

Llegó Juana á los diecisiete años de su edad, y á la par de su distinguido nacimiento, hermosura y grandes bienes de fortuna, poseía un espíritu elevado, juicio recto, trato amable y mucha gracia y prudencia en el hablar; cuyos relevantes dotes naturales, unidos á una eminente piedad, rara modestia y sencillez, atraían las miradas de todos y hacían que fuese celebrada como una de las jóvenes más cabales de la provincia. El cielo confió este tan precioso y estimable tesoro al joven Gastón de Montferrant, soldán de la Trau, barón de Lesparre y de Landirás, con quien se unió Juana en matrimonio, obedeciendo al mandato de su padre Sr. de Lestonnac, quedando así enlazada su nobilísima familia con las casas más ilustres de Francia, Aragón y Navarra.

todo el sentido que encerraban, se grabaron en su alma y fueron para ella como una luz bienhechora que iba guiando sus pasos, largo tiempo errantes, por el desierto del mundo, mientras aguardaba la llegada del dichoso día en que pudiera entrar á poseer la tierra prometida de la Religión.

## IV

Entre persecuciones y muchas dificultades por una parte, y santos entusiasmos por otra, iba creciendo la amable Juana, mientras que el Sr. de Lestonnac premeditaba el modo de asegurar el porvenir de su hija. Sucede con frecuencia que Dios conduce á las almas por caminos aparentemente opuestos á los designios que tiene sobre ellas: parece como que las aleja del término, y en realidad las va conduciendo á alcanzarlo. En este caso se halló la Srta. de Lestonnac: destinada por la Providencia divina para fundadora de una nueva Orden religiosa, la vemos sumisa obedecer á su padre en una determinación muy contraria al deseo de su corazón; pues siendo llamada y sintiéndose inclinada á las bodas del Cordero inmaculado, da su

mano á un esposo mortal. Sin embargo, el mismo matrimonio no ha de servir á Dios de estorbo, sino de medio, para que se cumpla la promesa que tiene hecha á su amada Sierva: quiso Dios que en la educación de sus numerosos hijos aprendiese á formar el noviciado que un día había de regir, y tuviese para con sus nuevas hijas espirituales que el Señor le había de dar, entrañas de verdadera madre.

Llegó Juana á los diecisiete años de su edad, y á la par de su distinguido nacimiento, hermosura y grandes bienes de fortuna, poseía un espíritu elevado, juicio recto, trato amable y mucha gracia y prudencia en el hablar; cuyos relevantes dotes naturales, unidos á una eminente piedad, rara modestia y sencillez, atraían las miradas de todos y hacían que fuese celebrada como una de las jóvenes más cabales de la provincia. El cielo confió este tan precioso y estimable tesoro al joven Gastón de Montferrant, soldán de la Trau, barón de Lesparre y de Landirás, con quien se unió Juana en matrimonio, obedeciendo al mandato de su padre Sr. de Lestonnac, quedando así enlazada su nobilísima familia con las casas más ilustres de Francia, Aragón y Navarra.

Con los vínculos indisolubles del santo matrimonio, en el mes de Septiembre del año 1573, se unieron estos ilustres esposos, que por la nobleza y conformidad de sentimientos se hicieron dignos el uno del otro; y el Espíritu Santo derramó liberalmente en sus almas los dones que conducen á la perfección de los que, en el estado conyugal, se empeñan en cumplir con la obligación del amor á Dios y con el amor que entre sí debe reinar constantemente.

En adelante Juana, colocada en medio del mundo y unida á su esposo, ¿no parece estar tan distante del cumplimiento de sus anhelos, quanto de los designios que el Señor tenía sobre ella?

## V

En su nuevo estado la joven Baronesa guardó un tenor de vida muy conforme al de la mujer fuerte y temerosa de Dios, cuyo elogio leemos en los Proverbios. El señor de Montferrant formó elevado concepto de las prendas de su esposa, y conociendo en ella talentos superiores á su sexo, desde luego le confió todo el gobierno doméstico de su familia; y no le engañó su confianza,

porque Juana reguló de tal manera su casa, que más parecía familia religiosa que seglar. Los criados se esmeraban en cumplir sus deberes; la unión reinaba entre ellos; no había chismes ni hablillas, tan frecuentes en las casas de los señores, y sobre todo era mucha su piedad y devoción, porque bien sabian todos que, para merecer la gracia de su señora y conservarla, era preciso proceder fielmente en las costumbres cristianas.

Después que le dió Dios fruto de bendición, tomó á su cuidado la crianza y primera educación de sus hijos muy queridos. Las primeras palabras que les enseñó á balbucear fueron los dulces nombres de Jesús y de María, con preferencia á los de padre y madre, porque, decía ella, los hijos primero pertenecen á Dios que á sus padres. Más crecidos, procuró inspirarles el amor y temor santo de Dios, y á ejemplo de la piadosa reina Blanca de Castilla, repetía muchas veces que prefería ver á sus hijos muertos en sus brazos, á verlos manchados de una culpa mortal. Tan cristianas lecciones, apoyadas con los ejemplos de la Sra. de Montferrant, cayeron en el alma de su naciente familia como buena semilla, en tierra bien dispuesta, dando á su tiempo frutos de honor y de santidad.

Como la nave con viento en popa, proseguía la Sra. de Montferrant su vida santa y ejemplar en el seno de su familia; pero más tarde plugo al Señor disponer que soplara el viento de la tribulación, y envió algunas cruces á aquella tan dichosa familia, con la mira de acrisolar las virtudes de su amada Sierva.

Siendo ya madre de siete hijos, perdió tres de ellos cuando aun eran tiernos infantes, entendiendo con esto que los goces de acá no se disfrutaban sin amarguras. Otro contratiempo le preparó el Señor, haciendo que en el año 1595 falleciese el Sr. de Lestonnac, contratiempo muy sensible para su corazón de hija, muy reconocida al amor y desvelos de un padre á quien, después de Dios, era deudora de haber conservado la fe católica, tan duramente combatida en su niñez.

Transcurridos veinte años de matrimonio, sin que la más mínima discordia hubiese turbado nunca la íntima unión de los dos esposos, á mediados del año 1597 fué súbitamente atacado el Sr. de Montferrant de una grave enfermedad, y á los pocos días murió cristianamente como había vivido, dejando á sus hijos nobles ejemplos de su fidelidad á Dios y á la patria. Cierta

que la Baronesa sintió vivamente este golpe terrible; mas como esposa cristiana, no fué del número de aquellas de quienes nos dice San Pablo, que lloran sin esperanza; antes bien, si inclinó la cabeza bajo el peso de la aflicción, fué para levantarla luego animosa, y bendecir á la divina Bondad por los rigores de misericordia que usaba con ella. Fortificada, además, por medio de la oración, sintió entonces su corazón libre y alentado para seguir sus primeros impulsos de abrazar el estado religioso.

## VI

Cumplidos los últimos deberes para con su difunto esposo, la Sra. de Lestonnac se entregó á serias reflexiones sobre lo que Dios quería de ella en su viudez, é iluminada con luz sobrenatural comprendió que, rotas las cadenas que la detenían en el mundo, debía consagrarse toda á Dios, y fiel al llamamiento divino, se ofreció sin reserva al Esposo inmortal, para que fuera el único amor de su corazón y su herencia por toda la eternidad.

En el período de seis años se entregó al ejercicio de todas las virtudes y al cuidado

de sus hijos, procurando ponerles en estado, ó en tales condiciones, que cuando se separase de ellos pudiesen prescindir de los desvelos maternales. Así fué: sus dos hijas mayores, Marta y Magdalena, profesaron en el convento de la Anunciata de Burdeos; su hijo Francisco en el año 1600 se casó con la Srta. Margarita de Cazalis; la pequeña hija Juana, de nueve años, podía quedar bajo los cuidados de su hermano el Barón de Montferrant, hasta tanto que Dios le indicase el estado que debía abrazar.

Llegó, pues, el momento decidido por la Sra. de Lestonnac: sus miradas se dirigieron al célebre y austero monasterio de las Fuldenses, de Religiosas Bernardas, de Tolosa, en el que florecía la observancia regular con toda su perfección. Después de probado y aprobado su propósito por sus Padres espirituales, comunicó sus deseos y pidió su admisión al Rdo. P. Juan de San Esteban, provincial de los Fuldenses, que se hallaba de paso en Burdeos, el cual, muy experimentado en la dirección de las almas, después de varias tentativas conoció que una tal vocación era de Dios, y él mismo escribió á la reverenda Madre Carlota de Santa Clara, superiora del monasterio de Tolosa, comunicándole la petición y mé-

ritos de la nueva postulante que el cielo le enviaba.

Sólo restaba á la noble pretendiente dar el último adiós á su amada familia. Por una delicadeza de encontrados sentimientos resolvió nada decir á su tierna hija, y manifestar solamente su resolución al hijo, la misma vigilia del día fijado para la partida. Profundamente sorprendido el Barón de Montferrant por tal noticia, no pudo por largo espacio de tiempo proferir una sola palabra, á cuyo silencio se siguieron las lágrimas; y después que pudo hablar, entre afectuosas quejas demostró á su madre todas las razones que su amor filial le sugirió para detenerla en su resolución; pero á las lágrimas y súplicas de su hijo opuso la madre toda la energía de una heroica voluntad sostenida por la divina gracia, y se negó á que la acompañase á Tolosa, como él deseaba.

El día siguiente al romper el alba, la Sra. de Lestonnac, acompañada de algunos domésticos, se hallaba á las orillas del Garona, aprestándose para subir á la barca que debía conducirla á Tolosa. Pero, en el momento de partir le estaba reservada todavía una prueba en extremo dolorosa. Su hija, que súbitamente se había desperta-

do á los lamentos de los criados, que lloraban la separación de su señora, se levanta, indaga la causa del llanto, y no consultando más que á su dolor, corre desolada á la ribera, ve la barca en la que iba á entrar su fugitiva madre, y se echa á sus brazos, entre lamentos y sollozos. La señora de Lestonnac, ante una escena tan desgarradora, siente enternecerse su magnánimo corazón, y fortalecida de nuevo por el Señor, consuela animosamente á su hija; luego se desprende de sus brazos, entra en la embarcación, que al empuje de los vigorosos remos que manejan esforzados marineros se aleja rápidamente del puerto.

¡Noble y heroico ejemplo, que siete años después imitó santamente Juana de Chantal, como en otro tiempo se admiró en Santa Paula á orillas del Tíber!

Acompañaban á la Sra. de Lestonnac, en la navegación, el Padre Provincial de los Fuldenses y algunos domésticos. El trayecto fué largo, debiendo los barqueros remar continuamente contra la corriente, pero la oración y devotas ocupaciones en-

dulzaban las fatigas del viaje. Al desembarcar en Tolosa, la piadosa comitiva se dirigió directamente al monasterio; mas he ahí que en la misma playa se presenta á la ilustre señora otra prueba, que renovará las anteriores. Su hijo, el Barón de Montferrant, á pesar de la prohibición de su madre salió de Bordeaux pocos días después de ella, y tomando el camino por tierra, llegó antes á Tolosa, para dar el último asalto al corazón de su llorada madre. Cuantos argumentos puede el amor filial sugerir á un buen hijo, tantos empleó el Barón para inducir á que la madre desistiera de su resolución; mas todo fué en vano, porque usando la madre de su autoridad, le hizo ver que sus esfuerzos eran inútiles, diciendo: «Dios me llama, y debo obedecer;» y habiéndose despedido tiernamente del hijo, pasó los umbrales del monasterio, dónde creyó encerrarse para siempre.

Quizás la humana sabiduría se escandalizará á la vista de una firmeza que calificará de cruel; es que no alcanza á medir la sublimidad de estos actos heroicos, que son muy comunes y frecuentes en la vida de los Santos. Mas, si tales ejemplos sirven de escándalo á los prudentes del siglo, porque no conocen los deberes que tenemos para

con Dios; sirven, á la vez, de aliento y estímulo á las almas concedoras de Dios y agradecidas, para consumir y ofrecer los más grandes sacrificios en aras del amor divino, á imitación de la heroína cuya vida resumimos brevemente en estas páginas.

Sería en el mes de Marzo del año 1603 cuando la Sierva del Señor, de edad cuarenta y siete años, empezó su probación, y el 11 de Junio del mismo año vistió el santo hábito de novicia, tomando el nombre de Sor Juana de San Bernardo.

## VIII

A la manera que el viajero dobla el paso para llegar á su término antes de anoche- cer, así la fervorosa novicia corría veloz- mente por las vías de la santidad, deseosa de alcanzar, ó á lo menos seguir de cerca (como en su humildad ella decía), á las esposas de Jesucristo, de cuya compañía tenía la dicha de disfrutar. No haremos aquí la descripción de las virtudes de esta fervorosa novicia; únicamente diremos que en el corto plazo de su vida religiosa supo maravillosamente lograr el mérito de muchos y muy prolongados años.

Los rigores de una Regla austerísima, de largas vigili- as, ayunos, cilicios, discipli- nas, silencio perpetuo, trabajo continuo, y quizá también los consuelos y deliquios celestiales que, por de contado, recibía de la Divina Bondad, quebrantaron su salud, ya algo delicada. Se le declaró una extenuación total de fuerzas, acompañada de otras muchas enfermedades, que la redujeron á un estado apuradísimo. Cuidados, oraciones, penitencias y Misas se repetían constantemente, con el fin de rehacer su salud tan preciosa; mas todo fué inútil; el mal cada día tomaba mayor crecimiento. Se consultaron acreditados médicos, y no hallaron éstos otro recurso que ordenarle un cambio radical de vida y de aires.

Esta prescripción ponía á la venerable novicia en la alternativa de volver al mundo, al cual absolutamente había abandonado, ó de morir presto. Veamos el partido que escoge: «Si no me queda, decía ella, más que morir, estoy pronta; la muerte nada tiene de espantosa para el que no tiene ni apetece cosa de la tierra. Solamente deseara un poco más de tiempo para así reparar lo pasado con la penitencia y mortificación; mas si el cielo ha dispuesto de mí, que se me conceda solamente

la satisfacción de morir con el hábito que llevo con tanta consolación y alegría de mi alma. Ya que no soy digna de vivir en esta santa casa, á lo menos que no me nieguen una sepultura para este mi pobre cuerpo.» Pero como la voluntad de Dios se demostraba visiblemente á la enferma, dijo con resignación: «Señor, si es posible, que se aparte de mí este caliz;» y en lo más recio de sus angustias añadía: «Que se cumpla, Señor, vuestra voluntad y no la mía.»

## IX

Un acto tan generoso de abandono á la divina voluntad, inclinó el corazón de Dios á consolar á la afligida enferma con la abundancia de dulces consolaciones interiores, y á la luz de la gracia le dió á conocer que era otro y más sublime el designio que tenía sobre ella. En efecto, la noche cubría con su sombrío manto la naturaleza, y la esforzada novicia en el retiro de su celda, perseveraba en fervorosa oración. Clamaba al cielo, ardía en vivísimos deseos de la mayor gloria divina, deshaciase en amoroso llanto, rogaba por la salvación de tantas almas que corrían á la

perdición, y se ofrecía en holocausto al Señor para servirle del modo que El quisiere. Así, en lo más subido de su ferviente oración, fuele revelado que la escogía Dios para fundadora de una nueva Orden, que tendría por fin la salud y bien de las almas, y sería madre de una larga posteridad de hijas espirituales que, bajo su dechado, se perpetuarían á través de los siglos.

Confirmó esta habla interior la visión extraordinaria que inmediatamente siguió: Vió la Sierva del Señor el infierno abierto, y á innumerables almas que descendían al abismo, en actitud de pedirle socorro. Al momento sintió abrasarse de nuevo su corazón en el celo por la salvación del prójimo, y, entre la voracidad de aquellas llamas sempiternas, concibió los primeros bosquejos del Instituto que había de fundar. Al lado opuesto y en lugar sublime se presentó ante su vista intelectual el grandioso y hermosísimo cuadro de la Reina de los cielos, llena de gloria y de majestad, como tipo y modelo que, tanto ella como sus hijas, debían imitar, procurando, con la pureza y santidad de su vida, exaltar á la angelical virginidad, muy combatida por los sectarios de la época, y asimismo presentar aquel ideal divino á la niñez y á la

la satisfacción de morir con el hábito que llevo con tanta consolación y alegría de mi alma. Ya que no soy digna de vivir en esta santa casa, á lo menos que no me nieguen una sepultura para este mi pobre cuerpo.» Pero como la voluntad de Dios se demostraba visiblemente á la enferma, dijo con resignación: «Señor, si es posible, que se aparte de mí este caliz;» y en lo más recio de sus angustias añadía: «Que se cumpla, Señor, vuestra voluntad y no la mía.»

## IX

Un acto tan generoso de abandono á la divina voluntad, inclinó el corazón de Dios á consolar á la afligida enferma con la abundancia de dulces consolaciones interiores, y á la luz de la gracia le dió á conocer que era otro y más sublime el designio que tenía sobre ella. En efecto, la noche cubría con su sombrío manto la naturaleza, y la esforzada novicia en el retiro de su celda, perseveraba en fervorosa oración. Clamaba al cielo, ardía en vivísimos deseos de la mayor gloria divina, deshaciase en amoroso llanto, rogaba por la salvación de tantas almas que corrían á la

perdición, y se ofrecía en holocausto al Señor para servirle del modo que El quisiere. Así, en lo más subido de su ferviente oración, fuele revelado que la escogía Dios para fundadora de una nueva Orden, que tendría por fin la salud y bien de las almas, y sería madre de una larga posteridad de hijas espirituales que, bajo su dechado, se perpetuarían á través de los siglos.

Confirmó esta habla interior la visión extraordinaria que inmediatamente siguió: Vió la Sierva del Señor el infierno abierto, y á innumerables almas que descendían al abismo, en actitud de pedirle socorro. Al momento sintió abrasarse de nuevo su corazón en el celo por la salvación del prójimo, y, entre la voracidad de aquellas llamas sempiternas, concibió los primeros bosquejos del Instituto que había de fundar. Al lado opuesto y en lugar sublime se presentó ante su vista intelectual el grandioso y hermosísimo cuadro de la Reina de los cielos, llena de gloria y de majestad, como tipo y modelo que, tanto ella como sus hijas, debían imitar, procurando, con la pureza y santidad de su vida, exaltar á la angelical virginidad, muy combatida por los sectarios de la época, y asimismo presentar aquel ideal divino á la niñez y á la

juventud que se le confiara, como la mejor y más segura salvaguardia para el presente y para su porvenir.

Tales comunicaciones é ilustraciones celestiales obraron poderosamente en el corazón de Sor Juana de San Bernardo, y al amanecer el día, cuando la reverenda Priora fué á su celda á preguntarle en qué estado se hallaba su ánimo para la partida, encontró á la favorecida novicia totalmente resignada, y sin la menor duda de que esta era la voluntad de Dios. Manifestóse el beneplácito divino con un caso muy raro que aconteció á la Sierva del Señor, pues así que le quitaron el hábito de novicia quedó completamente curada de sus graves enfermedades, y pocos dias después, convalecida, pudo emprender el viaje á Burdeos.

Se verificó la salida del convento á los últimos días del mes de Diciembre del año 1603, seis meses después de su toma de hábito. La despedida fué muy tierna y afectuosa, abrazando á todas, entre lágrimas y suspiros; y aseguró Juana á las Religiosas que si el cuerpo se ausentaba de su compañía, quedaba constante su corazón en el claustro para venerar, mientras le durase la vida, la estimable memoria que llevaba impresa en su alma de las virtudes y exacta perfección que habia visto en todas ellas.

La inesperada salida de la Sierva del Señor del monasterio de las Fuldenses, parecia debia suscitar entre la muchedumbre interpretaciones desfavorables y hablillas poco caritativas: otra persona menos desprendida y de miras terrenas se hubiera prevenido contra la malignidad de los juicios humanos; mas nó la Sra. de Lestonnac: lejos de preocuparse por los respetos humanos, se presentó otra vez en el siglo con la entereza de su alma grande, apoyada en el fiel testimonio de su conciencia. Y aconteció que, así como la partida de su casa habia motivado el desconsuelo de sus hijos, la vuelta á la misma fué el gozo de su familia y de toda la ciudad, y todas á una, entre júbilos y veneraciones, celebraron su regreso, como restitución que el cielo hacia á su noble patria. Visitóla lo mas selecto de Burdeos, felicitándola por su llegada y feliz restablecimiento de su salud; y sobre todo sus hijos bendecian al Señor por haberles devuelto una madre tan santa.

Pasadas las primeras semanas en continua, provechosa y amable comunicación con los de su casa, pasó la Sra. de Leston-

nac á visitar al Barón de Montferrant, su hijo, que residía habitualmente con su familia en el castillo de Landirás; aquí permaneció corto tiempo; sólo el preciso para prevenir y asegurar el porvenir de su pequeña hija Juana, que continuó bajo la tutela y compañía de su hermano el Barón de Montferrant, hasta que el año 1608 se casó con el Barón de Arpailhán. Cumplidos los deberes y atenciones de madre, la Sra. de Lestonnac se despidió de sus hijos; y ansiando su alma el recogimiento y la soledad, escogió para morada la casa de la Mothe-Darriet, posesión suya, á una legua de Landirás. En este lugar solitario, acompañada solamente de algunos domésticos, apartada del bullicio y cuidados del mundo, se entregó fervorosa al ejercicio de todas las virtudes y costumbres religiosas.

Dos años perseveró en un tenor de vida, que más parecía de persona religiosa que seglar, y en sus íntimas y largas comunicaciones con el Dios de su corazón, le pedía la hiciera instrumento apto para la ejecución de su santísima voluntad. Consumiase en celo de la gloria divina y salvación de las almas, y entendió que el Señor quería se dedicase á la educación de

las niñas, y que, por este medio, se librarían sus almas de los errores y peligros de aquellos malhadados tiempos. A cuyo fin se resolvió á buscar compañeras, que se asociasen con ella, para el ministerio de educar é instruir.

Así premeditaba su grande obra la Sierva del Señor, y como era muy prudente y circunspecta, quiso antes tomar consejo de personas doctas y experimentadas, que guiasen sus primeros pasos. La Mothe era lugar solitario y falto de elementos para lo que ella necesitaba, y resolvió trasladarse á Burdeos, confiando que hallaría allí segura dirección para su alma, y solución exacta para realizar su empresa. Mas los primeros acontecimientos no correspondieron á sus esperanzas.

Los Padres de la Compañía de Jesús, que desde Octubre del año 1572 tenían fundado colegio en Burdeos, trabajaban, incansables, en las tareas apostólicas de su ministerio, logrando frutos centuplicados en bien de las almas. En el mismo colegio se hallaba el P. Rogerio de Lestonnac, hermano de nuestra Beata Juana, el cual en 1589, á los diecisiete años de su edad, fué admitido en el noviciado de Tolosa; en 1600 acabó los estudios de teología en

el colegio de Burdeos; y habiendo ejercido un año el cargo de prefecto de estudios en el mismo, se ocupaba al presente en ministerios apostólicos. Por indicación de su religioso hermano, la Sra. de Lestonnac se dirigió al P. Ménage y al P. de Marguestaud, y les expuso el estado de su alma y el proyecto que premeditaba. Estos beneméritos Padres no desaprobaban la idea que deseaba ejecutar, ni tampoco se la apoyaron; pero conociendo en Juana virtudes sólidas y muy depuradas, le persuadieron que continuase en el ejercicio de la perfección y virtudes cristianas, como más relacionadas con su estado y rango que la distinguía. La humilde Sierva del Señor, sumisa y obediente á la dirección de sus Padres espirituales, se ejercitó especialmente en obras de caridad, acudiendo á los hospitales y cárceles, y distribuyendo limosnas entre pobres y necesitados; cuyo ejemplo siguieron muchas damas y jóvenes de Burdeos, algunas de las cuales fueron después las primeras piedras del nuevo Instituto que fundó.

## XI

A la sazón, en el colegio de Burdeos, sobresalían en eminente virtud, ciencia y grande espíritu dos santos Religiosos: el P. Juan de Bordes y el P. Francisco Raymond, los cuales, con el ejercicio de su apostólico ministerio, desplegaban su ardiente celo en la ciudad y en toda la provincia. El primero, antes rector de los colegios de Agen y de Auch, merece particular mención, por haber sido el primer iniciador y coadjutor de la Venerable Madre de Lestonnac en la fundación de la Orden de las Hijas de Nuestra Señora. Este varón de Dios fué reputado, en todos los ámbitos del mundo, por uno de los hombres mas grandes, mas santos y mas sabios del primer siglo de la Compañía. Su ardiente celo é inmensos trabajos le merecieron justamente el calificativo de Francisco Regis de Santonje, de los valles bearneses, del Cavedan, de Aspe y de Olorón.

Nació el P. Juan de Bordes en Burdeos el año 1559. Lo que cuentan de su juventud los historiadores de la Compañía, tiene mucho de extraordinario. Había es-

tudiado y poseía, dice el P. Alegambe, todo lo que á un hombre le es posible aprender y poseer; porque era capaz de enseñar medicina, botánica, cosmografía, matemáticas, música, pintura, letras divinas y humanas, y artes y ciencias universales. Profesor de Filosofía y Teología, logró el mayor y más feliz éxito. Habiendo la peste invadido, de repente, la ciudad de Milán, en donde enseñaba retórica, muchos jóvenes milaneses le siguieron á una población vecina, donde continuó el curso con sumo provecho y entusiasmo de los oyentes. En las Misiones, siendo preguntado de improviso por ministros calvinistas que le citaban larguissimos textos griegos y hebreos, les contestaba al momento, tapándoles la boca con los mismos argumentos que le oponían.

El P. Raymond, al igual que el P. de Bordes, estaba animado de celo y ardor contra el Calvinismo. Después del Edicto de Nantes, la herejía progresaba de día en día, haciendo grandes estragos en las provincias del Mediodía de Francia, lo que tenía sumamente afligidos á los dos Padres, y se lamentaban, sobre todo, de que las niñas de familias nobles, careciendo de escuelas católicas, estuviesen expuestas á

perder la fe por el contacto de maestras hugonotes, y con vivas lágrimas suplicaban al divino Jesús, tomando por medianera á su Santísima Madre, se dignase poner pronto y eficaz remedio á tanto mal.

Dios se dignó escuchar las fervientes oraciones de sus fieles siervos, y revelarles los designios de su misericordia. El 23 de Septiembre del año 1605, día que la Iglesia celebra la fiesta de la virgen y protomártir Santa Tecla, primera discipula del apóstol San Pablo, estando los mencionados P. Juan de Bordes y el P. Francisco Raymond, ofreciendo, á la misma hora, el sacrosanto sacrificio de la Misa, fueron súbitamente iluminados de una luz celestial, y entendieron, por revelación divina, que sería un gran remedio para reparar los estragos que hacía la herejía, la fundación de una Orden de Religiosas, dedicadas á la educación cristiana y social de las niñas, puesta bajo la protección de la Virgen Maria, reina de los Apóstoles, que llevase su mismo nombre y tomase por modelo la Compañía de Jesús, su divino Hijo, rey de los Apóstoles.

Esta revelación produjo una viva impresión en el alma de los dos santos Religiosos, y cada uno por sí deseaba comunicar

al otro el favor extraordinario que había recibido del cielo. Comunicáronse finalmente estos dos santos varones, y grande fué su sorpresa cuando se convencieron que ambos habían sido favorecidos con igual favor del cielo. De común acuerdo resolvieron poner manos á la obra, para realizar la idea que el Señor les había inspirado.

Faltaba ante todo hallar una mujer de prendas, virtud y prudencia, para la empresa que ideaban, y habiendo hecho algunas tentativas, les salieron frustradas, y entonces se decían: «¿Acaso la elegida de Dios será la Sra. de Lestonnac, de cuya virtud se habla en todo Burdeos?»

El P. de Lestonnac residía todavía en el colegio de Burdeos, del cual pronto partió para trasladarse al de Tolosa, y los Padres de Bordes y Raymond le rogaron tuviera á bien prepararles una entrevista con su ilustre hermana, para tratar de un negocio importante, que redundaba en mucha gloria de Dios. Hizolo así el P. de Lestonnac, y habiendo conferenciado los dos citados Padres con la Beata Juana, ésta no se sorprendió ante una manifestación tan deseada de su corazón, regocijándose grandemente su alma al ver como la obra de Dios empezaba

á aparecer, y que, poco á poco, llegaría á feliz término. Con todo, se reservó dar á los Padres una contestación afirmativa, ya sea por sentimientos de humildad, ya para consultar el caso con el Señor en oración fervorosisima.

## XII

Una actitud y resultado semejantes tal vez causará cierta extrañeza á los lectores: Dios que dirigía esa su empresa, sabrá, por un segundo prodigio de la gracia, hacer patente la elección que se solicitaba. Un día que el P. Juan de Bordes celebraba Misa con un fervor extraordinario, pidiendo al Señor que se dignase darle á conocer el instrumento de que había de valerse para la ejecución de la obra proyectada, he aquí que, estando en medio del augusto Sacrificio, se le aparece el apóstol San Pedro, acompañado de San Juan, el discípulo amado del Señor, y con la mano le señalaba á la santa viuda que, arrodillada muy cerca del altar, oía devotamente la Misa; con lo cual le designó claramente á la que el Señor había escogido para fundadora del nuevo Instituto. Por su parte la Sra. de Lestonnac se

al otro el favor extraordinario que había recibido del cielo. Comunicáronse finalmente estos dos santos varones, y grande fué su sorpresa cuando se convencieron que ambos habían sido favorecidos con igual favor del cielo. De común acuerdo resolvieron poner manos á la obra, para realizar la idea que el Señor les había inspirado.

Faltaba ante todo hallar una mujer de prendas, virtud y prudencia, para la empresa que ideaban, y habiendo hecho algunas tentativas, les salieron frustradas, y entonces se decían: «¿Acaso la elegida de Dios será la Sra. de Lestonnac, de cuya virtud se habla en todo Burdeos?»

El P. de Lestonnac residía todavía en el colegio de Burdeos, del cual pronto partió para trasladarse al de Tolosa, y los Padres de Bordes y Raymond le rogaron tuviera á bien prepararles una entrevista con su ilustre hermana, para tratar de un negocio importante, que redundaba en mucha gloria de Dios. Hizolo así el P. de Lestonnac, y habiendo conferenciado los dos citados Padres con la Beata Juana, ésta no se sorprendió ante una manifestación tan deseada de su corazón, regocijándose grandemente su alma al ver como la obra de Dios empezaba

á aparecer, y que, poco á poco, llegaría á feliz término. Con todo, se reservó dar á los Padres una contestación afirmativa, ya sea por sentimientos de humildad, ya para consultar el caso con el Señor en oración fervorosísima.

## XII

Una actitud y resultado semejantes tal vez causará cierta extrañeza á los lectores: Dios que dirigía esa su empresa, sabrá, por un segundo prodigio de la gracia, hacer patente la elección que se solicitaba. Un día que el P. Juan de Bordes celebraba Misa con un fervor extraordinario, pidiendo al Señor que se dignase darle á conocer el instrumento de que había de valerse para la ejecución de la obra proyectada, he aquí que, estando en medio del augustó Sacrificio, se le aparece el apóstol San Pedro, acompañado de San Juan, el discípulo amado del Señor, y con la mano le señalaba á la santa viuda que, arrodillada muy cerca del altar, oía devotamente la Misa; con lo cual le designó claramente á la que el Señor había escogido para fundadora del nuevo Instituto. Por su parte la Sra. de Lestonnac se

sintió en el mismo momento como investida de una luz celestial, y entendió, por divina inspiración, que le ordenaba el Señor que se adhiriese á la elección que de ella se había hecho.

Y como la humilde Sierva del Señor se turbase ante la declaración celestial, el P. de Bordes reanimó su espíritu, diciéndole que se rindiese á la voluntad de Dios, tantas veces y por señales tan evidentes manifestada; pues ya que el Señor la elegía, declarando su voluntad por su apóstol San Pedro, le daría fuerzas para tan grande carga, y no temiese el nombre glorioso de fundadora, porque ya templaría la vanidad que de ello pudiese resultar, el lastre de muchas cruces y trabajos que había de soportar antes de llegar el día tan deseado de la fundación. Esta especie de profecía, nada halagüeña á la naturaleza, tuvo para ella tanto atractivo, que le hizo triunfar de todas las repugnancias de su corazón.

Retirada la Sra. de Lestonnac en el lugar mas recóndito de su oratorio, humilde y confundida delante del Señor por las misericordias que le dispensaba, dando rienda suelta á los júbilos y consuelos espirituales que inundaban su espíritu, prorum-

pió en hacimientos de gracias, adoraciones y alabanzas á la amable providencia de Dios, que así le proveía de guías santos y experimentados, que le abriesen los caminos de su divina voluntad, para poder correr velozmente hasta su feliz término. En su corazón dió por efectuada la fundación, no dudando que el sucesor de San Pedro en la tierra había de acoger benigneamente lo que el Santo Apóstol, desde el cielo, acababa de aprobar. Y le fué de mucho consuelo el recordar que San Pedro, ochenta y cuatro años antes, para bien de la Iglesia que Cristo le encomendó, dió salud milagrosa al patriarca San Ignacio de Loyola en el castillo de Pamplona, y haciendo reflexión que tanto en la Compañía de Jesús como en el origen de la Compañía de María, muy de lleno había contribuido el mismo sagrado Apóstol, le hizo desear y prever que uno mismo había de ser el espíritu de la Compañía de Jesús y el de la nueva Compañía de María, en cuanto la diversidad de sexo lo permitiese, procurando la propia salvación y cooperando á la salvación ajena.

El P. Juan de Bordes ha sido siempre reconocido en la Orden como su fundador: y cuando el Papa Paulo V, teniendo bien

conocido el origen y el carácter especial del nuevo Instituto, poco después de haber expedido la Bula de aprobación y llamando en audiencia al M. Rdo. P. Claudio Aguaviva, general de la Compañía de Jesús, le dijo: «Padre General, acabo de daros hermanas. —¿Y cuáles son, Santísimo Padre? repuso el P. Aguaviva.—Unas fervorosas doncellas que se proponen prestar á la Iglesia, entre las personas de su sexo, los mismos servicios que los de la Compañía prestan á toda la cristiandad.—Nunca mereceríamos que se nos tomase por modelo, replicó el Padre General, mas ya que nos quieren hacer este favor, les procuraremos dar buenos ejemplos.»

## XIII

En esta época comenzó á dar los primeros pasos la obra emprendida por la señora de Lestonnac. Sumisa á la sabia dirección del P. de Bordes, que había escogido por padre y guía de su alma, le descubría sin reserva las disposiciones de su corazón y las luces é inspiraciones que recibía del cielo; y ahora más que nunca le prometió inviolable docilidad á sus consejos y com-

pleta obediencia á sus mandatos. Nuestro Señor, continuando visiblemente los efectos de su providencia sobre esta grande obra, infundió en el corazón de varias doncellas piadosas la gracia de la vocación religiosa, las que corrieron fervorosas á juntarse con la Sra. de Lestonnac, manifestándole que no se apartarían un ápice de su dictamen ni de su compañía; que el género de vida que ella abrazare, sería el suyo, y que morirían con ella, después de haber vivido juntas, según el Instituto de vida que emprendiere.

Nueve fueron las compañeras que reunió la Sierva del Señor, cuyos nombres son: Serena Coqueau, Magdalena de Landrevie, Isabel de Maisonneuve, María de Roux, Ana de Richelet, Francisca de Boulaire, Blanca Hervé, Enriqueta de Casaubon, Raimunda de Capdeville. (Esta no consta en los anales de la historia, y fué reemplazada por Margarita de Payferre). Tales fueron los débiles fundamentos de la Compañía de Nuestra Señora. Estas almas escogidas, muy pronto hicieron grandes progresos, á semejanza del grano de mostaza del Evangelio, que, siendo la más pequeña de las semillas, en breve tiempo crece, se robustece, extiende sus numerosas

ramas, bajo cuya sombra se cobijan las aves del cielo, como bajo la protección del nuevo Instituto se cobijarán las hijas de la santa Iglesia.

La Sra. de Lestonnac juntaba á menudo en su casa á sus compañeras, les daba instrucciones propias y adecuadas para el adelantamiento espiritual, y para que se afirmasen más y más en su santa vocación. Estas correspondían á su solicitud, queriéndola como madre. De otra parte el P. de Bordes no descuidaba ninguno de los medios útiles para su formación religiosa; las visitaba frecuentemente y exhortaba á todas con tanto espíritu y fervor, que se sentían inflamadas del amor de Dios y deseosas de procurar su gloria. Asimismo les intimó á hacer los ejercicios de San Ignacio por espacio de diez días: este retiro espiritual produjo en sus almas frutos admirables de santidad; tanto, que bien pudiera decirse fué un celestial remedo del de los Apóstoles y discípulos en el Cenáculo, en compañía de la Virgen María.

La salida de los santos ejercicios fué el momento oportuno en que la Sra. de Lestonnac se decidió á comunicar á sus fervorosas compañeras, el plan y el espíritu apostólico del nuevo Instituto que ideaba

fundar. Con palabras que respiraban llamas de amor divino y de amor al prójimo, les dijo: «Mirad, amadas mías, nuestro Instituto debe ser una imitación de la Compañía de Jesús; y como ésta tiene por cabeza y jefe al Hijo de Dios, nuestra Compañía tendrá por Madre, patrona y modelo, á la Santísima Virgen María. Se hará profesión particular de extender su culto, honrar sus grandezas y prerrogativas, y de imitar sus virtudes. Uno será nuestro fin: todo á la mayor gloria de Dios y provecho del prójimo, uniendo la acción con la contemplación, y así como la Compañía de Jesús ejercita su celo en toda clase de personas, de estados y de países, nuestra Compañía se limitará á formar la inteligencia y el corazón de las niñas con la sana instrucción y el ejemplo.»

La piadosa asamblea acogió con unánime satisfacción y gozo indecible la manifestación de la Sierva del Señor. El celo que devoraba á la Madre abrasaba también las almas de sus hijas, y en un santo entusiasmo, todas se ofrecieron á secundar sus deseos, pues que no tenían otra aspiración que la de consagrar sus bienes, sus fuerzas y su misma vida en el servicio del Señor.

## XIV

Puestos los fundamentos de la grande Obra, restaba trazar las Constituciones y procurar la aprobación del nuevo Instituto. El P. Juan de Bordes, de acuerdo con la Sra. de Lestonnac, redactó un resumen de los principales puntos, y el día 6 de Marzo de 1606 presentó al cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, la «Fórmula del Instituto de las Religiosas de Nuestra Señora.»

Francisco d'Escoubleau de Sourdis, nació el año 1575. Apenas contaba veinticuatro años de edad cuando á instancias de Enrique IV, el grande rey de Francia, fué nombrado arzobispo de Burdeos y primado de Aquitania. En 3 de Marzo de 1599 el Papa Clemente VIII lo creó Cardenal diácono de la santa Iglesia romana, del título de San Marcelo; y poco tiempo después cambió esta dignidad con la de Cardenal presbítero del título de Santa Práxedes y de los Santos Apóstoles.

Las cualidades excepcionales de este ilustre Purpurado dicen ya lo que había de ser en adelante. Tomó por modelo al arzobis-

po de Milán San Carlos Borromeo, y como él se señaló por su celo en sostener la disciplina eclesiástica. Satisfizo mucho al Cardenal esta solicitud, pues él premeditaba, hacía algun tiempo, introducir una Congregación de enseñanza en la diócesis.

De un carácter vivo y muy activo, quiso inmediatamente el Cardenal ocuparse del proyecto sometido á su aprobación. Durante diecisiete días tuvo con el P. Juan de Bordes largas conferencias sobre los treinta artículos que contenía la Fórmula del Instituto, y el día 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, firmó el documento de aprobación de la nueva Orden. Sin duda que el piadoso Cardenal lo puso bajo la protección de la Santísima Virgen María en este día, en que fué saludada por el Arcángel llena de gracia, para asegurar una favorable resolución del Vicario de Jesucristo en la tierra.

Obtenida la aprobación del Arzobispo diocesano, faltaba, pues, solicitar la confirmación de la Santa Sede. Para esta negociación se requería una persona apta, de celo y de toda confianza, que en la Corte de Roma llevase á cabo felizmente tan importante y delicada empresa; cuyas prendas se hallaron en el eclesiástico señor

Pedro Moysset, canónigo de la Iglesia Metropolitana de Burdeos y cura de la parroquia de Santa Coloma, el cual debía partir para Loreto, con el encargo de presentar á la Santa Casa el ex-voto de una lámpara de oro que los habitantes de Burdeos ofrecían á la Santísima Virgen, en acción de gracias por haberles librado del azote de la peste, que recientemente había diezñado á la ciudad. El cardenal de Sourdis aprobó la elección de una persona tan digna, y le entregó cartas de recomendación para Su Santidad y varios Cardenales, y le dió amplias instrucciones con que pudiese mejor conducirse en circunstancias tan interesantes como graves. Con las recomendaciones del Cardenal, recibió el Sr. Moysset otras cartas de persona tan influyente como el mariscal Sr. Ornano, gobernador de Burdeos, llenas de elogios de la piadosa Sra. de Lestonnac, á la cual veneraba como santa. Decía de ella este distinguido y virtuoso señor, que su vista le inspiraba afectos de amor de Dios, y sus palabras elevaban su espíritu á las cosas del cielo. Habiéndola encontrado un día de invierno en la calle, bajó del carruaje, se descubrió la cabeza, y á pié la acompañó hasta su casa.

Partió de Burdeos el Sr. Moysset el día

4 de Agosto del año 1606, y llegó á Roma á mediados de Octubre; visitó á los Cardenales Roberto Belarmino y César Baronio, dos grandes lumbreras del Sacro Colegio en aquellos tiempos, de quienes fué muy bien recibido; enteraron al Papa del asunto en cuestión, y obtuvieron de Su Santidad una audiencia particular para el delegado de Burdeos.

El Papa Paulo V, de la ilustre casa de Borghese, elevado un año antes á la dignidad pontifical, se hizo notable por sus eminentes virtudes y por la invencible firmeza con que sostuvo los derechos de la Iglesia, como también por el gran número de Ordenes ó de Congregaciones regulares que confirmó, durante los quince años que ocupó la Silla de San Pedro. Acogió benévolo al delegado Sr. Moysset, y desde luego se inclinó á conceder la aprobación y confirmación que se le pedía; pero quiso que un asunto tan importante se tratase con el aplomo que la Iglesia acostumbra proceder en casos semejantes. Siete meses transcurrieron en examinar cuidadosamente el proyecto del Instituto, y no se encontró cosa que no fuese laudable y muy santa. El Papa Paulo V se enteró personalmente de su contenido, y añadió algu-

nos puntos de grande utilidad; y el día 7 de Abril del año 1607 expidió la Bula de confirmación y erección del nuevo Instituto en Orden religiosa. Grande fué el gozo que tuvo Su Santidad al ver efectuada en sus días esta grande Obra, y con dulce exclamación dijo al delegado Sr. Moysset, cuando al despedirse fué á besarle el pie: «Ahora sí que moriré contento, siempre que el Señor me llamare; después de haber confirmado una Orden que tiene por blanco la salvación de las almas y que debe conservar en la Iglesia la pureza de la fe y de las buenas costumbres.»

Mientras en Roma se agenciaba la fundación, la Sra. de Lestonnac y sus compañeras no cesaban de negociar con Dios por medio del ejercicio de la oración, largas penitencias y continuas mortificaciones; mas por la dificultad de comunicaciones en aquella época, y á pesar de la actividad del Sr. Moysset, se pasaron muchas semanas antes que el Arzobispo de Burdeos recibiese oficialmente la Bula de aprobación del Soberano Pontífice. Un día que la piadosa señora estaba en oración, con el corazón agitado entre las alternativas del temor y de la esperanza, se le apareció el evangelista San Juan, rodeado de res-

plandores, y con voz inteligible, le dijo: «Gózate, que hoy se ha confirmado en Roma la Orden de las Hijas de Nuestra Señora, á mayor gloria de Dios, obsequio de la Reina de las Vírgenes y salud de muchas almas.» Estas palabras la dejaron con tanta seguridad del suceso, que en adelante hablaba de la fundación como de cosa hecha, y las noticias que luego se recibieron certificaron la verdad de la revelación.

La Bula del Papa Paulo V daba facultad al cardenal de Sourdis de escoger una Orden de las antiguas y agregar á ella el nuevo Instituto; queriendo tuviesen Reglas y Constituciones particulares, y solo tomasen de la Orden que eligiese, el hábito y velo, y gozasen de todas sus gracias y privilegios. En virtud de esas facultades, escogió el Cardenal la Orden de San Benito, con el beneplácito de la Sra. de Lestonnac y de sus compañeras; cuya agregación data de 29 Enero del año 1608. Con este acto confirió á la Orden de Hijas de Nuestra Señora el derecho de tomar el velo de la Orden Benedictina, pero formando una Orden independiente, sujeta únicamente á la Santa Sede y á la jurisdicción inmediata de los Obispos diocesanos.

## XV

Con tan satisfactorios acontecimientos, la Fundadora y sus compañeras anhelaban hallar casa conveniente donde encerrarse, y comenzar desde luego la probación de la vida religiosa que debían abrazar. El cardenal de Sourdis designó al Sr. Moysset como procurador de la naciente Comunidad, con facultades para convenir, obrar y agenciar todo lo concerniente al establecimiento de la primera Casa de la Orden, y procurar el bien de la misma familia religiosa.

A una extremidad de la ciudad de Burdeos, cerca del convento de Padres Dominicos, había un antiguo priorato llamado del Espíritu Santo, con seminario y capilla adjunta. La Sra. de Lestonnac echó sus miradas á ese nido, do pudiese albergarse; habló al Cardenal, y pareciéndole á propósito, les cedió el priorato y la capilla, de cuya donación se firmó acta el 20 de Febrero del año 1608, y dos meses después quedó convenientemente dispuesta y arreglada la casa, en forma regular, para servir de habitación á la pequeña Comunidad. ¡Con qué alegría y consuelo se encerró la Venerable

Fundadora dentro aquellos muros que la separaban completamente del mundo! «Una sola cosa he pedido al Señor, exclamaba con el Salmista, y no cesaré de pedirselá; ésta es, que pueda yo vivir en su santa Casa todos los días de mi vida» Quiso Dios mezclar en los transportes de alegría de su Sierva una pena muy sensible: de las nueve compañeras que se la asociaron, sólo tres pasaron con ella á la clausura, sin que se explique el por qué de esta momentánea defección. Mas, al otro día, se les juntó Margarita de Poyferré, en reemplazo de las que no siguieron el llamamiento divino.

La venerable Fundadora, sin dar cabida en su corazón al desaliento, emprendió, fervorosa, con sus cuatro compañeras los ejercicios de la vida religiosa, y todo el tiempo que transcurrió hasta tomar el santo hábito, lo empleó en perfeccionar la Casa y capilla del Espíritu Santo; y salió tan perfecta en hermosura y tan bien adornada, que fué pronóstico de lo mucho que había de mejorar el celo de la Fundadora, no sólo en los templos materiales, pero mucho más en los templos vivos y espirituales de las almas.

El cardenal de Sourdis se propuso, para edificación de los fieles y confusión de los

herejes, que la ceremonia de vestir el santo hábito la Sra. de Lestonnac y sus compañeras, se hiciese con pompa y esplendor extraordinarios. En conformidad con el uso de la Iglesia, que tiene reservada á los Obispos, desde los primitivos tiempos, la consagración de las vírgenes, personalmente, el mismo Cardenal quiso presidir la ceremonia, y antes anunciarla solemnemente, á fin de que el concurso fuese mayor. Llegó el día 1.º de Mayo del año 1608; el Cardenal Arzobispo se dirigió al nuevo monasterio, acompañado de numeroso clero, seguido del mariscal gobernador señor Ornano, con su estado mayor, y una multitud considerable de personas pertenecientes á todas las clases de la sociedad. Al comienzo de la función predicó el Padre Francisco Raymont un entusiasta y conmovedor sermón, que tuvo por objeto encomiar y engrandecer una obra del que él y el P. de Bordes habían sido los primeros iniciadores. El Cardenal celebró de pontifical; comulgó y dió el velo á las cinco postulantes esposas de Jesucristo: con la diferencia que á la Sra. de Lestonnac se lo puso negro, nombrándola Superiora de la primera Casa, y Madre y Fundadora de la Orden de Hijas de Nuestra Señora, y las otras cuatro

recibieron el velo blanco. Contaba la Fundadora, á la sazón, cincuenta y dos años de edad.

Este día, que la M. de Lestonnac llamaba uno de los más hermosos de su vida, fué seguido de una recia tormenta, que amenazaba destruir la apenas naciente Comunidad. Como toda obra de Dios lleva consigo el sello de la contradicción, así aconteció que el nuevo monasterio fué el blanco de la crítica, de las censuras y murmuraciones casi universales de los ciudadanos de Burdeos, atacando la conducta é intenciones de la piadosa Fundadora. A todos los reproches y calumnias no se justificó la Venerable Madre sino con el silencio y la oración. No duró mucho tiempo la borrasca de la contradicción, y, como sucede en ocasiones semejantes, el desprecio y desamor se trocó en estima y veneración.

El primer fruto del cambio favorable de opinión fué la vuelta al convento de las cinco pretendientes, las que, arrepentidas de su inconstancia, se echaron á los piés de la santa Madre, pidiéndole, con lágrimas, que les concediese un lugar en la casa del Señor. La Venerable Madre las recibió estrechándolas entre sus brazos, como el Buen Pastor admite á las ovejas descarriadas en el aprisco divino de su amante Corazón.

El cardenal de Sourdis, sabedor del regreso y buenas disposiciones de las pretendientes, aprobó su entrada en el noviciado, y se ofreció venir él mismo á darles el velo, lo que se efectuó el día 8 de Diciembre del mismo año, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen.

La M. de Lestonnac, con el gozo de ver acrecentar el número de sus hijas, y tomando ocasión de la solemnidad del día, consagró y puso bajo la protección de la Purísima Madre de Dios la naciente Compañía de María. Esta consagración fué una demostración del fervor y progreso espiritual de la Casa de Nuestra Señora, que se reguló según el modelo de la augusta y santa casita de Nazaret.

## XVI

No olvidaba la M. de Lestonnac el fin apostólico de su obra, y que la educación de la juventud era el objeto primordial del nuevo Instituto; así es que dispuso piezas en que, divididas las niñas según la edad y habilidades, tuviesen, en diferentes clases, proporcionada enseñanza. Aplicó á estos ministerios á las novicias que reco-

noció de más talentos y habilidad, y se reservó para sí la superintendencia de las clases, á que asistía con mucha frecuencia. Dentro de brevísimo tiempo se vieron las clases llenas de niñas, acontecimiento que tomó un carácter de triunfo en la ciudad, cuyos habitantes, con grande estima, alababan la buena educación que se recibía en la casa de Nuestra Señora.

Tan gloriosos preludios reconoció la M. de Lestonnac que eran debidos á la visible protección que les dispensaba la Virgen María; por lo que, deseando manifestarle públicamente su amor y reconocimiento, resolvió consagrar á la divina Señora todas las alumnas que se educaban en la casa, con motivo de la próxima fiesta de la Presentación de la Niña María al templo.

Llegado el 21 de Noviembre, dispuso la Venerable Superiora que se solemnizase este gran día con magnificencia extraordinaria. Todas las alumnas, reunidas en las clases, se ordenaron de dos en dos, con un cirio en la mano, y se dirigieron devotamente á la capilla del Espíritu Santo, donde, á las miradas de Dios, de los Angeles y de los hombres, entre cánticos de gloria y amor á la Virgen María, se ofrecieron á esta celestial Madre, como ella en este día se ofreció á su Dios.

El esplendor de estas santas ceremonias, junto con la piedad y vistoso porte de un tan gran número de niñas, formaban un admirable conjunto, y comunicaba á los que presenciaban esta fiesta de acá, una pequeña idea de las que en el cielo celebran los Angeles en obsequio de su Reina y Señora. La multitud de personas que acudieron á presenciar un espectáculo tan nuevo y conmovedor, lloraban de ternura y devoción, y al salir de la iglesia publicaban por todas partes lo que habían visto y admirado, y la fama de la casa de Nuestra Señora llegó entonces á su mayor apogeo.

Desde esta época hasta nuestros días, se ha continuado, según el deseo de la Fundadora, en renovar cada año esta piadosa ceremonia en todas las casas de la Orden, con mucha pompa y esplendor.

## XVII

Poco tiempo faltaba á la M. de Lestonnac y á las cuatro primeras compañeras para concluir los dos años de noviciado, que señala la Bula antes de la profesión religiosa; sus almas suspiraban por el dichoso momento en que con los votos solemnes se

unirían para siempre con Jesucristo. No obstante, llegó el 1.º de Mayo del año 1610, término de su noviciado, y no tuvieron la consolación de pronunciar los votos por la ausencia del cardenal de Sourdis, que en el mes de Febrero salió de Burdeos para asistir á la consagración de María de Médicis en París.

Durante esta muy sensible demora continuaba la Comunidad las tareas de su apostólico Instituto con feliz éxito, á despecho de los herejes, y se aumentaba considerablemente el número de las alumnas, tanto, que ya no cabían las admitidas, y no podían recibir las que se presentaban todos los días. Se trató, pues, de pasar á otra casa más sana, capaz y mejor situada, y lejos del bullicio de la Ciudadela, en cuyos alrededores estaba situada la que á la sazón ocupaban, y de acuerdo con el Cardenal, se concertó una casa cómoda, céntrica y bien situada, en la calle de Hâ. Dios permitió para ejercitar la humildad de su Sierva, que en la adquisición de esta casa se atravesasen muchas y graves dificultades, las que superó la M. de Lestonnac, lo mismo que las críticas de muchos que la tildaban de ligera é inconstante.

Con todo, el asunto se llevó á buen tér-

mino, y como el cardenal de Sourdis continuase todavía en París, con motivo de haber fallecido Enrique IV y el mariscal gobernador Sr. de Ornano, facultó el 19 de Junio á su vicario general, Sr. Le Venier, para que estableciera en el nuevo local á la Comunidad de Nuestra Señora. La traslación de las Religiosas, del Priorato del Espíritu Santo al nuevo monasterio, se verificó el 7 de Septiembre, y el siguiente día 8, Natividad de Nuestra Señora, el Vicario General, acompañado del cura de Santa Coloma, celebró Misa en la capilla de Nuestra Señora, y comulgó á todas las Religiosas.

Regresó el Cardenal Arzobispo á Burdeos en el mes de Octubre, y era de esperar que desde luego recibiría la profesión de las novicias de Nuestra Señora; mas no fué así: un incidente inesperado medió entre el cardenal de Sourdis y la M. de Lestonnac, el que prolongó algún tiempo más la época de su deseada profesión religiosa. De algún tiempo acá el Cardenal acariciaba, como veremos, la idea de unir el Instituto de Nuestra Señora al de Santa Úrsula, establecido también en Burdeos: esta pretensión sin duda la había rechazado ya con respetuosa firmeza la M. de Lestonnac, mas

en la ocasión presente el Cardenal se afirmó en su proyecto, y dijo resueltamente á la M. de Lestonnac, que no emitiría sus votos sino en el Instituto de Santa Úrsula. La Fundadora, con santa libertad y entereza de ánimo, rehusó, humilde y atenta, una tal proposición, que destruía completamente su obra muy querida, manifestando á S. Ema. con muchas lágrimas y razones, no quisiese echar por tierra un Instituto que él mismo había edificado.

Se mostró el Cardenal ofendido de la resistencia y razones de la M. de Lestonnac, y en la próxima partida de S. Ema. para Roma renovó la misma negativa, con tesón y firmeza inalterables. Contra esta recia tormenta no tuvo la afligida Fundadora otro abrigo que la confianza en Dios, pues quien confía en El no quedará jamás confundido.

Pocos días después que hubo partido el señor Cardenal, he aquí que súbitamente retrocede, vuelve á Burdeos, é inmediatamente se presenta en la Casa de Nuestra Señora, y con dulce amabilidad dice á la M. de Lestonnac: «Madre mía, vengo á recibir vuestros votos y los de vuestras queridas hermanas. Dios quiere que yo os conceda esta gracia; ¿cómo puedo resistir á su

divina voluntad? Preparaos; mañana vendré, y emitiréis vuestros votos.» Inexplicable fué el gozo de la Beata Madre, viendo cuán fiel es Dios en sus promesas con los que le sirven, y cuán bueno es para los que le aman.

¿Cuál fué el motivo de esta repentina mudanza? Según confidencia del mismo Cardenal á sus directores espirituales, é inserta en las Crónicas de las Ursulinas, intervino milagrosamente la Reina del cielo, para salvar á su amada Orden. Súbitamente el Prelado, al emprender el viaje, fué iluminado por Dios, como Saulo en el camino de Damasco, y exclamó: «Señor, ¿qué queréis que haga? Al instante se le apareció, entre resplandores celestiales, la soberana Reina de los Angeles, y mirándole con alegre semblante, infundió en su corazón una tierna devoción á esta divina Madre, y sintió un vehemente deseo de promover su gloria, aumentando el número de sus Hijas.

### XVIII

Cumplió su promesa el Cardenal de Sourdis, y al amanecer del día 8 de Diciembre del año 1610, fiesta de la Inmaculada Con-

cepción de la Virgen María, se dirigió al monasterio de Nuestra Señora. La iglesia no estaba aun concluida, y la ceremonia se verificó sin ostentación exterior, en el oratorio privado: mas el ofrecimiento de aquellas almas puras, acrisoladas por el fuego de la tribulación, fué muy agradable al Señor. Su Ema. celebró el santo sacrificio de la Misa, y recibió la profesión de la M. de Lestonnac y de nueve de sus compañeras, pues las cinco últimas cumplían, día por día, los dos años de noviciado. Recibieron el Cuerpo y Sangre del divino Salvador con santo gozo y consolación interior, sólo explicable á los que experimentan la dulce influencia del Espíritu Santo. Empezando por la Fundadora, puso en la cabeza de cada una el velo negro y una corona de laurel, símbolo de la victoria que conseguían del mundo y sus vanidades.

Estaba la venerable M. Juana de Lestonnac, después de tanta oposición, gozosa y alegre por ver realizados sus deseos, que no eran otros que la fundación de la Orden de Nuestra Señora. Su gozo era igual al que tiene el piloto de una nave, cuando la mira asegurada en el puerto después de furiosa tempestad y deshecha tormenta, en que marineros y navegantes la habían llo-

rado como sumergida en el abismo de las aguas. Tan gran consuelo no pudo menos que llevarla á mostrarse sumamente agradecida á la mano bondadosa de Dios, que la había sacado de tan repetidas inquietudes y sobresaltos.

Las Hijas de la Beata Madre tampoco olvidarán, á través de los siglos, los favores recibidos de la amabilísima Virgen María. Sus ojos se dirigen de continuo á esta hermosa y brillante Estrella, que hasta hoy nunca ha cesado ni cesará de beneficiar á la Orden entera: sus vidas, consagradas en obsequio de la divina Señora, serán como un perpetuo tributo de gratitud á sus bondades, y con el rezo del santo Rosario y del Oficio parvo darán una prueba incesante del amor acendrado y filial que profesan á su Madre y Capitana, la Santísima Virgen María.

### XIX

Como recuerdo imperecedero, apuntaremos en estas páginas una breve noticia de alguna de las primeras piedras fundamentales de la Compañía de María.

Serena Coqueau nació en Burdeos el año

1588, de padres no opulentos, pero ricos en honradez y religiosidad, los que se aplicaron en educar á su hija en las buenas costumbres y en el santo amor y temor de Dios. Encontró la piadosa jovencita buen apoyo en la persona de la Sra. de Lestonnac, á la sazón que llenaba todo Burdeos la fama de sus virtudes. La M. Juana comunicó mucho con ella, y cuando ésta cumplía los diecisiete años de su edad, le confió el secreto de la fundación que proyectaba. El nombre de Serena que llevaba, le pareció á la Beata Madre que era un buen augurio, pues le significaba, que aun cuando le amenazasen grandes tempestades, no se anublaría la serenidad de su alma.

Magdalena de Landrevie, muy dócil á las inspiraciones del Espíritu Santo, despreciando al mundo que la halagaba y en el que podía brillar por las cualidades que la adornaban, hizo voto, desde niña, de perpetua virginidad. Tenía una memoria feliz; repetía correctamente los sermones oídos una sola vez: dotada también de juicio recto y de rara prudencia, juntaba á estas virtudes naturales, una completa desconfianza de sí misma y una entera confianza en Dios.

Isabel de Maisonneuve, honor de Bur-

rado como sumergida en el abismo de las aguas. Tan gran consuelo no pudo menos que llevarla á mostrarse sumamente agradecida á la mano bondadosa de Dios, que la había sacado de tan repetidas inquietudes y sobresaltos.

Las Hijas de la Beata Madre tampoco olvidarán, á través de los siglos, los favores recibidos de la amabilísima Virgen María. Sus ojos se dirigen de continuo á esta hermosa y brillante Estrella, que hasta hoy nunca ha cesado ni cesará de beneficiar á la Orden entera: sus vidas, consagradas en obsequio de la divina Señora, serán como un perpetuo tributo de gratitud á sus bondades, y con el rezo del santo Rosario y del Oficio parvo darán una prueba incesante del amor acendrado y filial que profesan á su Madre y Capitana, la Santísima Virgen María.

### XIX

Como recuerdo imperecedero, apuntaremos en estas páginas una breve noticia de alguna de las primeras piedras fundamentales de la Compañía de María.

Serena Coqueau nació en Burdeos el año

1588, de padres no opulentos, pero ricos en honradez y religiosidad, los que se aplicaron en educar á su hija en las buenas costumbres y en el santo amor y temor de Dios. Encontró la piadosa jovencita buen apoyo en la persona de la Sra. de Lestonnac, á la sazón que llenaba todo Burdeos la fama de sus virtudes. La M. Juana comunicó mucho con ella, y cuando ésta cumplía los diecisiete años de su edad, le confió el secreto de la fundación que proyectaba. El nombre de Serena que llevaba, le pareció á la Beata Madre que era un buen augurio, pues le significaba, que aun cuando le amenazasen grandes tempestades, no se anublaría la serenidad de su alma.

Magdalena de Landrevie, muy dócil á las inspiraciones del Espíritu Santo, despreciando al mundo que la halagaba y en el que podía brillar por las cualidades que la adornaban, hizo voto, desde niña, de perpetua virginidad. Tenía una memoria feliz; repetía correctamente los sermones oídos una sola vez: dotada también de juicio recto y de rara prudencia, juntaba á estas virtudes naturales, una completa desconfianza de sí misma y una entera confianza en Dios.

Isabel de Maisonneuve, honor de Bur-

deos, su patria, era hija de un célebre abogado del Parlamento. De un natural dulce y simpático, y de carácter risueño y grave á la vez, se hacía amar y respetar de todos. La devoción muy especial que profesaba á la Santísima Virgen, la inclinó desde luego á alistarse debajo la bandera de la Compañía de Nuestra Señora. Tenía la Beata Madre para con ella consideraciones muy particulares, debidas á la firmeza y generosidad de su alma; pues no se rendía ante ningún obstáculo ni sacrificio.

Margarita de Poyferré se distinguía por sus virtudes y elevado nacimiento; contaba á poca diferencia la misma edad de Serena Coqueau. La conformidad de sentimientos con la Sierva del Señor hizo que la escogiera para confidente é inmediata ayudante suya, en el interin que se disponía, con sus méritos y trabajos, para ser una de las glorias de la Compañía de María. Cuando se dirigió á la casa del Espíritu Santo, la acompañaron muchas de sus amigas, cantando el salmo *In exitu Israel de Agypto...* comparando la despedida del mundo y su admisión en la Religión, á la salida de los israelitas de Egipto y entrada en la Tierra prometida. Al pasar los umbrales de la casa del Señor se echó á los

piés de la Fundadora, á la que estimó y tomó, desde este momento, como madre, y ésta la recibió y consideró siempre como una de las hijas más queridas.

## XX

La profesión religiosa de las diez novicias fué como el dedo de Dios, que dió crecimiento al nuevo Instituto. Hasta entonces ninguna otra pretendiente se había presentado: tal vez rehusaban abrazar un estado de vida cuyos fundamentos parecían poco sólidos; mas, á partir de aquel hecho, acudieron á Burdeos, en gran número, doncellas excelentes, no solamente de la Guyenne, sino de Périgord, Saintonge y Languedoc, solicitando el honor de ser contadas entre las fieles esposas de Jesucristo.

Fundada, bien cimentada y provista de excelente personal, empezó la Orden de Nuestra Señora á desarrollarse admirablemente, y pasando los lindes de Burdeos, extendió sus ramificaciones bienhechoras hacia Beziers, Poitiers, Le Puy, Tolosa, Perigueux, Agen, Riom, Sains, Pau y otras ciudades, teniendo la Beata M. de Les-tonnac el consuelo, antes de morir, de ver fundadas treinta casas de su Orden.

Para no traspasar los límites que nos hemos impuesto, no relataremos aquí la larga historia de los grandes progresos que hizo esta obra de Dios; sólo nos contentaremos con poner al fin de estas páginas el Catálogo de las Casas fundadas, desde la primera hasta las de nuestros días, notando de paso las suprimidas y las que existen actualmente. La venerable Fundadora fué, hasta lo último de su vida, el motor y resorte que daba impulso á la marcha progresiva de esta colosal empresa. En sus tareas de apóstol no tenía otro fin que el amor de Dios y la salvación de las almas. Su divisa favorita era la del gran Patriarca San Ignacio de Loyola: «A la mayor gloria de Dios.» En cierta ocasión exclamaba: «Divino Jesús mío, ¡oh si me fuese dado ir por todos los ángulos del universo, y abrasar en amor de Dios á todas las criaturas!» y preguntándole por que exhalaba de su pecho tan amorosos suspiros, respondió: «¡Ay, hijas queridas, si conociéramos cuanto cuesta á Dios una alma! De buena gana sacrificaríamos nuestros bienes, talentos y la misma vida, á trueque de ganar una sola alma y salvarla.»

## XXI

El espíritu propio de la Compañía de María es unir la vida contemplativa con la vida activa. Para la primera se señalan los ejercicios de oración mental, examen particular y general, lectura espiritual, frecuencia de Sacramentos, rezo del santo Rosario y del Oficio parvo, silencio interior y exterior, humildad, caridad, retiro mensual, retiros anuales que preceden á la renovación de los santos votos, y otras prácticas de piedad encaminadas á santificar las obras ordinarias de cada día.

La vida activa de asiduo desvelo y laboriosidad en este Instituto, consiste en la enseñanza y educación de la juventud. El celo de las Hijas de Nuestra Señora se aplica en primer lugar á educar á las niñas de familias distinguidas en la sociedad, para formarlas en la piedad y virtud, é instruir las, como dice la Beata Madre, «en todo lo conveniente á una hija bien nacida.» Mas no por esto se olvida de las niñas menos acomodadas y menesterosas; pues en todas las casas, al lado opuesto á los grandes Pensionados, se abren clases

gratuitas, muy capaces, para aquella porción querida del divino Salvador. La tierna y sólida devoción á la augusta Virgen María es el medio más seguro, que constantemente emplearán, para inspirar á todas sus alumnas el amor y temor santo de Dios, y la fidelidad á los deberes de verdaderas cristianas. En fin, la venerable Fundadora resume el carácter particular de la Orden de Nuestra Señora en este lema: «Trabajar ó sufrir, y todo á la mayor gloria de Dios.»

## XXII

La Beata M. de Lestonnac, á los cincuenta y cinco años de edad se encontraba al frente de una Comunidad bien regulada y magníficamente organizada. Conservaba la hermosura y lozanía de la juventud, y con el adorno de otras prendas, gracias y virtudes, se hacía amar y respetar de cuantas personas la conocían y trataban. Nos complacemos en delinear el retrato de esta mujer grande y perfecta. Su estatura era alta y esbelta, el andar grave y majestuoso, los ojos grandes y azules, la nariz aguileña, los cabellos rubios, la cara llena y el color

blanco y rosado, su cuello torneado y el hablar gracioso. En todo su porte y ademanes resplandecían la nobleza, la modestia, la serenidad y la devoción.

La hermosura moral de la Sierva del Señor era todavía más admirable. Poseía un espíritu magnánimo y elevado, un entendimiento recto y sólido; estaba dotada de juicio claro y perspicaz, de voluntad firme y enérgica, y de un corazón grande y generoso; en una palabra, su alma se hallaba enriquecida de dones muy preciosos.

La unión con Dios era continua: de estas divinas comunicaciones sacaba aquel secreto sobrenatural, que da gracia á las palabras y acciones, y dones para gobernar con acierto las casas religiosas y dirigir las almas á la perfección.

¡Qué espectáculo tan hermoso ver á la venerable Fundadora ejercitar las obras del servicio de Dios, usando fielmente de los dones naturales y sobrenaturales que había recibido de su divina mano! Activa por naturaleza, resolvía un negocio, un asunto, una duda con tal precisión, que en un momento preveía el fin, los medios y las dificultades: exacta en el recto juicio que formaba de las cosas, se determinaba inmediatamente por el lado más ventajoso

y conveniente: paciente y firme en la ejecución de obras arduas y difíciles, continuaba constante hasta el fin, sin que ninguna dificultad fuese capaz de vencer su valor y magnanimidad.

No se podría dar por terminado el retrato de la Beata M. de Lestonnac si dejáramos de apuntar una cualidad muy especial que podríamos llamar «la gracia eficaz de las palabras,» pues como ella estaba dotada de buen juicio, clara inteligencia y de un espíritu muy superior ó poco común, sus palabras salían graves sin afectación, fuertes sin rusticidad, y dulces sin melindres: era pues, su hablar circunspecto, verídico, sencillo, sin lisonjas ni exageraciones, tenían sus palabras tal gracia y fuerza, que servían, de modo admirable, á su propósito de atraer santamente las voluntades de los demás á la suya.

En fin, concluiremos con lo que de esta gran Sierva del Señor se decía en los primeros años de su juventud: «Al par de la hermosura de su elevado espíritu, al que todos admiran, atrae la pública atención la belleza exterior de su persona; pero ello es solamente como un terso velo que envuelve un alma muy superior é incomparablemente más hermosa.» Y á continuación añá-

dían: «No se sabe qué admirar más, si la belleza de su cuerpo, ó la de su alma: lo más acertado será decir que la naturaleza parece como que se complació en hacer de ella una obra maestra, colocando su hermosa alma dentro de un lindísimo cuerpo, para que, al modo de gran princesa, habitara en palacio muy suntuoso y magnífico.»

### XXIII

Corría el año 1620, y la Orden de Nuestra Señora no contaba aún con Reglas y Constituciones particulares. El plan general de regularidad estaba marcado en la «Fórmula del Instituto,» aprobado por el Papa Paulo V. Con todo, se hubo de añadir algunas líneas de conducta y varias instrucciones, á manera de artículos, sobre la práctica de los deberes esenciales de la vida religiosa, y todos estos documentos recopilados en un cuaderno, los guardaba cuidadosa la Madre Fundadora. Este ensayo, algo imperfecto é incorrecto, que se había hecho con lentitud y según la necesidad y las circunstancias lo reclamaban, no bastaba para uniformar perfectamente las acciones diarias, las prácticas espirituales y los empleos de la Casa.

La M. de Lestonnac, muy celosa de la perfección y progreso espiritual de la Compañía de María, había pedido al P. de Bordes, siempre adicto al Instituto, al que vió nacer y desarrollarse, tuviese á bien ocuparse de la redacción definitiva de las Reglas y Constituciones. El buen Padre prometió gustoso ocuparse de ello; pero enviado entonces por los Superiores á la residencia de Pau, no pudo acabar con presteza tan importante trabajo.

Llegó el 2 de Abril del año 1620, y tuvo la M. de Lestonnac el grande sentimiento de perder al P. Juan de Bordes, su coadjutor, como hemos visto en la fundación de la Orden de Nuestra Señora, el que falleció el citado día en Santa María de Olorón, en Bearn, coronando su santa vida con una muerte dichosísima. En todos los lugares regados con los sudores y fatigas de su apostólico celo, se vió reflorar la devoción á la Reina de los cielos y el culto solemne á la adorable Eucaristía. El concepto que tenían de su grande santidad atrajo numeroso gentío á sus exequias, y entre los canónigos y ciudadanos medió una contienda, disputándose el honor de llevar el venerable cadáver; y se terminó tan piadosa porfía con el buen acuerdo de llevarlo á trechos

unos y otros. Este testimonio espontáneo de veneración al Apóstol de Bearn, era como el preludio del honor y de la gloria que su alma recibiría al entrar en el cielo.

La muerte del P. de Bordes no dejó, sin embargo, irrealizado, ni siquiera incompleto el trabajo que se le confiara, de redactar definitivamente las Reglas y Constituciones de la Orden de Nuestra Señora, las que trazó según el modelo de las de la Compañía de Jesús. El celosísimo Misionero de Bearn, en medio de sus ocupaciones y de sus trabajos apostólicos, había dado ya la última mano á su obra favorita, pero no quiso que apareciera hasta después de su muerte. Avisado, por divina revelación, que se acercaba el fin de sus días, envió los manuscritos, bajo pliego cerrado y sellado, á un amigo suyo, el Sr. Hayet, residente en Bayona, rogándole que luego que tuviese noticia cierta de su fallecimiento, se sirviese remitir con toda seguridad el pliego al Sr. de Bordes, su sobrino, abogado en el Parlamento de Burdeos, y que este señor lo entregase intacto á la M. Juana de Lestonnac. Hecha esta última diligencia, el P. Juan de Bordes aguardó en paz la hora de su muerte, que acaeció pocas semanas después.

Al obrar de esta suerte el humilde P. de

Bordes, parece tendría la mira de ocultar la gloria que le resultara de ser, en cierto modo, el legislador de esta gran Familia religiosa; como también para dejar, prudentemente, una entera libertad á las personas que hubiesen de aprobar su obra.

Con grande gozo y consuelo de su alma recibió la Beata Fundadora el manuscrito que contenía las Reglas y Constituciones, muy deseadas y estimadas de su corazón. El ventajoso concepto que tenía de las virtudes del P. de Bordes hubiera bastado para aprobar y aceptar unas Reglas, evidentemente escritas bajo la protección de Dios: con todo, para que tuviesen la fuerza conveniente, se sometieron á la aprobación de la autoridad eclesiástica. El Cardenal de Sourdis ordenó que se examinasen con sumo cuidado por personas doctas y muy graves. Intervinieron en esta consulta el Vicario general, algunos teólogos y cuatro Padres de la Compañía de Jesús.

Además se inquirió el parecer de la Madre de Lestonnac, la que manifestó el conocimiento que tenía de las dichas Reglas y Constituciones, é hizo alguna explicación, de la que resultaron algunas ligeras modificaciones. Finalmente el Cardenal, ateniéndose á la conformidad muy favorable de la res-

petable Comisión, aprobó y confirmó las Reglas y Constituciones propuestas, que son las mismas que se han observado hasta nuestros días.

Muy pronto fueron enviadas á todas las Casas de la Orden, junto con una afectuosa circular de la Beata Fundadora, en la que compendió, en breves cláusulas, la historia de la Compañía de María, y concluyó animando é incitando á todas sus hijas á observar fielmente las Reglas y Constituciones, para obtener con más seguridad el fin de nuestro Instituto, que es la gloria de Dios y la salvación de las almas.

## XXIV

A este tiempo plugo al Señor que la muerte continuase arrebatando, uno tras otro, seres muy queridos de la M. de Lestonnac. Su hijo el Barón de Montferrant murió, dejando una esposa afligidísima é inexperta para el manejo de los negocios de su ilustre casa, y tres hijos, Bernardo, Juana y Francisca, menores edad. Con el consejo de sus superiores, tomó la Beata Madre el cuidado de esta su affigida familia; consoló á la nuera con la eficacia de sus pa-

Bordes, parece tendría la mira de ocultar la gloria que le resultara de ser, en cierto modo, el legislador de esta gran Familia religiosa; como también para dejar, prudentemente, una entera libertad á las personas que hubiesen de aprobar su obra.

Con grande gozo y consuelo de su alma recibió la Beata Fundadora el manuscrito que contenia las Reglas y Constituciones, muy deseadas y estimadas de su corazón. El ventajoso concepto que tenía de las virtudes del P. de Bordes hubiera bastado para aprobar y aceptar unas Reglas, evidentemente escritas bajo la protección de Dios: con todo, para que tuviesen la fuerza conveniente, se sometieron á la aprobación de la autoridad eclesiástica. El Cardenal de Sourdis ordenó que se examinasen con sumo cuidado por personas doctas y muy graves. Intervinieron en esta consulta el Vicario general, algunos teólogos y cuatro Padres de la Compañía de Jesús.

Además se inquirió el parecer de la Madre de Lestonnac, la que manifestó el conocimiento que tenía de las dichas Reglas y Constituciones, é hizo alguna explicación, de la que resultaron algunas ligeras modificaciones. Finalmente el Cardenal, ateniéndose á la conformidad muy favorable de la res-

petable Comisión, aprobó y confirmó las Reglas y Constituciones propuestas, que son las mismas que se han observado hasta nuestros días.

Muy pronto fueron enviadas á todas las Casas de la Orden, junto con una afectuosa circular de la Beata Fundadora, en la que compendió, en breves cláusulas, la historia de la Compañía de María, y concluyó animando é incitando á todas sus hijas á observar fielmente las Reglas y Constituciones, para obtener con más seguridad el fin de nuestro Instituto, que es la gloria de Dios y la salvación de las almas.

## XXIV

A este tiempo plugo al Señor que la muerte continuase arrebatando, uno tras otro, seres muy queridos de la M. de Lestonnac. Su hijo el Barón de Montferrant murió, dejando una esposa afligidísima é inexperta para el manejo de los negocios de su ilustre casa, y tres hijos, Bernardo, Juana y Francisca, menores edad. Con el consejo de sus superiores, tomó la Beata Madre el cuidado de esta su affigida familia; consoló á la nuera con la eficacia de sus pa-

labras; puso en orden y arregló los asuntos de la casa; procuró medios conducentes para la conveniente y cristiana educación del nieto, según su elevada posición lo requería, y ofreció á la madre que, de acuerdo con ella, cuidaría de la instrucción de sus queridas nietecitas. Bernardo de Montferrant sirvió más tarde y por muchos años, como su padre, en calidad de guión, y luego de abanderado de las guardias de la Reina, y se casó con María Delfina de Pontac, hija de un presidente militar del Parlamento de Burdeos; y sus hermanas Juana y Francisca olvidáronse totalmente del mundo y sus vanidades, y se consagraron al servicio del Señor tomando por esposo á Jesucristo.

El otro triste acaecimiento fué la muerte, casi repentina y muy sensible, de su yerno el barón de Arpailhan, esposo de su querida hija Juana, á consecuencia de una grave herida que, en un encuentro, recibió de un gentilhombre, su enemigo. Muy aflictivos golpes fueron éstos para el corazón de la santa Madre, y fijando sus llorosos ojos al cielo, exclamó, á semejanza del santo Job: «El Señor me los dió y El mismo me los quitó; sea bendito su santo nombre.»

Un suceso muy agradable vino á tem-

plar la tristeza que le habían causado los anteriores acontecimientos. Las dos hijas de la Beata Madre, Marta y Magdalena, que había ya profesado en el monasterio de la Anunciata de Burdeos, vivían, desde algún tiempo, muy disgustadas en su clausura, y deseaban pasarse á la Orden de Nuestra Señora. Este deseo no fué efecto de inconstancia ni ligereza, sino de que, en aquellos malhadados tiempos, el veneno de la herejía había llegado hasta á introducirse en las mismas casas del Señor, y muchas de ellas no eran ya asilos de recogimiento y de santidad, antes sí estancias donde no reinaba la regularidad ni la perfección cristiana.

En este estado se encontraba desgraciadamente el mencionado monasterio; y el deseo de la mayor perfección fué el impulso poderoso que decidió á las dos hermanas, después de veinte años de profesas, á juntarse con su santa y muy querida Madre.

Se dirigieron por escrito las dos hermanas á la M. de Lestonnac, le expusieron su resolución y los motivos que les inducían á ello, le suplicaron que se dignase ayudarlas para lograr su determinación, y que las admitiese en su compañía. La virtuosa Madre, desconfiando de su propio

sentir, no quiso regirse por las inclinaciones naturales de su corazón, y consultó el caso con sus superiores, como acostumbraba en todos los asuntos de importancia; y principalmente acudió á Dios por medio de la oración, para conocer, sobre todo, la divina voluntad. Debidamente pesado y deliberado el asunto, y conociendo que era cosa laudable la determinación de sus hijas, les dijo que obrasen con entera libertad, y se ofreció á ayudarlas para lograr su intento.

Las dos hermanas solicitaron del Papa licencia para trasladarse al monasterio de Nuestra Señora, manifestando á Su Santidad, con grande entereza y mucha claridad, los motivos que las movían á esta demanda, la que antes había aprobado el Cardenal de Sourdis, y adjunto escribió Su Eminencia á Roma en sentido favorable á las exponentes. En fecha 1.º de Julio de 1620, el Papa expidió el Breve autorizando la traslación, con la condición de que las suplicantes debían empezar el noviciado en la Casa de Nuestra Señora, y someterse á todas las pruebas prescritas en el Instituto.

El Breve se recibió en Burdeos el día 30 de Septiembre, pero como medió una recia y larga resistencia entre la Superiora y Comunidad de la Anunciata y el cardenal

de Sourdis, por no querer aquélla dejar salir del monasterio á las dos hermanas, no se verificó la traslación hasta el día 8 de Noviembre.

¡Cómo ponderar el gozo de la Madre Fundadora al recibir en su compañía y estrechar entre sus brazos á sus hijas Marta y Magdalena, después de tantos años que no se habían visto! Día fué éste de triunfo y de alegría para toda la Comunidad, que desde luego echó de ver el valor de las hermanas de Montferrant, sus virtudes y sus méritos.

Cumplidos los dos años de noviciado, las dos hermanas pronunciaron los votos de Religión el día 18 de Diciembre del año 1622. Su vida fué muy regular y perfecta, y las dos, llenas de merecimientos y de virtudes, murieron antes que su santa Madre.

XXV

Cumplíanse catorce años desde que la M. de Lestonnac, como fundadora, empezó á regir con grande acierto y prosperidad, los destinos de la Orden, y como superiora gobernaba, con excelentes resultados, la

Casa de Burdeos, primera del Instituto. Este fué el tiempo preciso que el Señor escogió para acrisolar la virtud de su Sierva, poniéndola en graves y muy sensibles pruebas.

De las primeras compañeras de la Beata Fundadora quedaban dos ó tres en Burdeos, que no habían salido para las fundaciones que sucesivamente se efectuaron.

Una de estas primeras hijas fué la causa y el instrumento de un martirio de tres años que sufrió la Santa Madre, cuando, en las elecciones del año 1622, fué aquella elegida superiora de la Casa de Burdeos en sustitución de nuestra Beata Fundadora. Leemos de aquella compañera, en el proceso de la Causa de beatificación de nuestra Madre, «que era de ánimo muy menguado, inepta para desempeñar obra alguna de importancia, y esta misma incapacidad la incitaba á sentimientos de envidia. Por esto la Fundadora no le confió nunca cargos, que no podía cumplir cual convenía.» De ahí nació un resentimiento que, represado en su corazón mezquino, cuando se encontró revestida de autoridad se desbordó en venganzas contra la Madre Fundadora.

¡Quién se imaginará lo que puede una pasión desordenada! Humillaciones, despre-

cios, calumnias, insultos, desatenciones y mortificaciones pesaron sobre la respetable persona de la santa Fundadora, la que, á los sesenta y seis años de su edad, llena de tantos méritos, se vió prostergada y tratada como persona extraña, y aun culpable, entre sus propias hijas. ¡Ah! ¡verdaderamente con asombro y grande sentimiento podemos exclamar, que en el largo período de estas tribulaciones, quedó como eclipsado, en medio de su brillante carrera, el hermoso y vivificante sol de la Orden de Nuestra Señora!

A ejemplo de Jesucristo, llevaba la santa Fundadora con grandeza de alma, humildad y silencio el grave peso de una cruz que la affligía en lo más delicado de su noble corazón. Jamás quiso excusarse ni permitió consolarse con sus fieles hijas que, con lágrimas, le demostraban el sentimiento de verla en situación tan lamentable como injusta, y les decía la Santa Madre: «No quiera el Señor, amadas mías, que yo me inspire en vuestros sentimientos; no, no me quitéis el mérito de participar de la adorable cruz de mi divino Salvador.»

Mientras en la Casa de Burdeos pasaban tales trastornos, nada sabían las otras Comunidades de la Orden, donde florecía la

observancia, y progresaban admirablemente bajo la sabia dirección de la ilustre Fundadora, á quien amaban y veneraban todas como santa. Mucho extrañaban no recibir cartas suyas, y este silencio, harto prolongado, aunque les infundía algunas sospechas de que algo anormal debía ocurrir, no era suficiente para hacerles adivinar la realidad de lo que pasaba. Si la hubieran adivinado, ¿qué no hicieran aquellas buenas hijas, con su solicitud y cariño, para indemnizar á su venerada Madre de las injusticias y malos tratos de que era víctima? Mas el Señor, sin duda con el fin de acrisolar, por medio de tan dura prueba, las virtudes de su fiel Sierva, permitió que ésta llegase al extremo de que ni las hijas presentes, por no poder, ni las ausentes, por ignorar lo que pasaba, pudiesen aliviarla en sus tribulaciones.

Por fin llegó el término fijado en los decretos del Eterno. El mismo Señor, que prueba á las almas más escogidas, oyó las oraciones de su humilde Sierva, y trocó el corazón de la indigna Superiora. Dócil ésta á la divina gracia, concibió sentimientos de pesar y de arrepentimiento, por su mala conducta é injusticias hechas contra la inocente Madre Fundadora. Reconoció el

escándalo que había dado á la Comunidad, y el detrimento que había causado á la Orden entera, durante los tres años de su malhadado gobierno; y se determinó á reparar cumplidamente su mal proceder. El día de San Esteban se echó á los piés de la M. de Lestonnac, en presencia de toda la Comunidad, y regándolos con amargas lágrimas, le pidió perdón de todas sus ofensas y malos tratamientos, y le manifestó que deseaba y estaba dispuesta á dar satisfacción y cumplir la penitencia más rigurosa que se le quisiere imponer.

Nuestra buena Madre sacó, de tan ruda prueba, grandes merecimientos de virtud y de santidad, que la llenaron de gloria é hicieron su memoria inmortal en los fastos de la Iglesia católica.

## XXVI

Sucedió en el cargo de Superiora de la Casa de Burdeos, la M. de Badiffe, dotada de buenas cualidades para gobernar, la cual, llena de respeto y deferencia para con la M. de Lestonnac, le comunicaba los asuntos de la Casa, y nada emprendía sin su consejo y aprobación: rogóle que usase de

la misma autoridad que gozaba anteriormente, y que continuase asimismo rigiendo la marcha y progresos de toda la Orden.

A la sazón aconteció que la Condesa de Lauzun dispuso fundar un monasterio de Nuestra Señora en Pau, lo que satisfizo muchísimo á la santa Fundadora, porque, como muy devota de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, y muy adicta y aficionada á todo lo que se relacionaba con la misma, pensó que aceptando la fundación de Pau, se ofrecería tal vez la buena ocasión de pasar fácilmente al suelo de España, é implantar su Orden en el mismo territorio donde nació San Ignacio. Esta idea de venir á España, que tanto halagaba á su grande alma, no pudo verla realizada. Después de su gloriosa muerte, la Orden de Nuestra Señora se propagó por toda nuestra católica nación, como veremos más adelante, al fin de esta obrita.

El día 24 de Septiembre del año 1626 la M. de Lestonnac, á los setenta años de edad, salió de Burdeos para la fundación del Convento de Pau, acompañada de dos Religiosas y de sus nietas las Srtas. Juana y Francisca de Montferrant.

Trabajó muchísimo la Bienaventurada

Madre en aquella nueva fundación, y entre varias contradicciones y muy brillantes resultados, cogió centuplicados frutos en el bien inmenso que hizo á la juventud, que se confió á sus desvelos y educación, á despecho de los herejes, que los había allí en gran número. Para colmo de la satisfacción que la santa Fundadora disfrutaba en la pacífica Casa de Pau, sus dos queridas nietas, Juana y Francisca de Montferrant, se ofrecieron al Señor en este mismo convento, el día 8 de Septiembre de 1627. La función religiosa de recibir el velo las novicias atrajo gran concurrencia de personas, entre ellas muchos herejes, que acudieron á presenciar un acto tan nuevo y extraño para ellos. El obispo de Lescar, Sr. de Salette, quiso consagrar al Altísimo estas dos nobles víctimas, las que, en la vida religiosa, reprodujeron las virtudes de su santa abuela.

XXVII

Por tres motivos se perfeccionan las virtudes en el alma, hasta alcanzar los grados mas heroicos, es á saber: por la excelencia de las obras que forman su objeto, por la mayor ó menor dificultad que se

la misma autoridad que gozaba anteriormente, y que continuase asimismo rigiendo la marcha y progresos de toda la Orden.

A la sazón aconteció que la Condesa de Lauzun dispuso fundar un monasterio de Nuestra Señora en Pau, lo que satisfizo muchísimo á la santa Fundadora, porque, como muy devota de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, y muy adicta y aficionada á todo lo que se relacionaba con la misma, pensó que aceptando la fundación de Pau, se ofrecería tal vez la buena ocasión de pasar fácilmente al suelo de España, é implantar su Orden en el mismo territorio donde nació San Ignacio. Esta idea de venir á España, que tanto halagaba á su grande alma, no pudo verla realizada. Después de su gloriosa muerte, la Orden de Nuestra Señora se propagó por toda nuestra católica nación, como veremos más adelante, al fin de esta obrita.

El día 24 de Septiembre del año 1626 la M. de Lestonnac, á los setenta años de edad, salió de Burdeos para la fundación del Convento de Pau, acompañada de dos Religiosas y de sus nietas las Srtas. Juana y Francisca de Montferrant.

Trabajó muchísimo la Bienaventurada

Madre en aquella nueva fundación, y entre varias contradicciones y muy brillantes resultados, cogió centuplicados frutos en el bien inmenso que hizo á la juventud, que se confió á sus desvelos y educación, á despecho de los herejes, que los había allí en gran número. Para colmo de la satisfacción que la santa Fundadora disfrutaba en la pacífica Casa de Pau, sus dos queridas nietas, Juana y Francisca de Montferrant, se ofrecieron al Señor en este mismo convento, el día 8 de Septiembre de 1627. La función religiosa de recibir el velo las novicias atrajo gran concurrencia de personas, entre ellas muchos herejes, que acudieron á presenciar un acto tan nuevo y extraño para ellos. El obispo de Lescar, Sr. de Salette, quiso consagrar al Altísimo estas dos nobles víctimas, las que, en la vida religiosa, reprodujeron las virtudes de su santa abuela.

XXVII

Por tres motivos se perfeccionan las virtudes en el alma, hasta alcanzar los grados mas heroicos, es á saber: por la excelencia de las obras que forman su objeto, por la mayor ó menor dificultad que se

halla en cumplirlas fielmente, y por la perseverancia y progreso constante en ellas hasta el último suspiro de la vida. Estos tres motivos nos abrirían camino para poner de relieve las cualidades admirables que tuvieron las virtudes que ejercitó la Beata Juana de Lestonnac.

La brevedad de estas páginas no nos permite dar libre vuelo á nuestra pluma, para manifestar ampliamente todas las virtudes que, de modo admirable, ejercitó nuestra heroína; nos concretaremos tan sólo á describir algunas de las muchas que con tanta excelencia y perfección practicó.

Si la humildad no es la más excelente de las virtudes, por lo menos es el fundamento de todas, y quien aspira á subir el monte altísimo del divino amor, debe procurar antes bajarse hasta el abismo del propio abatimiento. Persuadida de esta máxima, la Beata Madre reguló, á ejemplo de los grandes Santos, la conducta de su vida por la humildad, y logró que esta virtud arraigase tan profundamente en su alma y en su corazón, que ni los honores ni los desprecios pudieron jamás menoscabarla.

Sentía bajamente de sí misma, y le causaba horror hasta la menor alabanza que se le prodigase. Su elevado nacimiento le

dió un rango muy considerable en el mundo, y el carácter de fundadora un lugar distinguido en la Religión; pero nada de esto pudo lisonjear su amor propio, porque «no se gloriaba en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.» No permitía que se hablase de su nobleza, cualidades, dignidad y virtudes; y si alguna vez mostró algo de rigor á sus súbditas, fué en ocasión en que éstas, descuidándose, hacían elogios de su persona y santidad.

Un día una hermana, entusiasmada del ejemplo de virtud que resplandecía en la M. de Lestonnac, le dijo: «¡Ay, madre mía! propongo arreglar mi conducta según el modelo de vuestra santa vida.» Y la santa Fundadora la respondió: «Hija, el modelo que hemos de seguir todas, es el que nos da la Santísima Virgen María.» A otra Religiosa que le hablaba de las grandes virtudes que descubría en su venerable persona le manifestó que nada bueno veía en sí, antes bien se reconocía tener todo lo contrario á lo que ella le decía. En cierta ocasión una Religiosa le demostró el mucho amor y estima que le tenía, y la M. de Lestonnac le respondió, y le hizo observar, que únicamente debíamos ocuparnos de amar y complacer á Dios y no á las criaturas.

Además, para conservar los sentimientos interiores de desestima propia, procuraba ejercitar actos exteriores de humildad. Cuando aún estaba en el mundo, tenía la piadosa costumbre el Jueves Santo, á imitación de Jesucristo, de lavar los piés á doce pobres y servirles la mesa. En la Religión, revestida de la primera autoridad, no se desdeñaba de ocuparse en empleos bajos y muy sencillos, cuales eran enseñar los rudimentos de la doctrina cristiana á las niñas pequeñas de las clases, servir á las enfermas sus hijas, disponer el refectorio, lavar los platos y escudillas; en una palabra, se gozaba grandemente en el cumplimiento de los oficios más viles de la Casa. Avida de humillaciones, besaba frecuentemente los piés á sus hermanas; pedía que se la acusase públicamente de las faltas que ella, en su humildad, creía haber cometido; se imponía por ellas muchas penitencias, las que nunca le parecían bastante humillantes, atendido su deseo de anonadarse más y más en presencia de Dios y de sus hermanas.

En su vejez, cuando las enfermedades la detenían en la celda, suplicaba á los Superiores que le permitiesen bajar al lugar do estaban las demás, y tomar parte en los ejer-

cicios de penitencia que se usan en las Comunidades religiosas; y como esta petición, atendidos sus muchos años, repetidas veces le fuese negada, respondía la mortificada Sierva del Señor: «No puedo creer que la edad, que no me impide llevar el hábito que visto, pueda impedirme el cumplimiento de los deberes que esta santa librea me impone; y pues tengo el honor de ser la primera en la Orden, razón es que también lo sea en todas las observancias de la Religión. El Hijo de Dios consumó la vida como la había empezado, esto es, humillándose hasta la muerte de cruz; y yo, que la he comenzado mal, debo procurar, á lo menos, acabarla bien.»

Toda vez que hay mucha diferencia entre la humillación que uno desea y busca por sí mismo, y la humillación que abraza y recibe de los demás, ésta tampoco faltó en la Beata Madre, como hemos visto en el párrafo vigésimoquinto, pues que durante aquella dura prueba de tres años continuos, nunca desplegó los labios para quejarse, ni profirió palabra en defensa de su inocencia; antes bien, inmóvil como una roca, combatida por aquella borrasca de humillaciones, permaneció firme en el fiel testimonio de su conciencia, heroica en paciencia, é

inmutable en la serenidad de su elevado espíritu.

En los primeros ensayos de la fundación de Tolosa, á donde fué la Beata Madre, D.<sup>a</sup> Luisa de Teula, baronesa de Escasafort, que había ofrecido grandes recursos, desistió de su compromiso, y en lugar de buenas razones se propuso disimular su inconstancia con quejas, burlas y malos tratamientos, de palabra y de obra, contra las Madres, y fué la M. de Lestonnac el blanco de su encono. Un día de caluroso verano, llevada la Baronesa de su extravagante pasión, mandó encender un gran brasero, y poniéndolo en una reducida pieza, condujo allí á la M. Juana, y cerró la puerta tras ésta, dejándola que sufriera, por largas horas, tan pesada burla. En retorno de tantas injurias y agravios, se humilló á los piés de la Baronesa, junto con sus hijas, pidiéndole perdón, caso que en algo la hubiesen disgustado, y sólo obtuvieron de este acto nuevas injurias y desprecios.

Preguntada después la Santa Madre si se había turbado en su ánimo al verse tan despreciada, contestó: «Por la misericordia de Dios, siempre conservé la misma tranquilidad ordinaria, ni cesé de confiar en la

Providencia divina... Conozco lo que es el mundo y cuán caprichosos son los hombres, y creo les es natural la inconstancia, así como el propio interés es el movíl principal de sus operaciones.»

### XXVIII

Disposiciones tan generosas suponen la guerra sin treguas que la Sierva de Dios había declarado á su cuerpo, crucificando su carne para tenerla sujeta al espíritu, á imitación del apóstol San Pablo.

Esta mortificación la ejercitó la Beata Madre desde el noviciado de las Fuldenses, y no la terminó hasta su muerte. Si se veía constreñida á aflojar un poco en sus habituales austeridades, era porque el Señor, por satisfacer su sed de sufrimientos, la visitaba con varias y muy dolorosas enfermedades, las que sufría gustosa en expiación de sus infidelidades, como ella decía. Efecto, sin duda, de excesivas y rigurosas penitencias, fueron las enfermedades que padecía, con la particularidad de que, si bien alteraron la robustez de su temperamento, no le quitaron la actividad para obrar y trabajar mucho.

En la fundación de la primera Casa, en Burdeos, escogió para sí la celda más incómoda, y soportó muy alegre los inconvenientes y efectos de una extremada pobreza. Cuando comulgaba, comía una sola vez al día; todos los viernes se alimentaba solamente de pan y agua, y de legumbres medio cocidas, sin ningún aparejo en la Cuaresma, y muy á menudo en el transcurso del año.

A la abstinencia y al ayuno juntaba largas y muy frecuentes vigiliias; dormía en cama dura, usaba de cilicios, cadenillas, disciplinas sangrientas; en fin, servíase, á igual de los Santos, de cuantos instrumentos de penitencia han usado para mortificar su cuerpo. En invierno llevaba un calzado que, dejando la planta de los piés desnuda, le hacía sentir mucho el frío. Más adelante hubiera llevado la Sierva del Señor los rigores de su penitencia, si los confesores no hubiesen puesto á su fervor el freno de la santa prudencia, manifestándole «que tanta austeridad estaba positivamente opuesta al espíritu de su Instituto.»

Si á la penitencia exterior se le debe fijar forzosamente límites, no sucede así con la mortificación interior, que no los conoce,

y puede correr sin interrupción hasta el fin. En este dilatado campo se espació la Beata Madre en su afán de sufrir y más sufrir, cuando se consagró al Señor abrazando la vida religiosa: más que sacrificio, fué su vida un holocausto que de sí misma hizo al Dios de su corazón, inmolando su alma con los dones y conocimientos que poseía, y su corazón con todos sus afectos, inclinaciones y deseos. Nunca cejó en el empeño de abnegarse constantemente, y adquirió tal disposición de ánimo, que permaneciendo imperturbable y superior á todo lo natural, sólo obraba á impulsos de la divina gracia.

Tampoco la igualdad de su alma fué turbada, ni se alteró en lo más mínimo, por acontecimientos tristes ó afflictivos que ocurriesen, aún que le tocasen muy de cerca. ¡Qué lance tan desconsolador fué para nuestra Beata, ver á su querida madre persistir, obstinada, hasta la muerte, en el Calvinismo! Nada había podido convencer á tan desdichada fanática; ni las buenas razones de un marido ferviente católico, ni las exhortaciones y lágrimas de su santa hija; tampoco las oraciones, ayunos y penitencias de muchas almas buenas, que no cesaban de interesarse con Dios

para alcanzar tan suspirada conversión. ¡La infeliz dió muestras, hasta los últimos momentos, de querer morir abrazada á los funestos errores que la habían extraviado!

Una muerte tan sospechosa, por las señales de obstinación que la acompañaron, ofrecía fundado motivo para temer el más terrible desenlace, cual es la condenación eterna. ¡Oh, cómo debió sentirse torturado por este temor el corazón de una hija como nuestra Beata; por una parte, tan amante de su madre y por otra, tan cono- cedora de lo que es la desgracia de perder á Dios y perderlo para siempre! Con todo, ni por un solo instante, ni en lo mas mínimo, se desconcertó su heroica resignación y conformidad á la voluntad divina; antes bien, elevando su corazón é inspirándose en sentimientos y actos de fe, adoró, humilde la profundidad de los juicios de Dios y la justicia de sus decretos.

La serenidad de semblante de la Madre de Lestonnac indicaba la tranquilidad de su alma grande, que no se anubló jamás, ni con los dolores agudos de la enfermedad, ni con los muchos achaques de la vejez, ni tampoco en las contradicciones, injurias y burlas de los malos y de los que se oponían á sus santas empresas. Insensible á

todo lo que no era Dios, podía verdadera- mente exclamar con el Apóstol: *Vivo yo, mas no soy yo la que vivo; es Cristo quien vive en mí.*

## XXIX

Desprendida la Beata Juana de Lestonnac de todo lo terreno, tomó su alma el vuelo hacia las más sublimes regiones de la altísima oración, porque el Señor gusta de comunicarse íntimamente con las almas generosas, que habiendo crucificado su carne con sus codicias, viven solamente la vida del espíritu.

Desde la infancia se entregó al ejercicio de la meditación, siendo esta afición más regalo del cielo, que propia inclinación, en tan tiernos años. Las obligaciones del estado conyugal no desvanecieron las interiores comunicaciones con su Dios; antes bien estas comunicaciones, con la afluen- cia del agua viva de la gracia que le proporcionaban, le infundían la fuerza necesaria para cumplir perfectamente los deberes de esposa y de madre. Rotos los lazos que la detenían en el mundo, no tuvo otra aspiración que la de unirse más estrechamente

para alcanzar tan suspirada conversión. ¡La infeliz dió muestras, hasta los últimos momentos, de querer morir abrazada á los funestos errores que la habían extraviado!

Una muerte tan sospechosa, por las señales de obstinación que la acompañaron, ofrecía fundado motivo para temer el más terrible desenlace, cual es la condenación eterna. ¡Oh, cómo debió sentirse torturado por este temor el corazón de una hija como nuestra Beata; por una parte, tan amante de su madre y por otra, tan cono- cedora de lo que es la desgracia de perder á Dios y perderlo para siempre! Con todo, ni por un solo instante, ni en lo mas mínimo, se desconcertó su heroica resignación y conformidad á la voluntad divina; antes bien, elevando su corazón é inspirándose en sentimientos y actos de fe, adoró, humilde la profundidad de los juicios de Dios y la justicia de sus decretos.

La serenidad de semblante de la Madre de Lestonnac indicaba la tranquilidad de su alma grande, que no se anubló jamás, ni con los dolores agudos de la enfermedad, ni con los muchos achaques de la vejez, ni tampoco en las contradicciones, injurias y burlas de los malos y de los que se oponían á sus santas empresas. Insensible á

todo lo que no era Dios, podía verdadera- mente exclamar con el Apóstol: *Vivo yo, mas no soy yo la que vivo; es Cristo quien vive en mí.*

## XXIX

Desprendida la Beata Juana de Lestonnac de todo lo terreno, tomó su alma el vuelo hacia las más sublimes regiones de la altísima oración, porque el Señor gusta de comunicarse íntimamente con las almas generosas, que habiendo crucificado su carne con sus codicias, viven solamente la vida del espíritu.

Desde la infancia se entregó al ejercicio de la meditación, siendo esta afición más regalo del cielo, que propia inclinación, en tan tiernos años. Las obligaciones del estado conyugal no desvanecieron las interiores comunicaciones con su Dios; antes bien estas comunicaciones, con la afluencia del agua viva de la gracia que le proporcionaban, le infundían la fuerza necesaria para cumplir perfectamente los deberes de esposa y de madre. Rotos los lazos que la detenían en el mundo, no tuvo otra aspiración que la de unirse más estrechamente

con Dios, y adelantó de tal manera en las vías de la contemplación, que penetró hasta los secretos de la ciencia mística, como alma que ya era toda de Dios. Más adelante, en la vida religiosa, no perdía un momento del tiempo que la Regla señala para este santo ejercicio, y destinaba las horas de la noche para reparar los ratos que las ocupaciones urgentes del día le hubiesen hurtado del trato y comunicación con su Dios: y temerosa de que no se entibiase nunca el fuego que el Espíritu Santo había encendido en su fervorosa alma, pedía incesantemente al Señor que le concediese el don de la oración, el amor constante á este santo ejercicio, y la gracia de practicarlo con mucha facilidad y perfección.

Era imposible que el Señor dejase de atender una súplica tan del agrado de su divino Corazón: así que la favoreció con gracias muy singulares y luces sobrenaturales, que le descubrieron algo la profundidad de los misterios divinos y el conocimiento de sucesos futuros. Pero como, algún tiempo antes de su muerte, quemó los papeles que revelaban los secretos de sus divinas comunicaciones, y los directores de su alma desaparecieron todos antes que ella; fué el caso que el fuego consumió las Memorias

de los favores que recibió del Cielo, y el sepulcro arrebató tras sí aquellos secretos sobrenaturales de su alma, tan regalada por el Señor. Por lo cual solamente podemos juzgar de lo que pasó en el interior de la Beata Madre; por señales y demostraciones exteriores que reflejaban lo que se ocultaba allá dentro. Permanecía horas enteras de rodillas con los brazos extendidos, para asemejarse más á Cristo crucificado, sin sentirse fatigada en una postura tan violenta. El gozo interior, que inundaba su alma, hacía á su cuerpo casi insensible al dolor y á las impresiones exteriores; de modo que se podía pasar una y otra vez cerca de ella, hablar alto y hacer ruido, sin que viese ni oyese cosa alguna, como si hubiese perdido el uso de los sentidos.

No era precisamente, para esta alma santa, la soledad y quietud del claustro condición indispensable para vacar al ejercicio de la oración: el trato con Dios le era tan habitual, que en cualquier tiempo y lugar le era sumamente fácil recogerse interiormente, y ocuparse toda en su Amado. ®

A la primera señal para la oración, cualesquiera que fuesen las ocupaciones á que de momento se dedicase, se desembarazaba desde luego de todo cuidado, y sus potencias

quedaban suavemente unidas á Dios. En los viajes, cuando se ocupaba en las fundaciones, no pudiendo tan fácilmente vacar á la oración, aguardaba la noche, y mientras sus compañeras dormían, ella quitaba del sueño el tiempo necesario para satisfacer su fervor. Advertidas las Religiosas de su piadoso artificio, más de una vez hicieron del dormido, y observándola muy de propósito, la vieron de rodillas con un Crucifijo en la mano, el cuerpo inmóvil, los ojos mirando al cielo y el rostro cubierto de lágrimas.

## XXX

El amor de Dios, la reina de las virtudes, que San Pablo llama «lazo de perfección,» brillaba con todo su esplendor en la persona de la Beata Juana de Lestonnac. El primer grado del amor de Dios consiste en la observancia exacta de los mandamientos. «Si me amais, dice el Señor, observad mis mandamientos.» Así vemos á la Sierva de Dios que se guardó de cometer todo pecado, aun en medio de mil ocasiones y tentaciones á que estuvo expuesta en los diversos estados y circunstancias de su vida. Estaba resuelta antes morir que consentir

en la más leve falta, y su alma, despegada de toda afición terrena, sólo aspiraba á unirse más y más fuertemente con Dios, de modo que, con el Apóstol, podía desafiar á cuanto hay en el mundo, diciendo: *¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo?*

Este amor, fuerte como la muerte, que abrasaba el corazón de la santa Fundadora, fué tan vivo y eficaz; que, no pudiendo contener en sí los ardores que la consumían, dejaba que se desbordase en frecuentes aspiraciones, en suspiros amorosos y en palabras de fuego, las que abrasaban en fervor á las que estaban cerca de ella. De la lección de la sagrada Escritura y de libros santos grababa en su memoria las palabras que más la movían al amor divino, y se servía de ellas para excitarse á sí misma y para animar á las demás, á la práctica frecuente de actos de amor de Dios. Entre muchas de las oraciones y jaculatorias que se desprendían de su corazón, á manera de flechas ardientes que herían el corazón de Dios, apuntaremos algunas, que sus hijas conservaron como dulce recuerdo de su Santa Madre, y las repetían mucho tiempo después de su bienaventurada muerte. «Vanidad de vanidades y todo es vanidad, menos amar á Dios y servirle.—Que se haga,

Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como se hace en el cielo.—Dios amó tanto al mundo que le dió á su único Hijo.—¡Qué deseo yo, Dios mío, en el cielo y en la tierra, sino á Vos, amor de mi corazón!—¡Dios mío y todas las cosas!» Estas últimas palabras, que las tomó de San Agustín y de San Francisco, le eran muy familiares, y las pronunciaba con tanto gusto y suavidad, que se le pasaba la noche entera en tan melifluo ejercicio.

El amor á la adorable persona de Jesucristo, á semejanza del amor á Dios, se reviste de diversas formas y se distingue en los Santos según la diferencia de sus caracteres. El amor de compasión á la vista de Jesús, inmolado en una cruz por la salvación de los hombres, era el que animaba hasta los menores actos de devoción de la Beata Madre. Iluminado su espíritu de un conocimiento muy particular del precio infinito de la redención de las almas, tenía constantemente fijo en su memoria lo mucho que Jesucristo había padecido por nuestro amor. Su corazón, lleno de ternura y de reconocimiento, se condolía de los dolores y sufrimientos de Jesús, y deshacíase en deseos de padecer mucho por El.

Frecuentemente recorría las dolorosas

estaciones del divino Salvador con el ejercicio de la Vía Sacra, y no contenta de estar, como la Magdalena, contiguo á la adorable cruz, hubiese querido, con San Pablo, poder decir: «Yo estoy crucificada con mi divino Redentor.» Un día que la santa Madre se sentía muy inflamada de este deseo, se la oyó en la celda dar gritos, repitiendo muchas veces estas palabras: «¡Muero! ¡muero! ¡que no tenga mil cuerpos y mil vidas para ofrecerlos en sacrificio á mi Dios!»

Todas sus palabras y las cartas que escribía, estaban como impregnadas del sentimiento compasivo que dominaba el corazón de la Beata Madre. Las Religiosas, sus hijas, no se saciaban nunca de escucharla cuando á menudo les recordaba, con palabras de fuego, la infinita caridad de Dios para con los hombres. La sola palabra caridad de Dios, la llenaba á veces de tal ardor, que desfallecía, como otro San Francisco de Asís. Recomendaba la lectura del capítulo décimotercero de las Epístolas de San Pablo, en el que este Apóstol, escribiendo á los de Corinto, enumera las cualidades de la perfecta caridad. «Amemos, hijas mías, decía ella, amemos á Jesús, cubierto de llagas por nuestro amor; lavemos nues-

tras almas en la sangre que mana de este divino Cordero; permanezcamos de continuo al pie de la cruz con María, Madre de Dios, y San Juan, el discípulo amado; con ellos amemos á Nuestro Señor crucificado, cuyo amor, infinito por naturaleza y eterno en duración, le ha hecho pródigo en liberalidades por nuestro amor.»

El divino fuego en que ella se abrasaba encontraba su alimento y conservación en la adorable Eucaristía. Esta devoción la demostró la Sierva del Señor desde la infancia, cuando procuraba defender la verdad de este dogma católico de la incredulidad de los calvinistas, los que negaban la presencia real de Jesucristo en el adorable Sacramento del altar. Al principio de la fundación de la Orden gozábale mucho en tener, dentro de su misma casa, á Jesús Sacramentado, y la pequeña capilla del Espíritu Santo era su cielo en la tierra. Allí acudía siempre que sus muchas ocupaciones se lo permitían, y postrada reverente y recogida al pie del sagrado Altar, se excitaba á emular á los Angeles, que cubren sus rostros por respeto al gran Señor, al que rendidamente cortejan; adoraba profundamente con ellos al Dios anonadado, y deseaba reparar con su amor y obsequios las

injurias que los herejes infieren á la santísima Eucaristía. Hizo construir una celdita cerca de la capilla, á donde iba á menudo, y gustaba de pasar muchos ratos más cerca de su Amado: allí se ofrecía entera á su amor y gloria, le pedía gracias, resolvía dudas, consultaba medios para extender su Orden, y renovaba muchas veces los votos de Religión. Cuando se trataba de erigir un nuevo monasterio, el primer cuidado de la santa Fundadora era buscar y disponer lugar decente, para poner el Sacramento, y excitaba con grande fervor á sus hijas á la devoción y amor á Jesús Sacramentado. Además, ¡qué disposiciones tan admirables llevaba siempre que recibía la sagrada Comunión! Como el ciervo sediento, acosado por los cazadores, busca refrigerio en los manantiales de cristalinas aguas, así la beata Madre, deseosa de alimentarse del Pan de Vida, frecuentaba á menudo la mesa Eucarística. Las personas que la observaban cuando se acercaba al comulgatorio, quedaban edificadas y muy admiradas de la gravedad de su porte, de la modestia de sus pasos y de lo radiante de su rostro; pero ¿quién pudo penetrar la dulzura que inundaba su alma cuando ya poseía á Jesús, el cual cifra sus delicias en estar con los hijos

de los hombres? Y ¿quién nos dirá los éxtasis y los amorosos coloquios que, de corazón á corazón, se dirigian entre el Esposo fiel y su amada esposa? En retirándose del altar se recogía en la celdilla que estaba contigua al mismo; allí se deshacía en acciones de gracias por el incomparable bien que acababa de recibir.

## XXXI

Después del amor á Dios Nuestro Señor, profesaba grande amor y devoción á la Virgen María, á los Angeles y á los Santos. En la época que vivía la Beata Juana de Lestonnac los herejes se esforzaban, con satánico empeño, en arrebatár los títulos y prerrogativas de la Santísima Virgen María, con ánimo de abolir el culto de hiperdulia que los católicos rinden á la Madre de Dios. Para reprimir la audacia de tamaños impíos Dios levantó, á mediados del siglo décimosexto, nuestra Heroína, que desde muy niña profesó tiernísima devoción á la Santísima Virgen, como señal de la misión que el cielo le había confiado. A esta Virgen escogió por su Madre y protectora, y le demostró siempre el respeto y la ter-

nura de verdadera hija suya. La invocaba con frecuencia; en circunstancias críticas le pedía luz y fortaleza; y la confianza que puso en la divina Señora no le salió jamás fallida. No contenta de haberle consagrado y puesto bajo su nombre poderoso la nueva Orden que fundó, ni de haber colocado bajo su maternal protección á las niñas de las clases, nunca descuidó medio ni trabajo alguno para hacer conocer y amar á la Virgen Santísima, y extender por el mundo su verdadera devoción.

Los herejes condenaban como una idolatría el culto de los Angeles y de los Santos; por esto la Sierva del Señor se esmeró mucho en rendirles los obsequios que les son debidos. Cuando entraba en el coro saludaba á los Angeles de las Religiosas presentes, y les rogaba que le permitiesen juntar su voz con las suyas, en celeste concierto, para alabar así mejor y más dignamente al Señor. Al fundar un monasterio era la primera que saludaba al Angel Custodio del lugar, y le pedía su protección para asegurar el buen éxito de la empresa, y experimentó muy felices resultados de tan tierna devoción. La misma santa Fundadora, en confianza á la M. Margarita de Poyferré, le comunicó que frecuente-

de los hombres? Y ¿quién nos dirá los éxtasis y los amorosos coloquios que, de corazón á corazón, se dirigian entre el Esposo fiel y su amada esposa? En retirándose del altar se recogía en la celdilla que estaba contigua al mismo; allí se deshacía en acciones de gracias por el incomparable bien que acababa de recibir.

## XXXI

Después del amor á Dios Nuestro Señor, profesaba grande amor y devoción á la Virgen María, á los Angeles y á los Santos. En la época que vivía la Beata Juana de Lestonnac los herejes se esforzaban, con satánico empeño, en arrebatár los títulos y prerrogativas de la Santísima Virgen María, con ánimo de abolir el culto de hiperdulia que los católicos rinden á la Madre de Dios. Para reprimir la audacia de tamaños impíos Dios levantó, á mediados del siglo décimosexto, nuestra Heroína, que desde muy niña profesó tiernísima devoción á la Santísima Virgen, como señal de la misión que el cielo le había confiado. A esta Virgen escogió por su Madre y protectora, y le demostró siempre el respeto y la ter-

nura de verdadera hija suya. La invocaba con frecuencia; en circunstancias críticas le pedía luz y fortaleza; y la confianza que puso en la divina Señora no le salió jamás fallida. No contenta de haberle consagrado y puesto bajo su nombre poderoso la nueva Orden que fundó, ni de haber colocado bajo su maternal protección á las niñas de las clases, nunca descuidó medio ni trabajo alguno para hacer conocer y amar á la Virgen Santísima, y extender por el mundo su verdadera devoción.

Los herejes condenaban como una idolatría el culto de los Angeles y de los Santos; por esto la Sierva del Señor se esmeró mucho en rendirles los obsequios que les son debidos. Cuando entraba en el coro saludaba á los Angeles de las Religiosas presentes, y les rogaba que le permitiesen juntar su voz con las suyas, en celeste concierto, para alabar así mejor y más dignamente al Señor. Al fundar un monasterio era la primera que saludaba al Angel Custodio del lugar, y le pedía su protección para asegurar el buen éxito de la empresa, y experimentó muy felices resultados de tan tierna devoción. La misma santa Fundadora, en confianza á la M. Margarita de Poyferré, le comunicó que frecuente-

mente gozaba de la presencia hermosísima de su Santo Angel de la Guarda. Algunas de sus hijas observaron muchas veces que cuando la Santa Madre entraba en algún lugar, ó pasaba por alguna puerta, se detenía, dando así la preferencia á su Angel Custodio, y de esta íntima y celestial comunicación resultaba en su exterior tal majestad, compostura y modestia que excitaba el fervor de cuantos la veían pasar por los tránsitos del Convento, siendo verdaderamente la Beata Madre el ángel visible de la Comunidad.

A algunos Santos, sus abogados, tuvo muy cordial devoción, esmerándose en venerar sus excelencias, imitar sus virtudes y hacerles particulares obsequios. Entre varios Santos, citaremos algunos muy de la devoción y afecto de la beata Madre. En primer lugar quería al apóstol San Pedro, como protector declarado de la Orden de Nuestra Señora; en segundo lugar, á San Juan Evangelista, por llevar su nombre, y ser el segundo abogado de la Orden, como lo manifestó mientras se trataba de la fundación; á Santa Tecla, porque en su día le fué revelada la fundación de la nueva Orden; á San Benito, por haber el Papa agregado la nueva Orden á la antigua Orden

Benedictina, con el fin de que las Religiosas pudiesen disfrutar de las gracias espirituales de que disfrutaban los Benedictinos, y pudiesen vestir su hábito; á San Francisco de Asís, por ser imagen viva de Jesús crucificado; á San Jerónimo y á las Santas Paula y Eustoquia, por amantes de la soledad; y á Santa Teresa de Jesús, porque desde su juventud se la había propuesto por modelo, admirando los seráficos y heroicos alientos de su grande espíritu. Amaba y veneraba á todos los Santos de la Compañía de Jesús, en particular á San Ignacio de Loyola, como Padre suyo y de todas sus Hijas, no queriendo que en la Compañía de María se respirase otro espíritu que el contenido en las Reglas y Constituciones de la Compañía de Jesús. De San Francisco Javier fué muy devota, admirando y celebrando sus trabajos evangélicos y gloriosas conquistas, y ardía en deseos de seguir sus pasos, hasta pasar á las Indias, para alumbrar, con las luces de la fe, á tantas gentes sumidas en las tinieblas del error y del gentilismo. Llevaba siempre consigo escritos en un papel los nombres de los Santos de su particular devoción, para renovar á menudo su memoria, é invocándolos con frecuencia, tener asegurada su poderosa protección.

## XXXII

La M. de Lestonnac adelantaba admirablemente en las vías de la santidad y del amor divino, y el Señor continuaba derramando en su alma, con mano pródiga, las riquezas inenarrables de sus gracias y los tesoros inagotables de su corazón. Aunque los dones extraordinarios suelen ser como complemento y corona que Dios, cuando le place, pone á las virtudes, no constituyen, empero, la esencia de la santidad: no obstante, son, por lo común, señales que la caracterizan y medios que ayudan grandemente á las almas en la práctica de las virtudes heroicas, y dan un testimonio clarísimo de la misma santidad.

Muchos fueron los éxtasis y deliquios de amor, varias las revelaciones é ilustraciones celestiales que, como regalos, concedió el Señor á su fidelísima Sierva: también le concedió el don de discernir los espíritus, penetrar los secretos del corazón humano, y prever los sucesos futuros, cuya enumeración sería interminable: nos concretaremos en manifestar tres casos muy admirables, que prueban lo mucho que el Señor favorecía á su amadísima y regalada Esposa.

Un día la M. Fontanel fué á pasar recado á la M. de Lestonnac, y decirle que su señora hermana estaba en el locutorio y deseaba hablarle: por tres veces llamó á la puerta del aposento donde se hallaba en oración, y no respondía palabra. Apretada la Madre tornera de la curiosidad por tan prolongado silencio, miró por un resquicio de la puerta, y vió á la santa Madre de rodillas, con los brazos levantados en actitud de una persona admirada y sorprendida de un afecto vehemente. Fué tanto el gozo que experimentaba la hija, admirando á su santa Madre en elevación y éxtasis tan sobrenatural, que se le pasó el tiempo, hasta que la campana hizo señal para salir de la oración. Entonces llamó más recio á la puerta, y volviendo en sí la Beata Madre, respondió que entrase. ¡Cuál fué el asombro de la afortunada M. Fontanel, al encontrar á su santa Madre con el rostro encendido como un ascua, y toda ella absorta y enajenada de los sentidos, sin atinar al recado que le daba y sin poder resolverse á bajar al locutorio!

El otro caso pasó con la M. Susana de Briançon, Religiosa de señaladas virtudes, y una de las primeras herederas del espíritu de la santa Madre. Sin duda la M. de

Lestonnac, para evitar que se la interrumpiera en horas de oración, y mucho más por que nadie echase de ver lo que de extraordinario le acaeciese en esos ratos de sublime contemplación, había dado orden de que, á no ser por cosa muy importante, no se la llamase durante este tiempo. Ejerciendo la M. de Briançon el oficio de portera, aconteció que una tarde en hora de oración, se presentó un asunto urgente é importante para cuya resolución debía acudirse á la M. Juana de Lestonnac. La M. Susana se llegó, pues, al aposento de la santa Madre, y al momento que iba á llamar observó que, penetrando por entre una hendidura de la puerta, salía del interior de la celda un rayo de luz que la dejó admirada. Se detiene, se inclina á mirar por el mismo resquicio, y examina atentamente lo que pasa dentro de aquella resplandeciente celda. ¿Qué es lo que está viendo? De rodillas, al pie de una imagen de la Santísima Virgen, ve inmóvil á la Beata Madre, orando con los ojos fijos al cielo, y se percibe que una blanca y hermosísima paloma revolotea graciosamente, y batiendo sus lindas alas, va á posarse sobre la cabeza de la extática Madre.

La M. Susana no acertaba á creer lo que

sus ojos veían; miraba una y otra vez, y se convenció de que sus sentidos no la engañaban, y de que era una visión prodigiosa lo que estaba presenciando. Terminó esta visión con la señal de la campana. Entonces abre la puerta, y ve á la santa Madre que se dirige á ella con el rostro resplandeciente como un sol, y sus reflejos, dando de lleno á la M. de Briançon, la circundan de vivísima luz, y queda suspensa y maravillada. Madre é hija, mudas de admiración, se miran una á otra, pasmadas de un tal duplicado prodigio. Rompe el silencio la M. de Lestonnac y pregunta á la M. Susana: «¿Queréis? ¿cuál es el motivo que os ha llevado aquí? y ¿qué luces son éstas que admiro en vuestro rostro?—¡Ay, Madre mía! respondió la M. de Briançon, ¡cuán llena estáis de divinos consuelos y cuán grande amor de Dios se os ha comunicado! Decidme, Madre, ¿qué son estos resplandores que aún despiden vuestra cara? y ¿qué significa aquella hermosa y blanquísima paloma que poco ha reposaba sobre vuestra cabeza?» Confusa la santa Madre, procuró distraer la cuestión y disimular el prodigio, y dijo: «¿Qué decís, hija mía? cuidado de no engañaros. Mirad, ¿quizás creéis haber visto lo que no haya sucedido? Sea lo que fuere, hija mía, en

virtud de la autoridad que tengo sobre vos, os mando que, durante mi vida, nada digáis de lo que vos creéis haber presenciado.» Guardó fielmente el secreto la virtuosa M. Susana de Briançon, no sólo hasta inmediatamente después de la muerte de la Beata M. Juana de Lestonnac, mas aún hasta el año 1651, cuando le llegó su última hora. Se comprende que por sentimientos de humildad no divulgase antes un acontecimiento tan portentoso; ya que éste, además de la gloria que reportaba á la santa Madre, también redundaba en honor de la favorecida hija; así que se contentó con escribir reservadamente lo ocurrido, en un papel firmado de su mano, cuya existencia no reveló sino en los últimos días de su vida. Poco antes de espirar la M. de Briançon; preguntada por su confesor si era verdad lo que había dicho y dejaba escrito de su santa Madre, lo afirmó con juramento.

Durante la estancia de la santa Fundadora en Pau, sucedió que estando un día orando delante de un devoto Crucifijo, encomendando al Señor la Comunidad que dentro poco iba á dejar, sintió en su interior que la plegaria había sido aceptada por el Señor. Y en medio de su gran confianza,

oyó distintamente que el Crucifijo le dirigía estas consoladoras palabras: «Hija mía, con el tiempo seré servido en esta Casa con mucho fervor.»

## XXXIII

Mencionaremos, de paso, algún caso extraordinario de los ocurridos durante la vida preciosa de nuestra santa Fundadora. A los primeros años de la Orden se declaró en Burdeos una terrible peste que asolaba á la ciudad, y varias de las Religiosas fueron atacadas de la enfermedad, y se temía mucho por las restantes. Con todo la M. de Lestonnac poseía unos frasquitos, que contenían cierto específico contra el mal, del que usaba con excelentes resultados. Sabido de los de fuera, acudían muchas personas al convento de Nuestra Señora, en demanda de aquel remedio, y la caritativa Madre, sin atender á la necesidad de la Casa, dió gran parte de los frasquitos que tenía.

Considerada esta acción desde el punto de vista del propio interés, quizá se pudiera tachar de imprudente y temeraria; pero la Beata Madre hizo todavía más, pues que,

yendo otras personas á pedir el mismo remedio, ordenó que se les entregase todo cuanto de él hubiese en Casa. Alguna repugnancia mostró la Religiosa que debía cumplir la orden dada, de lo que advertida la santa Superiora, reprendió suavemente su falta de confianza, y le dijo: «Debemos contar más en la bondad y providencia de Dios que en nuestras previsiones y cuidados, y según fuere la caridad y misericordia que ejercitáremos con el prójimo, será la que el Padre celestial usará con nosotros.»

Pero después de esta humilde reconvencción llaman á la porteria, y de parte de la Sra. de Lestonnac, cuñada de la santa Madre, entregan doce frasquitos de aquel precioso remedio. Esta coincidencia confundió á los que habían condenado la generosidad de la M. de Lestonnac, y les enseñó en adelante á abandonarse enteramente al cuidado de la divina Providencia.

Los muchos gastos que la santa Fundadora debió hacer para el establecimiento de la primera Casa de la Orden, agotaron el dinero que de sus bienes había reservado, y se vieron las Religiosas reducidas á una extrema pobreza. Todo faltaba á aquella pequeña Comunidad; ni tenían para atender á las más apremiantes necesidades de

la vida. A buen seguro que los parientes de las Religiosas las habrían socorrido, si hubiesen sabido la gran penuria de la Casa; mas la prudente M. de Lestonnac se abstuvo de manifestárselo, con la mira, sin duda, de experimentar la pobreza en todo su rigor, y para no alejar de la Casa á muchas jóvenes pretendientes que deseaban consagrarse en ella al Señor.

En tan triste situación imploró, ante todo, la Madre Fundadora el socorro de la divina Providencia, pues primero esperara un milagro, que dudar jamás de la asistencia de lo alto. El que alimenta las aves del cielo y los pequeños animalitos de la tierra, no tardó en demostrarle que no en vano había acudido á su bondad paternal. El Sr. Andrés de Nesmond, primer presidente del Parlamento, sin previo aviso ni indicación alguna envió una cantidad considerable de dinero á la M. de Lestonnac. Liberalidad tan extraordinaria llenó de admiración á la Sierva del Señor, porque nunca había tenido relación con este magistrado, ni podía suponer que conociese el apuro de la Comunidad.

Una novicia fué atacada de una grave enfermedad contagiosa, sin esperanza alguna de remedio, á juicio de los médicos.

Apenada la santa Madre de la novedad, y presintiendo la mucha gloria á Dios y á la Virgen María que, con el tiempo, daría aquella novicia si viviese, aplicóle la mano sobre su cabeza, y con sólo el contacto recobró tan pronta y perfecta salud, que pudo luego dejar la cama, sin quedarle señal alguno del mal que había padecido.

Cuando la santa Madre se ocupaba en hacer construir la gran cerca que debía circuir la Casa de Poitiers, muchas personas iban á visitar á las nuevas Religiosas, y entre ellas se presentó una jovencita. La Madre Fundadora le preguntó si quería ser Religiosa. «No, señora, contestó sin titubear la niña.—Pues lo seréis,» replicó la santa Madre; y puño la mano en la frente de la joven como para imprimirle el sello de la vocación religiosa, que todavía no sentía. Aquella predicción tuvo su efecto, pues Catalina Guerin (que era el nombre de la niña) fué Religiosa de aquella misma Casa, donde vivió, con mucha edificación, en la práctica de las virtudes propias de su estado.

Mientras la M. de Lestonnac residía en Pau sobrevino un hambre horrible, que diezmó las campiñas de Bearn, y muchos campesinos buscaron su refugio en la ciudad,

pareciendo cosa imposible poder asistirlos á todos. La santa Madre dió la orden para que se socorriese, sin rechazar á nadie, á cuantos se presentasen á la puerta del monasterio. La Casa no se encontraba con bastantes recursos para subvenir á tanta necesidad, pero se ejecutó lo dispuesto por la santa Superiora; y mientras duró la carestía no faltó nunca lo necesario para socorrer liberalmente á cuantas personas se presentaron; y después de la horrorosa hambre se vió que la Casa no había empobrecido, sino que se encontraba mucho más abastecida y mejorada, lo que llenó de asombro á las Religiosas. Mas la santa Madre dijo: «En cuanto á mí, no me pasma esto, antes me extrañaría que no sucediese así; porque Dios no se deja vencer nunca en liberalidad, y cumple lo que tiene prometido cuando dice: «Dad y se os dará.»

## XXXIV

Permaneció la M. de Lestonnac ocho años en Pau, y durante este tiempo ocurrió el fallecimiento del cardenal de Sourdis, á quien la Orden de Nuestra Señora debía en gran parte sus comienzos y progresos. El clero de Francia lo lloró como uno de

Apenada la santa Madre de la novedad, y presintiendo la mucha gloria á Dios y á la Virgen María que, con el tiempo, daría aquella novicia si viviese, aplicóle la mano sobre su cabeza, y con sólo el contacto recobró tan pronta y perfecta salud, que pudo luego dejar la cama, sin quedarle señal alguno del mal que había padecido.

Cuando la santa Madre se ocupaba en hacer construir la gran cerca que debía circuir la Casa de Poitiers, muchas personas iban á visitar á las nuevas Religiosas, y entre ellas se presentó una jovencita. La Madre Fundadora le preguntó si quería ser Religiosa. «No, señora, contestó sin titubear la niña.—Pues lo seréis,» replicó la santa Madre; y puño la mano en la frente de la joven como para imprimirle el sello de la vocación religiosa, que todavía no sentía. Aquella predicción tuvo su efecto, pues Catalina Guerin (que era el nombre de la niña) fué Religiosa de aquella misma Casa, donde vivió, con mucha edificación, en la práctica de las virtudes propias de su estado.

Mientras la M. de Lestonnac residía en Pau sobrevino un hambre horrible, que diez-  
mó las campiñas de Bearn, y muchos campesinos buscaron su refugio en la ciudad,

pareciendo cosa imposible poder asistirlos á todos. La santa Madre dió la orden para que se socorriese, sin rechazar á nadie, á cuantos se presentasen á la puerta del monasterio. La Casa no se encontraba con bastantes recursos para subvenir á tanta necesidad, pero se ejecutó lo dispuesto por la santa Superiora; y mientras duró la carestía no faltó nunca lo necesario para socorrer liberalmente á cuantas personas se presentaron; y después de la horrorosa hambre se vió que la Casa no había empobrecido, sino que se encontraba mucho más abastecida y mejorada, lo que llenó de asombro á las Religiosas. Mas la santa Madre dijo: «En cuanto á mí, no me pasma esto, antes me extrañaría que no sucediese así; porque Dios no se deja vencer nunca en liberalidad, y cumple lo que tiene prometido cuando dice: «Dad y se os dará.»

## XXXIV

Permaneció la M. de Lestonnac ocho años en Pau, y durante este tiempo ocurrió el fallecimiento del cardenal de Sourdis, á quien la Orden de Nuestra Señora debía en gran parte sus comienzos y progresos. El clero de Francia lo lloró como uno de

los Prelados más dignos; y aunque se le pudiera acusar de alguna vivacidad de carácter, no obstante, todos admiraban las eminentes cualidades que poseía, y que le merecieron la estimación de tres Papas y el favor de dos reyes.

De este ilustre Purpurado decían: «Era Prelado de buena y santa vida, irrepreensible en sus costumbres, y que, según el honor de su alta dignidad, se merecía el aprecio universal, tanto por el mérito de sus virtudes, como por el esplendor de su noble familia; pastor vigilante de su rebaño, é íntegro; de un espíritu intolerante para resistir á todo cuanto pudiera redundar en detrimento de su jurisdicción ó menoscabar, en lo más mínimo, el esplendor de la santa Iglesia; en una palabra, se conducía en su elevada jerarquía con tesón, bondad y constancia.

Murió el día 8 de Febrero del año 1628, á los cincuenta y tres de su edad, sin dinero, aunque sin deudas; de modo que su hermano tuvo que pagar los gastos de las exequias. Según la voluntad del ilustre difunto, fueron enterrados su corazón y sus entrañas, sin pompa ni ostentación, en la Catedral de San Andrés, á la puerta del coro, escogiendo, en su profunda humildad, este lugar,

como más expuesto á las pisadas de los concurrentes, y su cuerpo fué trasladado á la Chartreuse.

Sucedió al difunto Cardenal, su hermano el Sr. D. Enrique de Escoubleau de Sourdis, antiguo obispo de Maillezais: tenía, como su antecesor, mucho celo por la Religión, sobresaliendo en cualidades militares, que le valieron el título de capitán del Consejo del rey, en la armada naval. La Orden de Hijas de Nuestra Señora encontró en el nuevo Cardenal un protector muy adicto, cuyo celo les consoló no poco de la pérdida de su llorado padre. Además tuvo la Beata Madre el sentimiento de perder á su querido hermano el P. Rogelio de Lestonnac, que falleció siendo rector del Colegio de Poitiers, el día 22 de Junio del año 1631.

Las instancias muy repetidas de las Hijas de Burdeos, que echaban de menos la presencia de su querida Madre, por tan largo tiempo ausente de ellas, y los intereses de la Orden, que reclamaban la vuelta á Burdeos de la santa Fundadora, hicieron que en el año 1634 dejase ésta á Pau y regresase á Burdeos, siendo recibida por toda la Comunidad con grandes demostraciones de alegría, amor, respeto y deferencia.

Luego de llegada la Madre Fundadora á Burdeos propuso ocuparse en un trabajo muy importante, que desde mucho tiempo deseaba realizar, pero su ausencia y las muchas ocupaciones no se lo habían permitido. Se trataba de la impresión y publicación de las Reglas y Constituciones de la Orden de Hijas de Nuestra Señora, reclamada por todos los conventos del Instituto, como el único medio de mantener la uniformidad de la disciplina religiosa en todas las Casas de la Orden. La M. de Lestonnac se dirigió al cardenal Enrique de Sourdis, de quien sabía lo muy dispuesto que estaba para todo cuanto pudiera redundar en mayor perfeccionamiento de las Hijas de Nuestra Señora, y le suplicó que tuviese á bien mandar examinar las Constituciones, conceder su autorizada aprobación, y dar la licencia competente para imprimirlas. A todo consintió muy gustoso el Arzobispo y designó al vicario general, Sr. D. Pedro Carón, para examinar el libro de las Reglas, con acuerdo de la M. de Lestonnac y las Religiosas más antiguas, en cuyo examen se pasó largo tiempo. Terminado este trabajo, la Comisión rogó á la Madre Fundadora que declarase, por escrito, que el Instituto estaba conforme al que

había sido inspirado por Dios, desde el principio de la Orden. En consecuencia, la M. Juana de Lestonnac hizo su declaración, firmada de su mano, el día 14 de Junio del año 1638. Las Constituciones redactadas en buena forma y con la declaración de la Madre Fundadora, fueron presentadas, dos días después de la citada fecha, á su eminencia Enrique de Sourdis.

El Arzobispo, vista la relación favorable que hizo la Comisión del examen, dió la deseada aprobación, por un acta auténtica, en términos muy honoríficos para la Orden entera, y en particular para su fundadora la M. Juana de Lestonnac.

## XXXV

Con la publicación de las Reglas, que fueron recibidas en todas las Casas con grande alegría y observadas con mucha exactitud, nada faltaba hacer á la M. de Lestonnac para el perfeccionamiento de la Orden que el cielo le había encomendado.

Mil gracias daba al Señor por la visible protección con que favoreció siempre sus trabajos, y en plácido sosiego podía gozarse la Santa Fundadora del feliz término de su grande obra. Nunca había aflojado en el

cuidado de la propia santificación, y á medida que aumentaba en años se la veía, agradecida, redoblar el fervor para aprovechar todos los preciosos momentos de una existencia que parecía tocar á su fin. Llegó la Beata Madre á los ochenta y dos años de su edad, y por consiguiente traspasaba el término que el Salmista llama de achaques y dolores. Corto tiempo le restaba de vida, y esto la alegraba: una calentura continua, y varias enfermedades, agotaban sus fuerzas corporales: se le hacía muy difícil atender á las obras de celo y laboriosidad, que practicó siempre: mas si decaían las fuerzas corporales, no así las de su espíritu, que parecía vigorizarse, y, más que nunca, estaba dispuesto á practicar actos de verdadera virtud.

Distribuyó la Beata Madre de tal manera las horas del día, que no le quedaba un momento ocioso. Su descanso en la recreación era hablar de Dios, de la dicha que se experimenta en servirle, y de la satisfacción que se siente al encontrarse en vísperas de ir á poseerlo en el cielo. Mientras esperaba este gran día en que debía comparecer ante la presencia del Señor, y gozar, sin velos ni mudanza, de su divina presencia, le contemplaba sin interrupción, viviendo, como

se dice del justo, vida de fe; y se unía á El estrechamente, frecuentando el sacramento de la sagrada Eucaristía; y á medida que las fuerzas de su cuerpo disminuían, se notaba que su espíritu cobraba nuevos alientos y más ardiente amor, á semejanza de una antorcha que, cuando está para apagarse, echa más vivas llamas y luce con más esplendor.

En tan pacífica disposición de ánimo continuaba la santa Fundadora su cordial correspondencia entre varias Casas de la Orden, sirviéndole para ello como de secretaria su nieta la M. Juana de Montferrant. El extracto de una de estas últimas cartas, dirigida á su sobrina, la M. de Poncastel, Religiosa á la sazón de Poitiers, manifiesta el amor, el celo y la ternura de la Beata Madre.

Dice: «Por razón de que mi estado de salud es tan delicado, no puedo esperar, hija mía, en mi avanzada edad, sino muchos achaques y varias enfermedades de las que, por la misericordia de Dios, estoy muy bien provista, y no me faltan ocasiones para ejercitar la paciencia. Si en la semana paso un día bien, los restantes sufro muchísimo: una fiebre continua mina lentamente mi existencia, y esto me estimula á apli-

carme constantemente para hacerme digna de ir á ver á Dios: no pienso en otra cosa.

«Deseo, hija querida, que para alcanzar este fin me ayudéis con el socorro de vuestras oraciones; también ruego á vuestra Madre Superiora y Comunidad que me obtengan el mismo favor; por mi parte les aseguro no olvidarlas en la presencia de nuestro Señor. De vos me acuerdo en particular, y pido á Dios que seáis todas, según su santa voluntad, fieles Hijas é imitadoras de las virtudes de su santa y divina Madre. Sea la Virgen María el verdadero modelo que tengamos delante de los ojos en todas nuestras acciones, para hacernos perfectas.

«El otro medio que seguramente nos conducirá á este fin, es el exacto cumplimiento de nuestros votos y de las santas Reglas, que yo deseo ardientemente las observéis con toda perfección. Haced que vuestros corazones se abrasen en el fuego del amor divino, y nunca amaréis á Dios de veras hasta que os parezca poco todo cuanto hagáis y podáis hacer en su honor y servicio. Continuad, pues, siempre constantes en este santo ejercicio del amor de Dios, sin interrupción ni descanso, no sea que cuando os llame el Esposo, en la hora de la muerte, encuentre extinguida en vosotras la lúcida lámpara de la caridad.

«Para evitar tamaña desgracia procurad que ninguna dificultad os haga retroceder en el camino de la virtud. Acordaos que las penas sufridas con amor y resignación, son el verdadero testimonio de nuestra fidelidad á Dios.»

En los últimos crepúsculos de su vida nuestra bienaventurada Fundadora concibió el hermoso pensamiento y santo deseo de fundar, á extramuros de la ciudad de Burdeos, una segunda Casa de la Orden, para poder prodigar á mayor número de niñas el beneficio de la cristiana educación. Contaba para esta empresa con la protección y generosidad de su hermana la Sra. de Aulède, y de su sobrino el Sr. de Aulède de Lestonnac; pero la muerte de la Sierva del Señor cortó en flor los primeros pasos de tan santa empresa, quedando irrealizados los deseos de esta alma grande, que, hasta el último aliento de la vida, respiró y se inspiró constantemente en el amor de Dios y en procurar su mayor gloria.

XXXVI

La vida tan singular y prodigiosa de la gran Sierva del Señor fué verdaderamente presagio de la gloriosa morada que la espe-

raba allá en la eterna bienaventuranza: en efecto, á esta hermosa alma, para quien la tierra era penoso destierro, iban ya á abrirse las puertas de la celeste patria.

Advertido el cardenal-arzobispo Enrique de Sourdis del estado de extrema debilidad en que se encontraba la veneranda Fundadora, quiso despedirse de ella, aprovechando la ocasión de una visita canónica que hizo al monasterio, dando así una prueba de la gran estima y veneración que este ilustre Purpurado tenía á la Beata Madre.

Aunque las fuerzas corporales le iban faltando notablemente á la M. de Lestonnac, su espíritu permanecía vivo y lleno de vigor, y se la veía la primera en todos los ejercicios de Comunidad. Una Religiosa, admirada de la exactitud que observaba en ella, manifestóle un día su admiración, á la que la Beata Madre contestó: «Sabed que por la misericordia de Dios y un socorro extraordinario de su gracia, mi espíritu conserva la energía de la juventud; y siendo así tengo obligación estrecha de emplearlo todo en el servicio de mi Dios y Señor.»

Deseando vivamente las hijas poseer el retrato de su querida Madre, y legarlo á la posteridad, intentaron lograrlo de un modo muy ingenioso.

Resolvió la Rda. M. de Franc hacer pintar un cuadro representando la Purificación de Nuestra Señora, y que en Ana profetisa copiase el pintor las facciones de la Beata Madre. Cuando el trabajo estuvo bastante adelantado, se rogó á la M. de Lestonnac se sirviese examinarlo y manifestar su parecer. Mientras la Madre Fundadora contemplaba atentamente el cuadro, el pintor copiaba solícito el rostro de la Beata Madre. Al poco rato se apercibió ella del engaño, y bajándose el velo, con cierto aire de indignación, efecto de su profunda humildad, dijo: «¡A qué viene esto! ¿por qué se pretende hacer lo que yo no quiero ni puedo sufrir?» Dicho esto se retiró, y la M. de Franc y el pintor debieron resignarse á esperar otra ocasión más favorable.

### XXXVII.

Llegó la época de la renovación de votos, que precede á la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, en que las Religiosas, durante tres días, se dedican de un modo especial al retiro y á la oración, y la Beata Madre se recogió con un fervor más que extraordinario, presagiando sin duda

raba allá en la eterna bienaventuranza: en efecto, á esta hermosa alma, para quien la tierra era penoso destierro, iban ya á abrirse las puertas de la celeste patria.

Advertido el cardenal-arzobispo Enrique de Sourdis del estado de extrema debilidad en que se encontraba la veneranda Fundadora, quiso despedirse de ella, aprovechando la ocasión de una visita canónica que hizo al monasterio, dando así una prueba de la gran estima y veneración que este ilustre Purpurado tenía á la Beata Madre.

Aunque las fuerzas corporales le iban faltando notablemente á la M. de Lestonnac, su espíritu permanecía vivo y lleno de vigor, y se la veía la primera en todos los ejercicios de Comunidad. Una Religiosa, admirada de la exactitud que observaba en ella, manifestóle un día su admiración, á la que la Beata Madre contestó: «Sabed que por la misericordia de Dios y un socorro extraordinario de su gracia, mi espíritu conserva la energía de la juventud; y siendo así tengo obligación estrecha de emplearlo todo en el servicio de mi Dios y Señor.»

Deseando vivamente las hijas poseer el retrato de su querida Madre, y legarlo á la posteridad, intentaron lograrlo de un modo muy ingenioso.

Resolvió la Rda. M. de Franc hacer pintar un cuadro representando la Purificación de Nuestra Señora, y que en Ana profetisa copiase el pintor las facciones de la Beata Madre. Cuando el trabajo estuvo bastante adelantado, se rogó á la M. de Lestonnac se sirviese examinarlo y manifestar su parecer. Mientras la Madre Fundadora contemplaba atentamente el cuadro, el pintor copiaba solícito el rostro de la Beata Madre. Al poco rato se apercibió ella del engaño, y bajándose el velo, con cierto aire de indignación, efecto de su profunda humildad, dijo: «¡A qué viene esto! ¿por qué se pretende hacer lo que yo no quiero ni puedo sufrir?» Dicho esto se retiró, y la M. de Franc y el pintor debieron resignarse á esperar otra ocasión más favorable.

### XXXVII.

Llegó la época de la renovación de votos, que precede á la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, en que las Religiosas, durante tres días, se dedican de un modo especial al retiro y á la oración, y la Beata Madre se recogió con un fervor más que extraordinario, presagiando sin duda

que había de morir en esta fiesta, según deseaba y había pedido al Señor. Contra la costumbre de los otros años, el primer día del retiro se confesó y comulgó fervorosamente. La noche del segundo día, 31 Enero de 1640, por olvido involuntario no se le preparó la ligera cena de costumbre, permitiendo el Señor este descuido para probar á esta alma santa, y ofrecerle ocasión de ejercitar la pobreza religiosa. Cuando la H. Luisa Clissa, que la servía, se apercibió de la negligencia cometida por la cocinera, le manifestó la grande pena que por ello sentía, á lo que respondió la santa Madre: «Eso no es nada, Hermana mía; cualquier cosa me basta.» Contenta de poder experimentar tal privación, comió un poco de pan y un racimo de uvas.

Al acostarse dijo: «¡Bendito sea Dios, que me ha dado fuerzas para cumplir hoy con todos mis ejercicios espirituales!» Y como por prescripción facultativa acostumbrase á tomar un poco de alimento antes de la media noche, añadió á la H. Luisa: «Carísima Hermana, esta noche no me sirváis cosa alguna, para que así podamos vos y yo descansar mejor.»

La Hermana, atendiendo más á los impulsos de su caridad que á la orden que su

santa Madre le había dado, acudió á la hora acostumbrada; pero ¡cuál fué la sorpresa al encontrarla sin habla, inmóvil y con los ojos fijos y casi anublados! Alarmada la Hermana, llama muchas veces á la enferma, y no contesta; la observa, y se apercibe que respira muy lentamente, y azorada da voces de que la Madre se muere. A estas voces despiertan las Religiosas, y acuden al aposento de la moribunda. El médico, llamado al momento, reconoce que es un fuerte ataque de apoplejía, y ordena se le apliquen remedios muy enérgicos; pero éstos no produjeron ningún efecto; solamente se notó que á intervalos recobrabá, por breves momentos, el conocimiento.

Se avisó inmediatamente á los Padres de la Compañía de Jesús, notificándoles la gravedad inminente de la santa Madre, los cuales, como en vida habían dirigido su alma, así la asistieron, sin dejarla un momento, durante su enfermedad corporal, sucediéndose unos á otros hasta la muerte, por el amor y grande veneración que les merecía la santa Fundadora. Aprovechóse uno de los momentos en que parecía estar en sí, para administrarle el sacramento de la Extremaunción, único que podía recibir en aquellas circunstancias, y se la oyó pro-

nunciar distintamente, por última vez, los sacrosantos nombres de Jesús, María y José, y desde luego cayó en un profundo letargo, que le duró treinta y seis horas.

Este período pareció á la Comunidad, siempre deseosa de tener el retrato de su Madre y Fundadora, que era ocasión oportuna para llamar otra vez al pintor, á fin de que acabara la obra, pudiendo retocar más despacio las facciones de Ana profetisa, imitando las de la M. de Lestonnac. En efecto; entró el artista en el aposento de la agonizante Madre, y mientras andaba preparando colores y pinceles, las Religiosas notaron que la Beata Madre fijaba en el artista los ojos, y sacando de la cama uno de sus brazos, lo meneaba continuamente, como indicando que se retirara aquel hombre de allí.

Esta rara novedad dió á conocer el disgusto que con su empeño le causaban, y se aquietó tan luego como se salió el pintor, sin haber puesto las manos en la obra. Quedaron las Religiosas sumamente edificadas y admiradas de la extrema humildad de la Beata Madre, fiel imitadora del Santo Padre Ignacio de Loyola, que en lance semejante nos dejó ejemplo de esta grande y profunda virtud.

Por entonces se desistió de tan piadoso intento, aguardando poder efectuarlo después de la muerte de la bienaventurada Madre, pero ni en esta ocasión se la pudo retratar, porque en su cuerpo inanimado aparecieron señales de la gloria que gozaba su alma en el cielo, variando continuamente los colores, é imposibilitaron al artista de sacar una copia exacta, manifestando: «que su pincel sabía retratar hermosuras de la tierra, mas que su ciencia y arte no alcanzaban á copiar bellezas del paraíso.»

Amaneció, pues, el día 2 de Febrero del año 1640, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, y llegada la hora en que debía celebrarse la santa Misa, á la que la Comunidad había de asistir para renovar los sagrados votos y recibir la adorable Eucaristía; viendo á la santa Madre muy próxima á la muerte, temieron las Religiosas que no se muriese durante su ausencia, y sentían no poder estar presentes en su dichoso tránsito. En esta incertidumbre acerca de lo que debían de hacer, estando presente el P. Martel, director de la Beata Madre, le pidió en nombre de la Comunidad que dilatase su partida hasta que sus queridas hijas pudiesen estar presentes en su última hora. Hecha esta petición, se salieron del

apoyento, dejándola al cuidado de las enfermeras.

El P. Martel celebró la Misa; y concluida la ceremonia de la renovación de votos, acude presurosa una Hermana, manifestando que la enferma estaba espirando. Acude el P. Martel el primero, y tras de él se reúnen presurosas todas las Religiosas en el aposento de la moribunda Madre. «Aquí tenéis, reverenda Madre, le dijo el P. Martel, á vuestras queridas hijas, para asistir á vuestro último trance y ayudaros con sus oraciones. Ellas os ruegan, Madre carísima, que las reconozcáis en el cielo por hijas vuestras, y que ahora les echéis vuestra última bendición.» La veneranda Fundadora, pareciendo oír las palabras que se le dirigían, contestó con un amoroso movimiento de ojos, y luego, dirigiéndolos tiernamente á todas y á cada una de sus hijas, que estaban arrodilladas al rededor de su lecho, regándolo con sus lágrimas, entregó dulcemente su preciosa alma en manos del Criador, á la edad de ochenta y cuatro años, y treinta y dos de vida religiosa.

Así murió llena de años y de merecimientos esta mujer fuerte y verdaderamente admirable, la Beata Juana de Lestonnac, fundadora y primera Religiosa de la

Orden de Hijas de Nuestra Señora, ilustre por su nacimiento, y mucho más por sus grandes cualidades y heroicas virtudes. Mas no murió, diremos con San Francisco de Sales: «pues que el alma fiel deja el destierro por la patria, que es la morada de los hijos de Dios, y como miró de paso la vida de acá, vuela ligera á gozar de otra nueva vida mejor y bienaventurada.»

### XXXVIII

Varios acontecimientos prodigiosos contribuyeron á consolar á las Hijas de Nuestra Señora del grande dolor y sentimiento que experimentaban por la muerte de su querida y veneranda Madre Fundadora. Al vestirle el hábito religioso, después de difunta, la sentaron en una silla, y su cuerpo quedó flexible como si estuviera vivo; su rostro se llenó de hermosura y resplandor, desapareciendo las arrugas de la vejez, lo mismo que la palidez cadavérica; sus ojos permanecieron siempre abiertos, y aunque fija la mirada, expresaba dulzura y bondad. Cuatro días estuvo insepulto el venerando cuerpo, y no presentó ninguna señal de corrupción, antes bien exhalaba un olor

suavísimo, que perfumaba el lugar donde estaba expuesto á la veneración de los fieles.

De la carta circular que la Rda. Madre de Franc, superiora de la Casa de Burdeos, dirigió á todas las Comunidades de la Orden cinco días después del fallecimiento de la Beata Madre, copiamos lo siguiente: «El viernes, á las tres de la tarde, la pusimos en el féretro, y nuestra iglesia se llenó de tanta gente que, habiendo llamado músicos para cantar con nosotros los responsorios del Oficio de difuntos, no pudieron penetrar hasta el lugar destinado, y se vieron obligados á volverse. El siguiente día el P. Champeils, de la Compañía de Jesús, hizo la oración fúnebre, y concluyó exhortándonos que solicitáramos la beatificación de la Sierva del Señor. La iglesia y coro se adornaron con colgaduras blancas y orla negra, y en medio de éstas el escudo de la Orden, es á saber, el Nombre de María sobre fondo azul. Todo el mundo la aclama como santa. Para no faltar en cosa que pudiéramos hacer, hemos colocado su cuerpo en un sepulcro de piedra, levantado sobre dos pilares, en medio de la sepultura en que enterramos á nuestras Religiosas difuntas, y por espacio de cua-

renta días se ha dejado en nuestra iglesia una capilla decorada de negro. Muchas de nuestras Religiosas guardan parte de sus cabellos, y no le dejaron una sola uña.

«Por lo que á mí toca, hago conservar con mucho cuidado todo lo que ha servido á su persona, á fin de poder dar alguna cosa de su uso á las personas que tengan la estimación que nosotras tenemos de ella. Y pues que tuvimos la gran dicha de verla y estar con ella, deseamos seguir sus pisadas y glorificar á Dios en esta mortal vida, como ella lo hizo hasta el último de sus días.»

Los funerales que se celebraron fueron magníficos: mas que honras fúnebres se pudieron llamar actos de triunfo, pues que se quiso rendir á la ilustre difunta todos los honores que le eran debidos, tanto por su eminente virtud, como por la calidad de fundadora. La concurrencia fué extraordinaria (ávida de ver á la «Santa,» como la llamaban), y su emoción indescriptible.

Con el fin de prevenir el desorden que una piedad indiscreta pudiera causar, se procuró ocultar al público la hora en que se daría sepultura al venerable cuerpo de la Sierva del Señor, cuya ceremonia se efectuó entrada ya la noche, con asistencia de los vicarios generales Sres. Carón y Niat.

## XXXIX

Dios, que es admirable en sus Santos, no contento de manifestar en Burdeos la gloria á que había sublimado á su fiel Sierva, quiso también que otras Casas de la Orden participasen de la glorificación é intercesión de su santa Fundadora. En Périgueux, la noche precedente á la defunción de la Beata de Lestomac, estando la M. de Rieu acostada y tranquilamente dormida, dispuesta súbitamente á las once, y ve el aposento iluminado como en pleno día. Se levanta presurosa, y mientras se vestía desaparece de repente aquella prodigiosa luz, y queda otra vez envuelta en densas tinieblas. Se vuelve á la cama, y reflexionando sobre lo raro de lo ocurrido, no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

A la misma hora una fervorosa Religiosa de la misma Casa, llamada H. Mamouche, estaba orando en el coro, y á semejanza de lo que pasó á la M. de Rieu, se apercibe que una gran claridad, á semejanza de la luz del sol en su mayor altura, iluminaba toda aquella estancia, la que después de algunos instantes se eclipsó rápidamente.

Atónita, sin saber conjeturar lo que podía ser, aguarda la mañana para manifestarlo á la M. Susana de Briançon. Mientras hacía la relación de lo ocurrido, se presentó la M. de Rieu, la que contó lo que á ella le había sucedido aquella noche. A ambas contestó la M. de Briançon: «Es que ha muerto nuestra Madre Fundadora.» ¿Recibió ella también revelación particular de su muerte? Así se puede suponer, atendiendo á su gran virtud y á la intimidad que había tenido con la venerable difunta. Sea lo que fuere, la verdad es que, por cartas que se recibieron algunos días después, se vino en conocimiento de que la bienaventurada Madre dió su último suspiro en el momento que la M. de Briançon anunciaba su fallecimiento.

La Comunidad de Poitiers, pocos años después experimentó los efectos de la milagrosa protección de la Beata Madre. Cierta día, una cuadrilla de hombres malvados intentaron escalar los muros del jardín é introducirse en la clausura, y en el momento que iban á dar el asalto se les presenta de pie, sobre la misma cerca, una Religiosa de alto talle, en ademán grave y respetuoso, que con su mirada penetrante los aterraba y desbarata. Reconocen en aquella te-

rible aparición las facciones de la M. de Lestonnac, y despavoridos emprenden presurosa huida, temiendo no les alcancen los castigos que merecían por su osadía y maldad.

En este mismo tiempo la M. de Rieu recibió otro favor de la Beata Madre. Iba una noche á oscuras por un corredor del convento de Périgueux, rezando á la Virgen el Rosario, con unas cuentas que habían sido aplicadas al cadáver de la santa Fundadora; y embebida en su devoción llegó al extremo del corredor, y olvidada de que estaba el piso abierto con motivo de unas obras que se habían emprendido, le faltó el suelo, cae desde muy alto, y da con todo su cuerpo sobre un montón de piedras y otros materiales prevenidos para la obra. Hizo al caer tal ruido, que alarmó á la Comunidad; pensando hallarla muerta ó muy mal parada, la encontraron viva, sin la menor lesión. Reconociendo la Madre de Rieu la admiración de las Religiosas, les dijo: «No hay que maravillarse, Hermanas mías, de este suceso tan portentoso, pues apenas me vi en el aire, invoqué el favor de nuestra Santa Madre, y á su poderosa intercesión y á este rosario que ha tocado á su cuerpo he debido que no me aplastase

el peso de mi cuerpo, ni me lastimasen las piedras sobre las que he caído.»

Los objetos que sirvieron para el uso particular de la Beata Madre fueron otras tantas reliquias que, merced á su intercesión, obraron con su contacto muchos favores y curaciones portentosas, cuyo número sería prolijo referir, aumentando así la estima y la idea de santidad que tenían de la Beata Madre, reconociendo el gran poder que gozaba cerca de Dios.

## XL

La incorruptibilidad del cuerpo de la Beata Madre, fué otro portento que patentizaba la gloria que gozaba su alma allá en el cielo.

Para consuelo de la M. de Rives, priora de la Casa de Béziers, que deseaba una reliquia de la santa Fundadora, el año 1644 se abrió el sepulcro, y se encontró el cuerpo en estado de perfecta conservación. En el año 1680 se reconoció segunda vez el cadáver, y se halló con todas sus carnes, y flexible como si estuviese vivo.

Esta maravilla continuó hasta el año

rible aparición las facciones de la M. de Lestonnac, y despavoridos emprenden presurosa huida, temiendo no les alcancen los castigos que merecían por su osadía y maldad.

En este mismo tiempo la M. de Rieu recibió otro favor de la Beata Madre. Iba una noche á oscuras por un corredor del convento de Périgueux, rezando á la Virgen el Rosario, con unas cuentas que habían sido aplicadas al cadáver de la santa Fundadora; y embebida en su devoción llegó al extremo del corredor, y olvidada de que estaba el piso abierto con motivo de unas obras que se habían emprendido, le faltó el suelo, cae desde muy alto, y da con todo su cuerpo sobre un montón de piedras y otros materiales prevenidos para la obra. Hizo al caer tal ruido, que alarmó á la Comunidad; pensando hallarla muerta ó muy mal parada, la encontraron viva, sin la menor lesión. Reconociendo la Madre de Rieu la admiración de las Religiosas, les dijo: «No hay que maravillarse, Hermanas mías, de este suceso tan portentoso, pues apenas me vi en el aire, invoqué el favor de nuestra Santa Madre, y á su poderosa intercesión y á este rosario que ha tocado á su cuerpo he debido que no me aplastase

el peso de mi cuerpo, ni me lastimasen las piedras sobre las que he caído.»

Los objetos que sirvieron para el uso particular de la Beata Madre fueron otras tantas reliquias que, merced á su intercesión, obraron con su contacto muchos favores y curaciones portentosas, cuyo número sería prolijo referir, aumentando así la estima y la idea de santidad que tenían de la Beata Madre, reconociendo el gran poder que gozaba cerca de Dios.

## XL

La incorruptibilidad del cuerpo de la Beata Madre, fué otro portento que patentizaba la gloria que gozaba su alma allá en el cielo.

Para consuelo de la M. de Rives, priora de la Casa de Béziers, que deseaba una reliquia de la santa Fundadora, el año 1644 se abrió el sepulcro, y se encontró el cuerpo en estado de perfecta conservación. En el año 1680 se reconoció segunda vez el cadáver, y se halló con todas sus carnes, y flexible como si estuviese vivo.

Esta maravilla continuó hasta el año

1793, época terrible para la Iglesia de Francia, en que la Revolución violó los sepulcros de ilustres antepasados, profanó los restos de los muertos, y esparció á los cuatro vientos las cenizas de los Santos. La Asamblea Constitucional había ya confiscado los bienes de las Comunidades religiosas, y la Legislativa abolió los votos sagrados de Religión; pero estas medidas desastrosas sólo eran como el preludio del golpe fatal que intentaban dar, destruyendo por completo todas las Ordenes religiosas.

Las Hijas de Nuestra Señora, temerosas de que, á no tardar, se verían arrancadas por la fuerza revolucionaria de su santo asilo, y deseosas de poner á salvo el precioso tesoro que guardaban, resolvieron con tiempo sustraer el venerable cadáver de la rapacidad de los perseguidores. En el mes de Septiembre del año 1792, siendo superiora de Burdeos la Rda. M. Poyferré, hizo colocar el cuerpo de la santa Fundadora en una caja de clavicordio, y lo confió al Sr. de Galathau, pariente de la santa Madre, en cuya casa estuvo guardado hasta que, llegada la época nefanda (como gozase dicho señor del buen nombre de honrado y virtuoso), fué preso *en nombre de la libertad*. Apercibiéronse los centinelas que

custodiaban al Sr. de Galathau, de la caja que con el rótulo «Depósito de las Religiosas de Nuestra Señora, de la calle de Hâ,» guardaba dicho señor, é inmediatamente dieron parte á la Sección de tal descubrimiento, y el precioso depósito fué llevado con escolta á la Casa Consistorial.

Isabeau, presidente del Consejo, informado de la captura del cadáver, remitió al Comité de Vigilancia la instrucción de este grave asunto. En una relación firmada por dos vicarios generales del Arzobispo de Burdeos, se lee lo siguiente: «Grande disputa se promueve: un cuerpo enterrado hace ciento setenta y tres años, con traje de Religiosa, depositado por unas Religiosas, aterroriza á los pretendidos representantes del pueblo; su robo sacrilego los aturde, y entre largas deliberaciones, dejan sin pensarlo por espacio de cinco días, el cuerpo de la Beata Madre expuesto á la pública veneración. Acude gente de todas partes y la proclaman santa; toman tantas particitas de sus vestidos, que guardan como verdaderas reliquias, que casi la dejan del todo descubierta; los malos acompañan á sus propios hijos para ver á la santa, dándole ellos mismos este elogio.»

Así, pues, en plena época del Terror, en

que las iglesias estaban desiertas, se vió convertida en santuario una sala de la Casa Consistorial, á donde acudían la gente como en romería. Apercibióse el Tribunal revolucionario del «movimiento supersticioso» que se operaba (así se apellidaba la piedad y devoción de los fieles cristianos), y mandó retirar el cuerpo de la M. de Les-tonnac para que fuese echado al Arsenal, hoy Morgue, como si fuese un cadáver despreciable, al cual no correspondiese un lugar más digno.

Muy entrada la noche se abrió en un jardín perteneciente al Municipio un foso, con la orden de que se enterrase allí á la veneranda Religiosa. Mas este ultraje no bastaba á saciar su odio, y concibieron la idea, que la pluma se resiste á describir, de echar un caballo muerto en el mismo foso en que debían sepultar tan precioso tesoro. Tales son las brutales locuras que engendra una pasión antirreligiosa.

El Señor, que velaba por el cuerpo de su Sierva, no permitió que se realizase tan sacrilega idea, y fueron sepultados sus preciosos despojos á ocho piés de distancia de aquel animal. Mas aunque fué grande ultraje enterrar un cadáver santo, tan cerca de un irracional, con todo, este acto sacri-

lego de los revolucionarios será un medio que descubrirá el venerable cuerpo de la Beata á las Hijas de Nuestra Señora.

## XLI

Días de tribulación y de grandes pruebas hubieron de pasar las Hijas de Nuestra Señora en este tiempo, en que las Comunidades fueron dispersadas, y las Religiosas se vieron perseguidas de muerte.

Varias Religiosas del Monasterio de Burdeos tuvieron el honor de confesar la fe durante las largas prisiones y duras vejaciones á que las sujetaron; y la M. Dubert consiguió la gloria del martirio, siendo decapitada en la plaza del Delfín, en Burdeos, por orden del sanguinario Lacombe: aquellas á las cuales no les alcanzó la muerte, se libraron de ella por una serie de circunstancias muy providenciales.

Cuando pasadas las terrible tormentas de una Revolución tan desenfrenada, pudieron las Hijas de Nuestra Señora, en el año 1822, reunirse de nuevo en Comunidad, la M. Cathalot, Religiosa de la Casa de Burdeos, y la M. Teresa Duterrail, priora de la Casa de Tolosa, desearon vivamente

volver á posesionarse de los restos de la santa Fundadora, aunque ignorando por completo el lugar á donde habían sido echados. La M. Duterrail practicó activas indagaciones, y desde que recogió los primeros indicios, solicitó y obtuvo licencia para hacer todas las diligencias precisas é indispensables, hasta descubrir el inestimable tesoro tan querido de su corazón.

En el mes de Julio del mismo año escribía la M. Duterrail á la M. Bonneau, superiora de la Casa de Poitiers: «¡Cuán consolador sería para nosotras si pudiéramos hallar este precioso tesoro! No hay cosa mejor seguramente para reanimar en nosotras el espíritu de nuestra santa vocación. Ante el espectáculo de los restos de una persona tan venerable por tantos y tan justos títulos, se renovarían en nosotras sus avisos saludables, sus santos consejos; recordáramos el menosprecio que tuvo de sí misma y de todas las cosas del mundo; su grande celo por la observancia de las Reglas, medio por el cual progresan santamente las Comunidades religiosas, y único para conservar el fervor primitivo; su amor á la obediencia, la que debe ser por excelencia nuestra virtud favorita; en fin, su recogimiento interior, que es el alma de la vida religiosa.»

Y como para el feliz resultado de esta empresa, que redundaba en tanto honor de la Orden de Nuestra Señora, había procurado la M. Duterrail interesar el favor del cielo con oraciones, actos de virtud y de mortificación, añadía: «En cuanto á nosotras, hemos empezado un mes de ayunos y comuniones, y daremos limosna proporcionada á nuestros recursos.» Unánimemente respondieron las demás Comunidades á la piadosa invitación de la M. Duterrail, y gran número de oraciones y obras de expiación subieron al cielo, pidiendo á Dios la gracia tan ardientemente deseada.

A las primeras diligencias que se practicaron, con acuerdo de las Religiosas y de las Autoridades de Burdeos, fué cosa sorprendente ver el entusiasmo y devoción de las gentes. Se lee en la relación auténtica de la invención del cuerpo de la Beata Madre: «El pueblo se presentó en tropel para asistir á las pesquisas y averiguaciones que se hicieron; unos como testigos de vista, manifestando quién fué el que enterró el sagra-<sup>®</sup>do depósito, y que para tener una reliquia le había arrebatado el velo, única cosa que á la sazón le quedaba del vestuario religioso; otros publicaban á voces las virtudes y milagros de la Sierva del Señor.

«Edificante fué también la conducta de los militares, cada uno de los cuales se disputaba el honor de ser el primero en prestar sus servicios á las dos Religiosas de Nuestra Señora, esto es, á la M. Duterrail y la M. de Bruncan; las asistieron en todas las diligencias é informaciones que se efectuaron por espacio de diez días.

«Por fin, las diligencias practicadas dieron el resultado apetecido: en el lugar señalado se encontró el caballo medio consumido, y á pocos pasos las miradas fijas de la devota comitiva descubrieron los venerables restos de la M. de Lestonnac. Al momento se dió aviso á las Autoridades, que acudieron presurosas, asistiendo al mismo tiempo el Comisario de policía, un médico y un cirujano. Separaron toda la tierra en que estaba envuelto el venerable cadáver, y con muchas precauciones intentaron levantarlo entero, pero á pesar del tiento y cuidado con que procedieron, no pudieron alcanzar su objeto, pudiendo difícilmente recoger enteros los huesos más principales del venerable cadáver. El cráneo estaba mutilado, pero se hallaron todos los pedazos.

«Ante un espectáculo tan conmovedor, los asistentes permanecieron silenciosos y

en profundo recogimiento, y las dos buenas Religiosas, tiernamente conmovidas, prorumpieron en abundantes lágrimas de amor, de gozo, de devoción y de gratitud.

«Las Autoridades civiles, en este caso, ordenaron medidas muy prudentes, y tomaron todas las precauciones necesarias para asegurar el orden y hacer respetar el cadáver; pero dejaron al celo del Prelado diocesano el cuidado de abrir las informaciones que juzgase convenientes é indispensables para asegurar la autenticidad de los restos de la Beata M. de Lestonnac. El arzobispo de Burdeos Sr. de Aviau, nombró una Comisión compuesta de personas muy principales y de entera probidad, á saber: Señor Conde de Breteuil, prefecto de la Gironde; señor Vizconde de Gourgues, alcalde de Burdeos, y demás Autoridades, los miembros de la Comisión, dos Religiosas de Nuestra Señora, dos individuos de la familia de la Beata M. de Lestonnac, y los vicarios generales Sr. Desèze y Sr. Barrès.

«Los individuos de aquella respetable y numerosa asamblea, presidida por el arzobispo Sr. de Aviau, después de examinadas y comprobadas escrupulosamente las declaraciones presentadas de muchos testigos, aseguraron, con juramento, la identidad de

los restos de la M. Juana de Lestonnac, y proclamaron santa á la que era el asunto de esta gravísima información.»

## XLII

Después de un acto tan imponente, el día 26 de Diciembre del año 1822 se colocaron los preciosos restos de la Beata M. de Lestonnac en el ataúd que sus piadosas hijas tenían prevenido, y se cerró y selló conforme dispuso y mandó el señor Arzobispo. Asimismo fijó S. E. el orden de las ceremonias para la solemne traslación del cadáver, que se verificó el día 28 del mismo mes y año, en medio de un entusiasmo indescriptible, desde la Casa Consistorial á la iglesia Catedral, y desde ésta al monasterio de Nuestra Señora, situado en la calle del Palais Gallien.

En una relación oficial se lee lo que sigue: «Por invitación del señor Arzobispo de Burdeos acudieron á la Casa Consistorial las Autoridades civiles, el clero de la ciudad, varios miembros de las Comunidades religiosas, las personas más distinguidas del lugar, y ocho Religiosas de Nuestra Señora, destinadas para llevar el cuerpo de la ve-

neranda Fundadora. También acudió el pueblo en tropel para seguir detrás del fúnebre cortejo.

«El señor cura de la parroquia de San Eloy, á la que pertenecía el lugar donde se encontró sepultada la Santa Madre, hizo las ceremonias acostumbradas en tales circunstancias, y puesto el cortejo en buen orden, se dirigió á la Catedral. Delante iban las cruces de las doce parroquias de Burdeos, seguía el clero, y detrás iba el féretro, que rodeaban cuatro Religiosas con un cirio en la mano, las que alternaban en el trayecto con las otras cuatro que llevaban el santo cuerpo; venían las Corporaciones y demás personas invitadas. Cuatro señoritas de la familia de Lestonnac sostenían los cordones del paño mortuario. Al canto del *Benedictus* se puso en marcha el cortejo, y al llegar á la Catedral, el señor Arzobispo bendijo el féretro y rezó breves momentos, y lo acompañó hasta en medio de la iglesia, donde se colocó en un catafalco que se había dispuesto al efecto. Terminados los responsos y oraciones de difuntos, se puso en marcha con el mismo orden la religiosa y devota comitiva, á la que se agregó el arzobispo Sr. de Avian, dirigiéndose al convento de Nuestra Señora. El

los restos de la M. Juana de Lestonnac, y proclamaron santa á la que era el asunto de esta gravísima información.»

## XLII

Después de un acto tan imponente, el día 26 de Diciembre del año 1822 se colocaron los preciosos restos de la Beata M. de Lestonnac en el ataúd que sus piadosas hijas tenían prevenido, y se cerró y selló conforme dispuso y mandó el señor Arzobispo. Asimismo fijó S. E. el orden de las ceremonias para la solemne traslación del cadáver, que se verificó el día 28 del mismo mes y año, en medio de un entusiasmo indescriptible, desde la Casa Consistorial á la iglesia Catedral, y desde ésta al monasterio de Nuestra Señora, situado en la calle del Palais Gallien.

En una relación oficial se lee lo que sigue: «Por invitación del señor Arzobispo de Burdeos acudieron á la Casa Consistorial las Autoridades civiles, el clero de la ciudad, varios miembros de las Comunidades religiosas, las personas más distinguidas del lugar, y ocho Religiosas de Nuestra Señora, destinadas para llevar el cuerpo de la ve-

neranda Fundadora. También acudió el pueblo en tropel para seguir detrás del fúnebre cortejo.

«El señor cura de la parroquia de San Eloy, á la que pertenecía el lugar donde se encontró sepultada la Santa Madre, hizo las ceremonias acostumbradas en tales circunstancias, y puesto el cortejo en buen orden, se dirigió á la Catedral. Delante iban las cruces de las doce parroquias de Burdeos, seguía el clero, y detrás iba el féretro, que rodeaban cuatro Religiosas con un cirio en la mano, las que alternaban en el trayecto con las otras cuatro que llevaban el santo cuerpo; venían las Corporaciones y demás personas invitadas. Cuatro señoritas de la familia de Lestonnac sostenían los cordones del paño mortuario. Al canto del *Benedictus* se puso en marcha el cortejo, y al llegar á la Catedral, el señor Arzobispo bendijo el féretro y rezó breves momentos, y lo acompañó hasta en medio de la iglesia, donde se colocó en un catafalco que se había dispuesto al efecto. Terminados los responsos y oraciones de difuntos, se puso en marcha con el mismo orden la religiosa y devota comitiva, á la que se agregó el arzobispo Sr. de Avian, dirigiéndose al convento de Nuestra Señora. El

pueblo siguió con el mismo recogimiento y silencio, que solamente interrumpía á veces con estas palabras: «Llevan una «santa.»

«En llegando á la puerta del convento los guardias tuvieron de ponerse á la entrada para desviar á la multitud, con la promesa que, después de salido el cortejo, les permitirían satisfacer su devoción de ver el cadáver. La entrada y el claustro estaban entapizados de blanco, símbolo de la inocencia y de la fidelidad á la gracia, virtudes que perfectamente practicó la gran Sierva del Señor, y de distancia en distancia se destacaba el escudo de la Orden, sobre campo azul.

«Concluidas todas las ceremonias prescritas por el arzobispo Sr. de Aviau, se dejó el venerable cuerpo en medio de la capilla, y salido que hubo el cortejo, se permitió la entrada al pueblo, impaciente de poder ver á la Santa, y hacer que tocasen su sagrado cuerpo rosarios, medallas y otros objetos piadosos; tanta era la confianza que se tenía de que su alma gozaba ya de la gloria celestial. El concurso de gente continuó cuatro ó cinco días, y muchos más hubiera continuado, si la regularidad de la clausura lo hubiese permitido.»

En tan magnificas circunstancias parece que el Señor se complació en glorificar á su fiel Sierva, disponiendo que fuesen reparados los ultrajes que se le habian hecho en los pasados días del Terror, y en hacer revivir, después de doscientos años, los esplendores de santidad, que se vieron en las primeras exequias de la M. de Lestonnac.

El santo cuerpo fué colocado por las Religiosas de Nuestra Señora en la pequeña sacristía superior del monasterio de Burdeos (1), y el arzobispo Sr. de Aviau quitó

(1) El año 1844, siendo arzobispo de Burdeos el Sr. Donnet, se trasladaron los sagrados restos, de la sacristía al santuario exterior, con asistencia del Vicario general y de varios canónigos, y se colocaron en frente del coro de las Religiosas, poniendo encima una lápida de mármol, rodeada de una verja de hierro. Sobre el mármol de la sepultura se grabó con letras doradas la siguiente inscripción: *Ossa venerabilis Joannæ de Lestonnac, Fundatricis Ordinis Dominae nostrae Beatae Matris Dei.*

El martes, día 10 de Julio del corriente año 1900, se verificó solemnemente el reconocimiento canónico con todas las formalidades prescritas por la santa Iglesia, con asistencia del cardenal arzobispo de Burdeos Sr. Lecot; del Sr. Mefre, prelado de Su Santidad, en representación del Sr. Virili, postulador de la Causa; de los vicarios generales señor Tourreau y Sr. Berbiguier; del canónigo Sr. Pailhès, cura arcipreste de San Severino y promotor diocesano; del señor Videau, canónigo y cancelario; del Sr. Guiet, capellán del convento de Nuestra Señora; del Sr. Mestivier, canónigo titular y confesor de las Religiosas; del canónigo Sr. de Castries, superior y representante de la Casa de Poitiers; del señor Maupetit, capellán del convento de Limoges; del canó-

una reliquia, que entregó á la M. Teresa Duterrail, reliquia que dicha Madrellevó á Tolosa, y en cuya ciudad obró Dios muchos portentos.

## XLIII

Después del descubrimiento tan providencial de los restos de la M. Juana de Lestonnac, sólo dominaba á la M. Teresa Duterrail un pensamiento, un deseo ardien-

nigo Sr. Allain, cura de San Fernando; del Sr. Cartau, canónigo y cura de San Eloy, y de otros varios sacerdotes de la ciudad, revestidos todos con hábitos de coro. Asistieron además los doctores en medicina Sr. Courtise y Sr. Guerin, tres oficiales albañiles y cerrajeros, y unas sesenta personas invitadas, entre las cuales se contaban algunos miembros de familias emparentadas con la ilustre Sierva del Señor. Después del acto grave é imponente del reconocimiento, se hicieron de los preciosos restos tres partes. La primera se colocó en un cofrecillo de cristal de roca, para ser entregado al Santo Padre, por conducto del Sr. Meffre. La segunda división ó parte, que contenía mayor número de fragmentos, colocóse en otro cofrecillo de madera preciosa, destinados para ser distribuidos á su tiempo entre las diversas Casas de la Orden de Nuestra Señora y otras personas que, por varios motivos, tuviesen derecho á poseer una reliquia de la Santa Madre. En fin, el tercer cofrecillo, más grande que los anteriores, encierra los huesos de mayor dimensión, y parte del cráneo de la bienaventurada Madre Fundadora. Estas insignes reliquias fueron depositadas en la misma capilla, después del día solemne de la beatificación, en un sarcófago de mármol blanco, sobre el cual se eleva un hermoso altar también de mármol.

te, y éste era procurar los honores de la beatificación á la Santa Fundadora. «Trabajemos, Madres y Hermanas carísimas, escribía á la Comunidad de Poitiers, para glorificar á nuestra Madre: á ella le debemos la gloria de ser Hijas de Nuestra Señora.»

La empresa se presentaba algo difícil: doscientos años habían transcurrido desde el fallecimiento de la M. de Lestonnac, y un incendio consumió en el año 1744 documentos que pudieran servir de base para el proceso de la beatificación, y la Revolución hizo pedazos los archivos de la Orden; mas todo esto no bastó á abatir el ánimo, ni á menguar el celo de la M. Duterrail. Rogaba á Dios con fe tan viva, que no conocía la imposibilidad ni la duda. «Señor, exclamaba, dignaos manifestar la santidad de vuestra humilde Sierva.»

Algunos casos prodigiosos, obrados por la intercesión de la bienaventurada M. de Lestonnac, llenaron de esperanza y de consuelo el corazón de la M. Duterrail. En el año 1823 Clotilde Rives, Hermana de la Caridad del hospital de San José de Tolosa, se hallaba postrada en cama, hacía tres años, á causa de una enfermedad, que la redujo al extremo de la vida. Desahuciada por completo de los médicos, se preparó

para morir, y favorecida con los santos Sacramentos y demás auxilios de la Iglesia, estaba á punto de dar el último suspiro, cuando súbitamente se siente animada por la idea de encomendarse á la intercesión de la Beata M. de Lestonnac. La invoca confiada, y al momento experimenta mejoría; comienza una novena, y al tercer día deja la cama, come, se pasea, y á los pocos días se encuentra completamente curada.

Estando la M. Duterrail de paso en Lautrec, se apercibió, mientras conversaba alegremente con las Religiosas, que una jovencita, llamada Gertrudis Briols, lloraba desconsoladamente: preguntó la Madre el motivo de su llanto, á lo que le manifestaron que estaba sorda desde su infancia; que este defecto cada día iba en aumento, y que ya no oía ni el sonido de la campana, cuando tocaba á su mismo lado, y que este defecto le era un obstáculo para poder ser admitida en la Comunidad; y que en la ocasión presente lloraba tanto por verse privada de participar del gozo unánime y de la emoción que las palabras de la M. Duterrail producían en toda la Comunidad. «Consolaos, hija mía, le dijo la M. Duterrail, porque sabemos un remedio que os curará.» Encargó se empezara una novena

de oraciones, pidiendo á Dios, por intercesión de la veneranda Fundadora, la curación de aquella jovencita. Desde el momento empezó Gertrudis á oír, y concluida la novena, su enfermedad del oído había desaparecido.

En la Comunidad de Lamothe había una doncella de buena familia que, deseando vivamente ser Religiosa, fué admitida á la probación. Los siete primeros meses que estuvo entre las religiosas, se hizo notable por su grande regularidad, bondad y dulzura de carácter, espíritu de caridad y otras buenas disposiciones, que hacíanla amable á todas. Mas, súbitamente cambia de conducta, de modo que su proceder era diametralmente opuesto al que hasta entonces había observado, dando pruebas manifiestas de que había perdido la razón. Se metió en cama sin otra enfermedad que su enajenación mental; y así estuvo cinco meses sin querer levantarse, ni atender á la prescripción del médico, ni á la orden de la madre Superiora ni á la del confesor de la Casa.

En tan grave conflicto las Religiosas recurrieron al cielo, poniendo por intercesora á la bienaventurada M. de Lestonnac. Empezaron una novena, y al séptimo día die-

ron á la enferma á beber un poco de agua en la que se había sumergido una reliquia de la Santa Madre. ¡Cuál fué la sorpresa de la apenada Comunidad, cuando al día siguiente vieron á la enferma levantarse, ponerse á la mesa y asistir á todas las distribuciones de la Casa, hablar correctísimamente, y someterse á todas las disposiciones de los superiores!

Desde entonces se la vió obrar con toda edificación, ofreciendo su conducta un modelo digno de ser imitado. Sólo le quedó de la pasada enfermedad alguna debilidad en la memoria y cierta timidez de carácter.

Animada la M. Teresa Duterrail por estos y otros muchos casos prodigiosos que se obraron por la intercesión de la santa M. de Lestonnac, resolvió poner toda su actividad en la empresa que santamente le preocupaba, y sin descuidar los deberes de su cargo y demás obras de celo á que no podía negarse, consagró el resto de su vida en trabajar sin descanso para introducir la causa de beatificación de la Sierva del Señor.

Los procedimientos de hoy día para las causas de beatificación y canonización son largos y muy rigurosos. Empezó la M. Duterrail pidiendo al Sr. de Aviau, arzobispo

de Burdeos, tuviese á bien interesarse á favor de la Causa de la M. de Lestonnac, y el día 20 de Junio del año 1826 nombró dicho Prelado una Comisión encargada de instruir los dos acostumbrados procesos, el uno sobre la opinión de santidad, y el otro que es el llamado *de non cultu*. Cuarenta y seis testigos certificaron que la opinión de santidad y de milagros había estado constantemente unida con la buena memoria de la M. de Lestonnac; y otros cuarenta y cuatro testigos manifestaron ser verdad que no había recibido culto público después de su muerte.

El día 8 de Julio del mismo año, el cardenal de Aviau aprobó y confirmó el informe de la Comisión, y el siguiente, día 9, en su lecho de muerte dirigió á S. S. León XII una respetuosa súplica para que se dignara proceder á la beatificación de la bienaventurada Madre. Decía: «Bien puedo dejar esta tierra de destierro y exclamar con el anciano Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, in pace; quia viderunt oculi mei salutare tuum*. Si, Santísimo Padre, sólo resta un deseo, formular un voto, y es que el Vicario de Jesucristo se digne acoger favorablemente la Causa que deposito en vuestras manos. Me atrevo á solicitar del

celo admirable de Vuestra Santidad, que os distingue, en procurar sin cesar la exaltación de la santa Iglesia, el favor insigne de querer juntar entre el número de las mujeres fuertes y de las Siervas fieles, é inscribir en los fastos de los Bienaventurados, á Juana de Lestonnac, fundadora de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora.

El día 12 del mismo mes las Hijas de la Santa Madre juntaron sus peticiones con las del ilustre Prelado (que acababa de dejar el destierro por la patria celestial), con estas sentidas frases: «Dos siglos han transcurrido que nuestra digna Fundadora murió, y el recuerdo de sus virtudes sobrevive en toda la Orden, lo mismo que entre los fieles, por las varias historias de su santa vida que en distintas épocas se han escrito, dejando un legado á la posteridad.

«Santísimo Padre, los trastornos de la Revolución, la dispersión de las Hijas de Nuestra Señora, las persecuciones, el destierro y el suplicio en un cadalso, no han podido nunca disminuir nuestra fidelidad y amor á la Sede de San Pedro, ni tampoco hemos olvidado las enseñanzas que nos dejó prescritas nuestra buena Madre. Todo esto nos dá la dulce esperanza que Vuestra Santidad se inclinará á conceder-

nos lo que anhelamos con tan vivos y apremiantes deseos. Dignaos, Santísimo Padre, presentar á la Orden de Nuestra Señora y á la Francia entera, por modelo y por protectora, á aquella que durante su larga vida trabajó sin descanso en extender la gloria de Dios y en procurar la salvación de las almas, rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo.»

A poco de ocupar el Sr. de Cheverus la silla arzobispal de Burdeos, se apresuró á renovar cerca del Santo Padre, en fecha 28 Enero del año 1827, el deseo solicitado por su antecesor Sr. de Aviau. Decía: «En cuanto de mí dependa tengo obligación sagrada de poner todo mi cuidado en continuar el bien que ha obrado mi predecesor, y procurar llevar á cabo lo que había emprendido y no pudo ver realizado: así, pues, cumplo este mi deber renovando á los piés de Vuestra Santidad la súplica presentada por mi santo predecesor el Sr. de Aviau, pidiendo la beatificación de la sierva del Señor M. Juana de Lestonnac, fundadora y primera superiora de las Hijas de Nuestra Señora.»

Asimismo la M. Duterrail interesó para la santa empresa á otros varios Prelados. á saber: el cardenal Clermont Tonnere,

arzobispo de Tolosa; Sr. de Quélen, arzobispo de París, los cuales pidieron al Soberano Pontífice tuviese á bien conceder la introducción de la Causa de la M. de Lestomac y proceder á la beatificación de la veneranda Fundadora de la Orden de Nuestra Señora. Esta petición fué también firmada por el señor arzobispo de Albí y señores obispos de Pamiers, de Frejus, de Agen y de Aire.

## XLIV

Dos cosas turbaban el ánimo de la intrépida M. Teresa Duterrail, referentes á los asuntos de canonización: temía que la inacción de la Orden, luego del fallecimiento de la Fundadora, produjese en la Corte de Roma cierta prevención peligrosa y desfavorable para el buen procedimiento de la Causa, y asimismo temía muchísimo la larga duración que ordinariamente siguen estos asuntos de la Curia romana. ¿Dónde encontrar una persona que estuviese bien informada de la vida de la M. de Lestomac y de los hechos de la Orden de Nuestra Señora, para responder á las dificultades que pudieran oponerse y que, muy penetrada de la santidad de la Sierva del

Señor, fuese apta para comunicar á los demás sus propias y piadosas convicciones? Ella sola se sentía con ánimo esforzado para sobreponerse á cuantos obstáculos se presentasen, y S. E. el Cardenal arzobispo de Tolosa era del mismo parecer.

En 10 Agosto del año 1827 escribía la M. Duterrail á la M. Bonneau, priora de Poitiers: «Yo partiré para Roma, si su eminencia me lo permite, con la idea de activar el asunto y ponerlo en buena marcha. Si no pudiese terminarlo, á lo menos me quedaría la satisfacción de no haber descuidado cosa alguna para realizar mi vehemente deseo. A mí no me queda más sino humillarme, pensando que siendo la más indigna y ruin Hija de Nuestra Señora, se me haya encargado semejante empresa; pero cuando más vil sea el instrumento, mucho más resplandecerá la gloria del Señor. Esta convicción fomenta, anima y sostiene mis débiles esfuerzos.

«He escrito al muy reverendo Padre General de la Compañía de Jesús pidiéndole su mediación. Todas las diligencias que he hecho en Burdeos han sido dirigidas por los Jesuitas. Estoy sumamente agradecida al R. P. Maillard.»

Partió para Roma la M. Duterrail el

arzobispo de Tolosa; Sr. de Quélen, arzobispo de París, los cuales pidieron al Soberano Pontífice tuviese á bien conceder la introducción de la Causa de la M. de Lestomac y proceder á la beatificación de la veneranda Fundadora de la Orden de Nuestra Señora. Esta petición fué también firmada por el señor arzobispo de Albí y señores obispos de Pamiers, de Frejus, de Agen y de Aire.

## XLIV

Dos cosas turbaban el ánimo de la intrépida M. Teresa Duterrail, referentes á los asuntos de canonización: temía que la inacción de la Orden, luego del fallecimiento de la Fundadora, produjese en la Corte de Roma cierta prevención peligrosa y desfavorable para el buen procedimiento de la Causa, y asimismo temía muchísimo la larga duración que ordinariamente siguen estos asuntos de la Curia romana. ¿Dónde encontrar una persona que estuviese bien informada de la vida de la M. de Lestomac y de los hechos de la Orden de Nuestra Señora, para responder á las dificultades que pudieran oponerse y que, muy penetrada de la santidad de la Sierva del

Señor, fuese apta para comunicar á los demás sus propias y piadosas convicciones? Ella sola se sentía con ánimo esforzado para sobreponerse á cuantos obstáculos se presentasen, y S. E. el Cardenal arzobispo de Tolosa era del mismo parecer.

En 10 Agosto del año 1827 escribía la M. Duterrail á la M. Bonneau, priora de Poitiers: «Yo partiré para Roma, si su eminencia me lo permite, con la idea de activar el asunto y ponerlo en buena marcha. Si no pudiese terminarlo, á lo menos me quedaría la satisfacción de no haber descuidado cosa alguna para realizar mi vehemente deseo. A mí no me queda más sino humillarme, pensando que siendo la más indigna y ruin Hija de Nuestra Señora, se me haya encargado semejante empresa; pero cuando más vil sea el instrumento, mucho más resplandecerá la gloria del Señor. Esta convicción fomenta, anima y sostiene mis débiles esfuerzos.

«He escrito al muy reverendo Padre General de la Compañía de Jesús pidiéndole su mediación. Todas las diligencias que he hecho en Burdeos han sido dirigidas por los Jesuitas. Estoy sumamente agradecida al R. P. Maillard.»

Partió para Roma la M. Duterrail el

día 23 de Octubre, acompañada de la Madre Lavedan, una Hermana tornera y el Sr. Bella-garriga, persona de alta recomendación y muy afecta á la misión que les llevaba á la Corte romana, á donde llegaron el 13 de Noviembre. Usó la M. Duterrail, desde luego, de las muchas recomendaciones que se procuró para el Papa y varios Cardenales, para el Embajador de Francia y otras personas distinguidas é influyentes que pudieran servirle en tales circunstancias. En fecha 15 de Noviembre escribía la M. Duterrail: «Llegamos anteayer á Roma. He visto al buen P. Mondenart y al P. Rozaven, asistente de la Compañía.» La M. de Lavedan añade: «Conocemos al R. P. Rozaven, asistente general de los Jesuitas, para quien llevamos una carta. Mucho nos alegramos, porque se nos ha demostrado muy afecto y se interesa muchísimo por nuestro asunto: á él se lo confiamos muy en particular.»

Pocos días después de su llegada á Roma, visitaron las dos Hijas de Nuestra Señora al cardenal Isoard y le pidieron, según el consejo del R. P. Rozaven, quisiere ser el ponente ó portador de la Causa. Su eminencia lo aceptó, y enterándose minuciosamente del asunto, reconoció alguna

dificultad, principalmente por el largo espacio que medió desde la muerte de la M. de Lestonnac hasta la demanda de su beatificación, y en segundo lugar por carecer de algunos documentos auténticos, y dijo: «Será preciso recurrir al Santo Padre y obtener una dispensa para poder pasar adelante; pero esta dispensa no es difícil de obtener. Yo pondré todo mi empeño en evitar los impedimentos que pudieran suscitarse.»

Visitaron asimismo las mencionadas Religiosas á los principales personajes de la sagrada Congregación de Ritos, á quienes encontraron muy bien dispuestos para alcanzar el fin que se proponían. Desde luego se nombró al Sr. Rosalini para abogado de la Causa, y para postulador de la misma al P. Francisco Orioli, Religioso Mínimo conventual. El P. Rozaven se ofreció á traducir los documentos, á fin de economizar gastos.

Faltaba el último paso, el más importante y difícil á la vez, cual era visitar á Su Santidad, é interesarle á favor de la Causa. Intervino el Embajador de Francia, y obtuvo del Papa León XII una audiencia para las Religiosas de Tolosa, cuya audiencia la M. Duterrail, en fecha 10 de Ene-

ró del año 1828, cuenta de la manera siguiente: «Mis muy queridas Madres y Hermanas: Por aguinaldo de año nuevo os envío la bendición apostólica, que le pedí al Sumo Pontífice para todas vosotras el día de Reyes, en que nos recibió en audiencia con suma bondad. La M. de Lavedan le besó el pie y la mano; yo le he besado tres veces la mano y una el anillo. Aunque estaba muy conmovida, con todo le he hablado á Su Santidad con entera libertad y sencillez del asunto que me llevaba á sus piés, para cuya solución hay grandes dificultades que solventar y muchas formalidades que cumplir. Con todo, el Papa nos ha prometido que dispensaría todo lo que no estuyese en lucha con las leyes prescritas por la Santa Sede en asuntos semejantes...»

#### XLV

Muchas dificultades se acumularon de día en día, en el transcurso de seis años que se tardó en introducir la Causa de la sierva del Señor la M. de Lestonnac. En este período de ansiedades murió el Papa León XII, y su sucesor el Pontífice Pío octavo no dejó de mostrarse, como su ante-

cesor, muy favorable á las Hijas de Nuestra Señora, dignándose escribir á la M. Duterrail una carta, en la que, con expresiones de bondad y mucho interés, procuraba disipar sus inquietudes, y reanimar la esperanza de ver pronto colmados sus deseos.

Entre tanto el P. Orioli fué nombrado obispo de Orvieto, y hubo de renunciar el cargo de postulador. En su sustitución designó la M. Duterrail á un sacerdote francés, el abate Trinchant, al cual propuso y ponderó cuanto pudo la estima y alta convicción de santidad que ella sentía por la M. de Lestonnac, lo mismo que el celo ardiente que la animaba de procurar su glorificación en la tierra.

Con el impulso que dió á la Causa el nuevo postulador, se reanimó entre las Hijas de Nuestra Señora la dulce esperanza de llegar, dentro un plazo no lejano, al término de sus deseos, pero la buena Madre Duterrail no pudo gozar en la tierra del fruto de sus grandes trabajos, pues murió en Roma el día 19 de Julio del año 1834, siendo superiora de la Casa que ella había fundado en aquella Ciudad de los Papas.

La R. M. Bernard, como superiora de la primera Casa de la Orden, procuró que se continuase en Roma la Causa de la Ma-

dre Fundadora, que bajo la admirable actividad de la M. Duterrail estaba en muy buena marcha. Grande fué el consuelo que experimentó la M. Bernard y la Orden entera al recibir la noticia del feliz resultado de la Congregación, celebrada el día 6 de Septiembre del año 1834, y en la que el Papa Gregorio XVI señaló el día 19 del mismo mes y año para la solemne introducción de la Causa de beatificación de la sierva del Señor Juana de Lestonnac, fundadora de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora, concediéndole el título de Venerable.

A este propósito escribía el postulador Sr. Trinchant: «Los votos de muchos é ilustres Prelados de la Iglesia de Francia han sido atendidos. Sí; tengo el honor de remitiros el Decreto de Su Santidad relativo á la introducción de beatificación que promuevo y doy curso en la Curia romana. El Decreto se ha fijado en las Basílicas de Roma, y á la vez podrianse fijar en las principales iglesias de Francia.

«Este Decreto, que otorga la Santa Sede á la introducción de la Causa de la Sierva de Dios, concediéndola á demás el título de Venerable, equivale á decir que autoriza los procedimientos ulteriores, los

que tendrán por objeto hacer constar la heroicidad de las virtudes que ella practicó, y comprobar los milagros que se atribuyen á su intercesión.»

## XLVI

Murió el postulador Sr. Trinchant, y le sucedió el Rdo. P. Vaurés, el cual no pudo ver en el curso de la santa Causa fechas halagüeñas, como su antecesor, antes al contrario, experimentó los tristes efectos de la desolación que promovió el demonio, envidioso de la gloria que de la ilustre Sierva resultara á Dios, pues que el año 1845 la Sagrada Congregación de Ritos declaró suspensa la Causa de la M. Juana de Lestonnac.

Mas el Señor, muy celoso de la glorificación de su fiel Sierva, suscitó el ánimo esforzado del Sr. Estrade, canónigo y Capellán de la Comunidad de Tolosa, y en el año 1852 se ofreció gustoso para reanudar la Causa de beatificación de la Madre de Lestonnac.

La Casa de Burdeos no se hallaba el año 1853 en disposición de tomar á su cargo un asunto tan importante, y debióse designar, provisionalmente, la Casa de Poi-

tiers, como la central de toda la Orden. Entonces fué cuando la M. de Cluzel, superiora de la Casa de Roma, escribió á la M. de Rivaud, superiora de la Casa de Poitiers, suplicándola que se sirviese tomar á su cargo la Causa de nuestra Venerable, á cuyas instancias se juntaron las de la Madre Bruncan, superiora de la Comunidad de Tolosa.

Desde esta fecha quedó al cuidado de la Casa de Poitiers la Causa de la Beata Juana de Lestonnac. Cuando el año 1883 falleció la M. de Rivaud y la sucedió en el cargo de superiora la M. Nicolás, ésta se apresuró á instar á la R. M. Forneron, superiora de la Casa de Burdeos, aceptase el cargo de la santa Causa, que correspondía á la primera Casa de la Orden, y en contestación le escribió la M. Forneron en fecha 28 Octubre del mismo año 1883: «Estoy complacidísima en poderos manifestar la adhesión unánime de nuestras Comunidades de Francia, Italia y España, á esa querida Casa de Poitiers. Las reverendas Madres me manifiestan la gran confianza que les inspira la sabia dirección, el celo y el grande interés con que vos os empleáis en trabajar para el buen resultado

de la Causa de nuestra bienaventurada Fundadora.»

Con excelentes resultados proseguía la marcha de una Causa tan grave como delicada, y en Noviembre del año 1863 falleció el postulador Sr. Estrade, á consecuencia de un fulminante ataque de apoplejia. Muy sentida fué de las Hijas de Nuestra Señora la muerte de una persona tan benemérita, á quien toda la Orden estimaba por uno de los más insignes bienhechores.

Después del Sr. Estrade ejerció el cargo de postulador el Sr. Gallot, el cual en 1875 fué reemplazado por el R. P. Virili, de la Congregación de la Preciosa Sangre, hombre activo, celoso y muy experimentado en esta clase de asuntos. En contestación á la Madre de Rivaud, le decía: «Estoy muy contento de suceder al Sr. Gallot en el cargo de postulador de la Causa de la Venerable M. Juana de Lestonnac; conozco la Causa desde la época que andaba entre las manos del Sr. Estrade. Por lo tanto yo os aseguro, reverenda Madre, que haré todo lo que pueda, para ponerla en buen camino, pues tengo mucha confianza en un pronto y feliz resultado.»

## XLVII

Estando en vísperas de celebrarse la Congregación antepreparatoria, acaeció el fallecimiento del gran Pontífice Pío IX, por cuyo motivo hubo de suspender hasta el día 26 de Marzo del mismo año 1878.

Esta Congregación, que resultó favorable, animó sobremanera al nuevo Postulador, el que se puso á trabajar, inmediatamente y sin descanso, para que cuanto antes pudiese celebrarse la Congregación preparatoria, de mucha más importancia que la precedente. Mas ¡ay! no le fué concedido disfrutar acá en la tierra de esta segunda satisfacción, porque en el mes de Febrero del año 1880 murió víctima de una pulmonía. ¡Qué vacío tan sentido para las Hijas de Nuestra Señora!

Con todo, luego fué reemplazado por su sobrino el Sr. Rafael Virili, joven sacerdote, sabio y muy distinguido, el cual, enterado antes por su señor tío, del estado en que se hallaba la Causa de la bienaventurada Juana de Lestonnac, continuó sin interrupción los trabajos, y logró ver coronada su grande y gloriosa empresa.

Muchos milagros, gracias y favores ex-

traordinarios se habían obtenido, por intercesión de la bienaventurada Juana de Lestonnac, antes y después de su dichosa muerte; pero en la actualidad eran menester otros milagros, en los cuales se cumpliesen todas las formalidades prescritas por la Curia romana, para poder formar un verdadero proceso apostólico.

Tres casos milagrosos merecieron la aprobación de la Santa Sede, y manifestaron la santidad de la gran Sierva del Señor, antes de terminarse felizmente la Causa de su beatificación. La H. María Ludovica Farines, joven profesora del convento de Nuestra Señora de Narbonna, se hallaba el año 1865 agravada de una tisis pulmonar. La superiora, M. Darles, llena de confianza, preguntó un día al Dr. de Martín, si se podría contar por verdadero milagro la curación, caso de verificarse, de la H. Farines, porque deseaba rogar por ella á la bienaventurada Juana de Lestonnac. A lo que respondió el doctor: «Esta Religiosa está atacada de una enfermedad mortal: si aconteciese una curación súbita, radical, sin crisis ni causa alguna notable, sin duda que se debería atribuir á una intervención sobrenatural.» La Madre superiora, contenta de esta respuesta, propuso

á la Comunidad empezar una novena á la bienaventurada Madre, pidiendo la curación de la H. Farines. No perdonaron las Religiosas sacrificios ni mortificaciones, implorando este favor: hiciéronse tres novenas, y la enferma continuaba de mal en peor, pero sin decaer la confianza de las Religiosas. Por fin, llegado el último día de la tercera novena de oraciones y de sacrificios, pidió la enferma que, no obstante su gravedad y grandes sufrimientos, la bajasen al coro para oír la Misa conventual y poder comulgar. Es de advertir que había tres años que no había podido recibir al Señor Sacramentado sino por Viático. En el momento de la Comunión se reconoció curada: acabada la Misa, salió con las demás Religiosas, tomó el desayuno, rezó las Horas del Oficio parvo, y siguió desde entonces todos los ejercicios de la Comunidad. «Al ruido de un caso tan prodigioso acudí, decía el Dr. de Martín, y vi á la enferma H. Farines, que precipitadamente sale por la escalera á recibirme, llenándome de tal asombro que me hizo estremecer... Creía que soñaba.» Diez meses después el Dr. de Martín, á petición de la Madre Superiora, redactó la relación de esta milagrosa curación en estos tér-

minos: «La enferma ha sido curada sin convalecencia, en ocasión que no había ninguna esperanza de remedio. No es posible atribuir á causas naturales la curación completa de una enfermedad de pecho de siete años, y complicada de otros padecimientos. Lo que se ha obrado es una verdadera manifestación del poder de Dios, ante el cual la ciencia y la razón humanas quedan confundidas y humilladas.»

En el convento de Tolosa, el año 1865, había una Religiosa llamada M. Celia Baysade, de edad cincuenta y un años y veinticinco de Religión la cual, aunque de salud delicada, desempeñaba varios cargos importantes de la Comunidad. Con todo, cinco años había que se hallaba como enclavada en la cama ó en el sillón, á causa de una meningite ó enfermedad de la médula espinal, que le paralizó las piernas y le impedía el andar, tanto que la tenían de vestir y desnudar como una niña. La M. Gratieux, superiora de la Casa, preguntó al Dr. Nogués si afirmaría ser un caso milagroso la curación de su querida enferma la M. Bayssade, y contestándole que sin duda lo firmaría, se empezó una novena, pidiendo la salud de la Religiosa, por intercesión de la bienaventurada Ma-

dre de Lestonnac. Varias veces durante la novena la visitó el doctor, y constantemente manifestó que la encontraba peor de su enfermedad; decía empero á las Religiosas, que si la Beata Madre atendía á las súplicas de la Comunidad, la mayor gravedad de la enferma haría que fuese mayor el prodigio.

Efectivamente, llegada la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, la M. Baysade se hallaba agonizando; mas al amanecer del día de la Santísima Virgen se encontró tan completamente curada, que andaba libremente, y siguió en un todo los ejercicios de la Comunidad.

El médico Sr. Nogués, al visitar después del milagro á la M. Bayssade, quedó sumamente maravillado de la repentina y completa curación que se había operado en ella. El cardenal de Tolosa, Sr. Desprez, fué al locutorio para ver á la curada milagrosamente, y participar de la alegría de las Hijas de Nuestra Señora. Le hizo muchas preguntas y le mandó sentarse, levantarse de la silla, andar con mucha ligereza, cerciorándose de la curación obtenida por intercesión de la Beata Madre.

El otro milagro se verificó el año 1886, en una Religiosa Capuchina del convento

de Manresa, provincia de Barcelona. Sucedió que un día el Dr. Solá estaba en el locutorio del convento de las Hijas de Nuestra Señora, de la misma población de Manresa, y fijando los ojos en un cuadro de la M. de Lestonnac, preguntó: «¿Quién es esta Religiosa?» á lo que le respondió la enfermera: «Es nuestra Madre Fundadora, cuya causa de beatificación se instruye en Roma y está muy adelantada; pero piden más milagros: ¿acaso V. podría ayudarnos en que se obrase alguno?»—Si dependiese de mí, respondió el Dr. Solá, por cierto que no lo descuidaría.»

Precisamente entonces sor Maria del Pilar Comas, del convento de las Capuchinas, de edad veintinueve años, estaba atacada de un tumor en el lado, á consecuencia del cual cuatro médicos que la visitaron declararon que era preciso la operación. El Dr. Solá, que era uno de los cuatro médicos, exclamó muy placentero: «Vamos, las Hijas de Nuestra Señora piden un milagro para la beatificación de su Fundadora, y si por intercesión de ésta se curase nuestra enferma, sería evidente milagro. Mas yo no me contento con que la enferma se ponga bien, sino que exijo además, que el tumor desaparezca completa-

mente. Estas palabras inspiraron á las Religiosas Capuchinas el deseo de empezar una novena á nuestra bienaventurada Madre.

Las Hijas de Nuestra Señora enviaron á la paciente sor María del Pilar una fotografía de la santa Madre, con un pedacito de tela que había tocado sus venerables restos, cuya reliquia se la aplicaron sobre el tumor, y las dos Comunidades se unieron en espíritu y en oraciones.

Durante la novena la enferma se agravó, de modo que no podía tragar cosa alguna. Llegado el octavo día, dijo sor María del Pilar á las Religiosas sus hermanas: Puesto que los remedios son inútiles, tengo confianza de que la bienaventurada Madre me curará; les pido vengan despues de Maitines, y espero poder ir á comulgar con la Comunidad. Lo que pasó aquella noche, la misma enferma lo cuenta así: «Perfectamente despierta pasé la noche, rogando á la Venerable Juana de Lestonnac con esta deprecación: Pedid, Venerable Madre, á la Santísima Virgen, que si quiere curarme por vuestra intercesión, sea pronto, y que mañana pueda yo comulgar. Al dar la una me volví del lado que ordinariamente no podía estar, y no experimenté ningún dolor, é inmediatamente noté que quedaba

libre de todos mis dolores y sufrimientos.» Dos horas después, ó sea á las tres, fué la superiora á la celda de sor María del Pilar, y con grande asombro ve que deja la cama, y dirigiéndose á ella la abraza, diciéndole: «Estoy buena; nada me duele. No digamos nada, y mañana permítame comulgar.» En efecto, pudo recibir la Sagrada Comunión sin ninguna dificultad, y pudo desayunarse con las otras Religiosas. Desde entonces ha seguido en un todo los ejercicios de la Comunidad, sin exceptuar los Maitines que se rezan diariamente á media noche.

El día siguiente y la maravillosa curación, los cuatro médicos visitaron á sor Pilar y la encontraron perfectamente curada, y sin señal alguna de la grave enfermedad que padecía. Después de muchas pruebas y averiguaciones declararon, que por ninguna causa natural se había podido obrar tan súbita y completa curación.

#### XLVIII

Celebróse la Congregación preparatoria el 18 de Noviembre del año 1884 con grande regocijo de la Orden de Nuestra Señora. Y el año 1888, con motivo del Jubileo

sacerdotal del Papa León XIII, pareció al postulador Sr. Rafael Virili que era ocasión propicia para presentar á Su Santidad una instancia, en demanda de que se celebrase la Congregación general sobre las virtudes en grado heroico de la bienaventurada Juana de Lestonnac.

La instancia fué firmada por la M. Forneron, superiora de Burdeos, y por la Madre Nicolás, superiora de Poitiers, acompañada de las adhesiones de las sesenta y una Comunidades de que constaba á la sazón la Orden de Nuestra Señora. Además se unieron á esta súplica las adhesiones de varios Cardenales, Arzobispos, Obispos, Abades mitrados y de varios Generales de Ordenes religiosas, entre los cuales se contaba el de la Compañía de Jesús. Y como el postulador Sr. Virili escribía: «Cuanto más adhesiones se presenten, tanto mejor resultado podremos esperar de nuestros trabajos y diligencias,» se procuró que se interesasen á favor de la santa Causa muchos otros grandes é ilustres personajes. Por mediación de una alumna antigua de Poitiers, Religiosa de la abadía de Solesmes, se obtuvo la adhesión de la duquesa de Chevreuse, y por la de dos Religiosas benedictinas de la abadía de Santa Cecilia,

se obtuvo el favor de su padre el príncipe de Löwenstein. Este religioso Príncipe no se contentó con adherirse á la petición de las Hijas de Nuestra Señora, sino que también quiso y obtuvo la adhesión de sus dos sobrinas, la duquesa de Parma y la archiduquesa María Teresa.

Por mediación de una Religiosa de Nuestra Señora del convento de Zaragoza, de España, se obtuvo la adhesión de la reina D.<sup>a</sup> María Cristina. El Embajador de España cerca de la Santa Sede se encargó de presentar la súplica, y prometió hablar personalmente en favor de la santa Causa.

El feliz resultado de tantas y tan repetidas instancias no se hizo esperar: se verificó la solemne Congregación general el día 17 de Junio del año 1890 en la sala del Trono, en presencia del Papa León XIII.

Paso á paso iba adelantando la Causa de la bienaventurada M. Juana de Lestonnac, hasta que por fin el día 19 de Marzo del año 1891 expidió el Soberano Pontífice, con todas las formalidades acostumbradas, el solemne Decreto por el que declaraba que la Sierva de Dios, Juana de Lestonnac, había practicado en grado heroico las virtudes teologales, de fe, esperanza y caridad, y las cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

El 21 Enero del año 1900 Su Santidad expidió el Decreto de aprobación de tres milagros obrados por intercesión de la santa Madre, y el día 25 de Febrero del mismo año 1900 expidió el llamado del «Tuto,» que precede inmediatamente al Decreto de beatificación.

Finalmente amaneció el hermoso y memorable día 23 de Septiembre del año 1900, día suspirado por las Hijas de Nuestra Señora, en que el inmortal Papa León XIII inscribió en el Catálogo de los Beatos á nuestra heroína y admirable Fundadora, la bienaventurada M. Juana de Lestonnac.

La solemnidad de este acto imponente y grandioso se celebró en la Basílica del Vaticano, con extraordinaria concurrencia, magnificencia é iluminación, asistiendo en lugar preferente el Sacro Colegio de Cardenales, la Prelatura, la Corte Pontificia, el Cuerpo diplomático, la nobleza romana y muchas personas distinguidas.

Ocupaban también sitios de distinción el Ilmo. Sr. Diomedes Panici, arzobispo de Laodicea, secretario; Sr. Juan Bautista Lugari, promotor de la fe; Sr. Alejandro Verde, asesor; Sr. Massella, protonotario de Ritos; reverendísimos Consultores

y Asistentes de la Sagrada Congregación; Sr. Federico Virili, abogado de la Causa de beatificación; Sr. Adolfo Guidi, procurador; Sr. Gustavo Savignani, cancelario de la Sagrada Congregación, y el ilustrísimo y Rmo. Sr. Rafael Virili, postulador de la Causa.

#### XLIX

Como remate de esta obrita consignaremos á continuación algunos datos referentes á la fundación del convento de Barcelona, primero de España.

El deseo que en el año 1626 dominaba á la Beata Madre de implantar y propagar el Instituto de Nuestra Señora en el territorio español, no se realizó hasta diez años después de su dichoso tránsito. No carecían de celo las Hijas de la bienaventurada M. de Lestonnac para realizar esta empresa; faltaba solamente quien les diese la mano para realizar sus deseos.

En el año 1645 el Señor inspiró al Padre Guillelmo de Josa, de la Compañía de Jesús, persona muy calificada por su virtud, ciencia y nobleza, el deseo de fundar en la ciudad de Barcelona un convento de Religiosas que tuviesen por fin la educación y

El 21 Enero del año 1900 Su Santidad expidió el Decreto de aprobación de tres milagros obrados por intercesión de la santa Madre, y el día 25 de Febrero del mismo año 1900 expidió el llamado del «Tuto,» que precede inmediatamente al Decreto de beatificación.

Finalmente amaneció el hermoso y memorable día 23 de Septiembre del año 1900, día suspirado por las Hijas de Nuestra Señora, en que el inmortal Papa León XIII inscribió en el Catálogo de los Beatos á nuestra heroína y admirable Fundadora, la bienaventurada M. Juana de Lestonnac.

La solemnidad de este acto imponente y grandioso se celebró en la Basílica del Vaticano, con extraordinaria concurrencia, magnificencia é iluminación, asistiendo en lugar preferente el Sacro Colegio de Cardenales, la Prelatura, la Corte Pontificia, el Cuerpo diplomático, la nobleza romana y muchas personas distinguidas.

Ocupaban también sitios de distinción el Ilmo. Sr. Diomedes Panici, arzobispo de Laodicea, secretario; Sr. Juan Bautista Lugari, promotor de la fe; Sr. Alejandro Verde, asesor; Sr. Massella, protonotario de Ritos; reverendísimos Consultores

y Asistentes de la Sagrada Congregación; Sr. Federico Virili, abogado de la Causa de beatificación; Sr. Adolfo Guidi, procurador; Sr. Gustavo Savignani, cancelario de la Sagrada Congregación, y el ilustrísimo y Rmo. Sr. Rafael Virili, postulador de la Causa.

#### XLIX

Como remate de esta obrita consignaremos á continuación algunos datos referentes á la fundación del convento de Barcelona, primero de España.

El deseo que en el año 1626 dominaba á la Beata Madre de implantar y propagar el Instituto de Nuestra Señora en el territorio español, no se realizó hasta diez años después de su dichoso tránsito. No carecían de celo las Hijas de la bienaventurada M. de Lestonnac para realizar esta empresa; faltaba solamente quien les diese la mano para realizar sus deseos.

En el año 1645 el Señor inspiró al Padre Guillelmo de Josa, de la Compañía de Jesús, persona muy calificada por su virtud, ciencia y nobleza, el deseo de fundar en la ciudad de Barcelona un convento de Religiosas que tuviesen por fin la educación y

enseñanza de las niñas y jovencitas, sin que tuviese noticia de que este Instituto estaba ya instalado en Francia muchos años había.

Dispuso la divina Providencia que entonces llegase de Francia el P. Vicente Navarro, de la Compañía de Jesús, el cual, hablando un día con el buen P. de Josa, le manifestó este Padre el deseo que le animaba, á lo que le respondió el P. Navarro: «Déjese Padre, de fundar un nuevo Instituto: si disposición y medios tiene para este objeto, le daría el consejo para mayor gloria de Dios, que fundase un convento de unas Religiosas que hay en la ciudad de Béziers y en muchos otros puntos de Francia, cuyo título es el de Hijas de Nuestra Señora, y el fin de su Instituto es el aprovechamiento propio y luego ocuparse en el de los prójimos, en cuanto el sexo se lo permite.» Y empezando por aquí le manifestó todo el plan, ocupaciones y felices resultados del Instituto de Nuestra Señora.

Con esta clara noticia le pareció al Padre Josa que se le abrían los cielos, y vió que el deseo que Dios había puesto en su corazón estaba delineado en las palabras del P. Navarro. Luego escribió al Padre Rector del colegio de Béziers, suplicándo-

le que se sirviese remitirle el Breve y las Constituciones de las Hijas de Nuestra Señora. El Padre Rector se lo envió, junto con una carta de la M. Teresa de Rodez, superiora de Béziers, por la que se ofrecía gustosa de ir á Barcelona con otras Religiosas, siempre y cuando fuesen llamadas para fundar un convento en esta ciudad. Manifestó el P. de Josa el caso á los demás Padres del Colegio, y consultando el asunto con las personas más doctas y graves de la ciudad, mereció el aplauso y aprobación general. Pasó luego á comunicarlo al Ilmo. Sr. D. Gil Manrique, obispo de Barcelona, y pedirle su licencia y aprobación. Asimismo se expuso el caso al magnífico Consejo de Ciento, y se valieron del canónigo Sr. Juan Bautista Borniac para interesar al Dr. D. Juan Argila, primer concejal, y obtener el consentimiento de la ciudad.

Habidas todas las licencias indispensables y determinada la casa que habían de ocupar, que era el palacio del Arzobispo de Tarragona, se procuró obtener el permiso del señor Obispo de Béziers, y se preparó, con acuerdo del Padre Rector de allí, la venida de las Religiosas fundadoras, que fueron: M. Claudia de Rives, M. Juana de Sala-

bert, M. Luisa de Celier, M. Ana de Poix, y la H. Juana Brunet, coadjutora. Salieron de Barcelona para Béziers á buscar y acompañar á las Madres fundadoras, el señor D. Raimundo Ballester, y las Sras. D.<sup>a</sup> Teresa Lleó y D.<sup>a</sup> María Vidal.

El día 13 de Diciembre del año 1650 llegó la religiosa comitiva á Barcelona, y por indicación del P. de Josa fueron recibidas por su hermana D.<sup>a</sup> Clemencia de Peguera y D.<sup>a</sup> María de Josa, cuñada del buen P. Guillermo, y otras damas, con sus coches. Se hospedaron las Religiosas en casa de D.<sup>a</sup> María de Josa, situada en la calle dels Archs, esperando poder pasar al local que se les había destinado. Un periodo de largas privaciones se atravesaron en los principios de esta fundación, debiendo luchar además con la guerra civil, la peste y el asedio. Pero el ánimo esforzado de las virtuosas Madres nunca se desalentó, sostenidas con favores extraordinarios que les dispensaba el Señor. Con todo, las Madres Claudia de Rives y Luisa de Celier se vieron obligadas á volverse á Béziers, acompañadas de las mismas personas que antes fueron á buscarlas.

## L

Pasadas las anteriores plagas, disturbios y contratiempos, continuaban las Madres fundadoras las tareas y ocupaciones de su Instituto con algún desahogo, y eran muy queridas y respetadas de la ciudad. Esto les valió mucho para lograr pasar al local que se les había destinado cuando vinieron para la fundación, y dejar la casa interina, que ya era insuficiente.

La traslación se efectuó el día 13 de Octubre del año 1655, siendo obispo de Barcelona el Ilmo. D. Raimundo de Semmat, siendo acompañadas las Madres por los Sres. D. Juan Bautista Borniac, canónigo; D. Ignacio de Ripoll, monje de San Benito; D. Galcerán Villalonga, del Orden de San Juan; dos sacerdotes; las señoras D.<sup>a</sup> Eulalia Nadal y D.<sup>a</sup> Inés Hammar de Muñoz, y algunos criados de estos señores.

Instaladas las Madres en el local llamado palacio del Arzobispo de Tarragona, desplegaron toda su actividad, celo, talentos y habilidades en beneficio de las niñas y doncellas, las que, perteneciendo á todas las clases de la sociedad, acuden á centenares desde entonces hasta nuestros días,

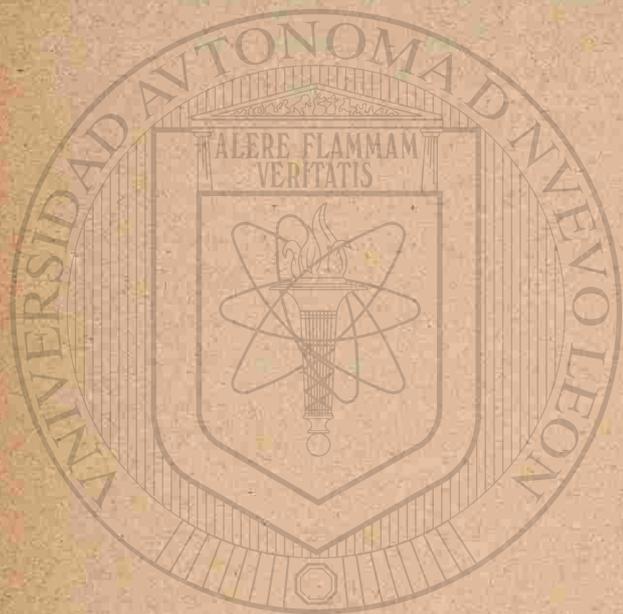
á recibir la cristiana educación y esmerada instrucción de las Hijas de Nuestra Señora.

Mas adelante nuevas vicisitudes y contratiempos turbaron la tranquilidad de las Hijas de Nuestra Señora, en el transcurso de los años, desde 1835 á 1871. Pero, preciso es confesarlo; la Comunidad de Barcelona ha experimentado constantemente los efectos paternos de la Divina Providencia, y amparada bajo la poderosísima intercesión de la Santísima Virgen María, ha podido cantar victoria, viéndose libre de graves é inminentes peligros que amenazaban destruirla, y de la fuerza inconsciente que la oprimía.

Finalmente, en el año 1875, siendo superiora la R. M. María del Carmen Valadó, Religiosa de corazón bondadoso y magnánimo, se llevó á cabo la permuta, cediendo el antiguo convento, situado en el centro de la ciudad, á cambio de otro, de nueva planta, edificado en uno de los mejores puntos del Ensanche de Barcelona.

Esta traslación se efectuó con la suprema autoridad y licencia de Su Santidad el Papa Pío IX, y de acuerdo y aprobación del Ilmo. Sr. vicario general D. Juan de Paláu y Soler, gobernador eclesiástico de la diócesis de Barcelona, Sede vacante.

Acompañaron á las Religiosas Hijas de Nuestra Señora el R. P. José Lluch, de la Compañía de Jesús; el R. P. Pablo Sala, del Oratorio, capellán confesor de la Comunidad, y los Sres. D. Antonio Rovellat Vila y Dr. D. José Oriol Solá.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CATÁLOGO

ORDEN DE LAS FUNDACIONES Y MONASTERIOS DE DONDE SALIERON

1.º **Burdeos** (Arzobispado de id.; Depart. de la Gironde, Francia); habitantes, 240,582. Primer monasterio de la Orden de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora, establecido el 7 de Abril de 1607 en virtud de un Breve de Su Santidad el Papa Paulo V. La Beata fundadora, M. Juana de Lestonnac, viuda del Barón de Montferrant, vistió el santo hábito con sus primeras hijas el 1.º de Mayo de 1608, día en que la Orden celebra el aniversario de su fundación. Este monasterio fué suprimido por la república francesa en 1792, y restablecido el 1.º de Mayo de 1822 por la Comunidad de Tolosa (Francia).

2.º \***Bèziers** (Obispado de Montpellier; Depart. de Hérault, Francia); hab., 47,785; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 15 de Agosto de 1616; suprimido en 1792 (1).

3.º **Poitiers** (Obisp. de id.; Depart. de Vienne, Francia); habitantes, 36,878; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 8 de Septiembre de 1618; suprimido en 1792, y restablecido el 29 de Septiembre de 1802 por algunas Madres del antiguo monasterio.

(1) Aquellos cuyos nombres van precedidos de esta señal \* son los suprimidos.

4.º **Le Puy** (Obisp. de id.; Depart. de Haute-Loire Francia); hab., 19,031; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 5 de Noviembre de 1618; suprimido en 1792, y restablecido el 3 de Julio de 1841 por antiguas Religiosas Hijas de Nuestra Señora establecidas en Lamothe (Francia).

5.º \* **Périgueux** (Obisp. de id.; Depart. de Dordogne, Francia); hab. 29,615; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el año 1621; suprimido en 1792.

6.º \* **Agen** (Obisp. de id.; Depart. de Lot-et-Garonne, Francia); hab., 23,234; fué fundado por la Comunidad de Burdeos en 1621, y suprimido en 1792.

7.º **La Flèche** (Obisp. de Le Mans; Depart. de Sarthe Francia); hab., 9,800; fué fundado por la Comunidad de Poitiers el 5 de Octubre de 1622; suprimido en 1792, y restablecido el 26 de Junio de 1817 por algunas Religiosas Hijas de Nuestra Señora del antiguo monasterio de la Flèche.

8.º \* **Riom** (Obisp. de Clermont; Depart. de Puy-de-Dôme, Francia); hab., 10,000; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 27 de Octubre de 1622, y suprimido en 1792.

9.º **Tournón** (Obisp. de Viviers; Depart. de Ardèche, Francia); hab., 5,290; fué fundado por la Comunidad de Le Puy el 4 de Octubre de 1624; suprimido en 1792, y restablecido el 1.º de Mayo de 1807 por varias Religiosas Hijas de Nuestra Señora de los monasterios de Tournón, Langogne y Valence (Francia).

10.º \* **Aurillac** (Obisp. de Saint-Flour; Depart. de Cantal, Francia); hab., 14,613; fué fundado por la Comunidad de Le Puy el 15 de Marzo de 1625; suprimido en 1792.

11. **Rodez** (Obisp. de id.; Depart. de Aveyrón, Francia); habitantes, 15,375; fué trasladado el 29 de Octubre de 1626 á la Casa de Saugues, la que había sido fundada por la Comunidad de Le Puy: esta Casa no existió más que dos años. Este monasterio fué suprimido en 1792, y restablecido en 1796; si bien no pudo constituirse de una manera regular hasta el 25 de Marzo de 1818, en que nueve de las Madres de la antigua Comunidad pudieron vestir nuevamente el hábito de nuestra santa Orden.

12. \* **Saintes** (Obisp. de la Rochelle; Depart. de Charente-Inférieure, Francia); hab., 17,325; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 6 de Agosto de 1626; suprimido en 1792.

13. \* **Pau** (Obisp. de Bayona; Depart. de Basses-Pyrénées, Francia); hab., 30,629; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 14 de Septiembre de 1626; suprimido en 1792.

14. \* **Brioude** (Arz. de Puy; Depart. de Haute-Loire, Francia); hab., 5,109; fué fundado por la Comunidad de Rióm en Octubre de 1627; suprimido en 1792.

15. \* **Alençon** (Obisp. de Sééz; Depart. de Orne, Francia); hab., 17,556; fué fundado por la Comunidad de La Flèche el 28 de Julio de 1628; suprimido en 1792.

16. \* **Langeac** (Arz. de Puy; Depart. de Haute-Loire, Francia), hab. 4,318; fué fundado por la Comunidad de Brioude en 1628; suprimido en 1792.

17. **Tolosa** (Arz. de id.; Depart. de Haute-Garonne, Francia); hab., 247,617; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 31 de Agosto de 1630; suprimido en 1792, y restablecido el 6 de Enero de 1806 por la Rda. M. Teresa Duterrail, Religiosa del antiguo monasterio de esta ciudad.

18. \* **Annouay** (Obisp. de Viviers; Depart. de Ardèche, Francia); hab., 17,626; fué fundado por la Comunidad de Tournón el 15 de Septiembre de 1630; suprimido en 1792.

19. \* **Pons** (Obisp. de la Rochelle; Depart. de Charente-Inférieure, Francia); hab., 4,615; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 24 de Enero de 1631; suprimido en 1792.

20. \* **Agde** (Obisp. de Montpellier; Depart. de Hérault, Francia); hab., 7,389; fué fundado por la Comunidad de Béziers el 1.º de Octubre de 1631; suprimido en 1792.

21. \* **Frontignán** (Obisp. de Montpellier; Depart. de Hérault, Francia); hab., 3,603; fué fundado por la Comunidad de Béziers el año 1631; suprimido en 1792.

22. **Saint-Flour** (Obisp. de id.; Depart. de Cantal, Francia); hab., 5,480; fué fundado por la Comunidad de Aurillac á principios del año 1632; fué suprimido en 1792, y restablecido el 6 de Febrero de 1821 por las M. Frézal, Montiel y otras del antiguo monasterio de esta ciudad, las cuales tuvieron la alegría de poder poseer su primitivo convento.

23. \* **Fontenay-le-Comte** (Obisp. de Luçon; Depart. de Vendée, Francia); hab., 1,922; fué fundado por la Comunidad de Poitiers el 15 de Marzo de 1633; suprimido en 1792.

24. \* **La Ferté-Bernad** (Obisp. de Le Mans; Depart. de Sarthe, Francia); hab., 5,239; fué fundado por la Comunidad de La Flèche á principios del año 1633; suprimido en 1792.

25. **Limoges** (Obisp. de id.; Depart. de Haute-Vienne, Francia); hab., 72,697; fué fundado por la Comunidad de Périgueux en 1633; suprimido en 1792,

y restablecido el año 1816 por varias Religiosas del antiguo monasterio de Nuestra Señora de esta ciudad.

26. \* **Argentières** (Obisp. de Gap; Depart. de Hautes-Alpes, Francia); hab., 964; fué fundado por la Comunidad de Tournón en 1633; suprimido en 1792.

27. **Issoire** (Obisp. de Clermont; Depart. de Puy-de-Dôme, Francia); hab., 6,182; fué fundado por la Comunidad de Riom en 1634; suprimido en 1792; restablecido el 29 de Septiembre de 1829 por antiguas Religiosas establecidas anteriormente en Lamothe.

28. \* **Avignón** (Arz. de id.; Depart. de Vaucluse, Francia); hab., 41,007; fué fundado por la Comunidad de Le Puy el 15 de Marzo de 1535; suprimido en 1792.

29. \* **Sarlat** (Obisp. de Périgueux; Depart. de Dordogne, Francia), hab. 6,615; fué fundado por la Comunidad de Périgueux en 1637; suprimido en 1792.

30. \* **Saint-Affrique** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 720; fué fundado por la Comunidad de Tournón el 1.º de Mayo de 1638; suprimido en 1792.

31. **Narbona** (Obisp. de Carcasona; Depart. de Aude, Francia); hab., 29,720; fué fundado por la Comunidad de Béziers el 4 de Mayo de 1640; suprimido en 1792, y restablecido el 1.º de Noviembre de 1824 por las Religiosas de Tolosa (de Francia).

32. \* **Saint-Gaudens** (Arz. de Tolosa; Depart. de Haute-Garonne, Francia); hab., 7,007; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 26 de Mayo de 1642; suprimido en 1792.

33. \* **Villeneuve d'Agen** (Obisp. de Agen; Depart. de Lot-et-Garonne, Francia); hab., 1,500; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 3 de Agosto de 1642; suprimido en 1792.

34. **Salers** (Obisp. de Saint-Flour; Depart. de Cantal, Francia); hab., 1,015; fué fundado por la Comunidad de Saint-Flour el 10 de Enero de 1647; suprimido en 1792, y restablecido el 1.º de Mayo de 1822 por la Comunidad de Saint-Flour.

35. \* **Richelieu** (Arz. de Tours; Depart. de Indre-et-Loire, Francia); hab., 2,364; fué fundado por la Comunidad de Saintes el 6 de Agosto de 1647; suprimido en 1792.

36. **Pradelles** (Obisp. de Puy; Depart. de Haute-Loire, Francia); hab., 1,882; fué fundado por la Comunidad de La Puy el 14 de Julio de 1648; suprimido en 1792, y restablecido el 6 de Septiembre de 1810 por antiguas Religiosas de los monasterios de Pradelles, Saint-Flour y de Puy.

37. \* **Gannat** (Obisp. de Moulins; Depart. de Allier, Francia); hab., 5,764; fué fundado por la Comunidad de Riom el 21 de Diciembre de 1649; suprimido en 1792.

38. **Barcelona** (Obisp. y provincia de id.; España); hab., 300,000; fué fundado por la Comunidad de Béziers el 13 de Diciembre de 1650.

39. **Saint-Leonard** (Obisp. de Limoges; Depart. de Haute-Vienne, Francia); hab., 5,981; fué fundado por la Comunidad de Limoges el año 1652, suprimido en 1792, y restablecido el 26 de Octubre de 1837 por la Comunidad de Limoges.

40. \* **Puy-Berland** (Obisp. de Luçon; Depart. de Poitou, Francia); fué fundado por la Comunidad de La Flèche el año 1652; suprimido en 1792.

41. \* **Saint-Junien** (Obisp. de Limoges, Depart. de Haute-Vienne, Francia); hab., 9,376; fué fundado por la Comunidad de Limoges el 20 de Marzo de 1654; suprimido en 1792.

42. \* **Valence** (Obisp. de id.; Depart. de Drôme, Francia); habitantes, 20,668, fué fundado por la Comunidad de Tournón el año 1656; suprimido en 1792.

43. \* **Issongueaux** (Obisp. de Puy; Depart. de Haute-Loire, Francia); hab., 8,035; fué fundado por la Comunidad de Puy el 1.º de Mayo de 1656; suprimido en 1792.

44. \* **Mèzin** (Obisp. de Agen; Departamento de Lot-et-Garonne, Francia); hab., 2,640; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el 8 de Septiembre de 1657; suprimido en 1792.

45. \* **Chaudesaigues** (Obisp. de Saint-Flour; Depart. de Cantal, Francia); hab., 1,674; fué fundado por la Comunidad de Saint-Flour el año 1657; suprimido en 1792.

46. **Langogne** (Obisp. de Mende; Depart. de Lozère, Francia); hab., 4,318; fué fundado por la Comunidad de Puy el 17 de Julio de 1659; suprimido en 1792, y restablecido en 1804 por la R. M. Mazaudier, Religiosa del antiguo monasterio de Pradelles.

47. \* **Saint-Sernin** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 1,216; fué fundado por la Comunidad de Sainte-Affrique el 24 de Julio de 1660; suprimido en 1792.

48. \* **Uzès** (Obisp. de Nimes; Depart. de Gard, Francia); hab. 4,989; fué fundado por la Comunidad de Annouay el 6 de Enero de 1663; suprimido en 1792.

49. \* **Saint-Gervais** (Obisp. de Nimes; Depart. de Gard, Francia); hab., 2,528; fué fundado por la Comunidad de Agde el 21 de Enero de 1663; este monasterio existió veintiséis años, pero no habiendo podido obtener las patentes del Rey, fué suprimido el año 1689.

50. \* **Perpiñán** (Obisp. de id.; Depart. de Pyrénées-Orientales, Francia); hab., 34,193; fué fundado por la Comunidad de Béziers el año 1664; suprimido en 1792.

51. \* **Bort-en-Limousin** (Obisp. de Tulle, Depart. de Corrèze, Francia); hab., 3,858; fué fundado por la Comunidad de Limoges el año 1665; suprimido en 1792.

52. \* **Nant** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 2,681; fué fundado por la Comunidad de Uzès el 15 de Mayo de 1666; suprimido en 1792.

53. **Tudela** (Obisp. de Pamplona; provincia de Navarra, España); hab., 10,000; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 13 de Noviembre de 1687.

54. \* **Gignac** (Obisp. de Montpellier; Depart. de Hérault, Francia); hab., 2,531; fué fundado por la Comunidad de Béziers el 16 de Enero de 1691; suprimido en 1792.

55. **Tarragona** (Arz. y provincia de id.; España); hab., 20,000; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 22 de Febrero de 1698.

56. **Urgel** (Obisp. de id.; provincia de Lérida, España); hab., 3,790; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 24 de Enero de 1722.

57. \* **Cap-Français** (Isla de Santo Domingo, actualmente Cabo Haití); hab., 10,000; fué fundado por la Comunidad de Périgueux el año 1733; fué destruido este monasterio por los insurrectos en 1794.

58. **Zaragoza** (Arz. y provincia de id.; España); hab., 94,568; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 9 de Septiembre de 1744.

59. **Lérida** (Obisp. y provincia de id.; España);

hab., 14,000; fué fundado por la Comunidad de la Seo de Urgel el 21 de Mayo de 1570.

60. **Méjico** (Arz. y cap. de la República de id.; América del Norte); hab., 330,000; fué fundado por la R. M. Ignacia de Alzor, natural de Méjico, la cual, deseosa de fundar un monasterio de Religiosas Hijas de Nuestra Señora, vino á España, tomó el santo hábito en la Comunidad de Tudela, vivió en ella dieciséis años, y obtenidas las licencias necesarias para fundar un monasterio en Méjico, regresó á su patria, junto con once Religiosas del convento de Tudela: quedó establecido el monasterio de Nuestra Señora del Pilar el 18 de Diciembre de 1754: las Religiosas de este monasterio fueron expulsadas por la República mejicana en 1863; pero continúan ejerciendo las funciones del Instituto en casas particulares.

61. **Solsona** (Obisp. de id.; provincia de Lérida, España); hab., 2,000; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 25 de Junio de 1758.

62. **Santiago** (Arz. de id.; provincia de Coruña, España); hab., 24,300; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 2 de Noviembre de 1759.

63. **San Fernando** (Obisp. y provincia de Cádiz, España); hab., 29,287; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 19 de Octubre de 1760.

64. **Mendoza** (Arz. y cap. de id.; República Argentina, América del Sur); hab., 20,000; fué fundado por el Ilmo. Sr. D. Manuel Alday, obispo de Santiago de Chile el 18 de Marzo de 1780.

65. **Santa Fe de Bogotá** (Arz. de id., cap. de la República de la Colombia, América del Sur), habitantes 95,813; fué fundado por la Comunidad de San Fernando, (España) el 19 de Marzo de 1783. Doña Clemencia Caycedo, escribió á la R. M. Priora de

San Fernando pidiéndole instrucciones para poder fundar un monasterio de Religiosas Hijas de Nuestra Señora, en Bogotá: ésta le mandó el libro de las Reglas, un diseño de los hábitos de las Religiosas y del uniforme de las pensionistas, y las instrucciones para la enseñanza, etc. El 19 de Marzo vistieron el santo hábito D.<sup>a</sup> Magdalena Caycedo (sobrina de la fundadora, como priora); sus diez compañeras como novicias. El 8 de Febrero de 1863 fueron expulsadas del convento por orden del Gobierno: alquilaron una casa y en ella ejercen las funciones del Instituto.

La R. M. Priora Mercedes Caro, deseando que la enseñanza estuviese á mayor altura, y que los usos del Instituto se observasen tal como se acostumbra en Europa, solicitó que algunas Religiosas españolas fuesen á Bogotá: ofreciéronse tres de la Comunidad de Barcelona, las cuales emprendieron el viaje el 20 de Abril de 1893, llegando felizmente á Bogotá el 9 de Junio del mismo año.

66. **Vergara** (Obisp. de Vitoria; provincia de Guipúzcoa, España); hab., 6,194; fué fundado por la Comunidad de Tudela en Abril de 1799.

67. **Irapuato** (Obisp. de Guanajuato; Méjico, América del Norte); hab., 14,778; fué fundado por la Comunidad de Méjico el año 1804; fueron expulsadas por la República mejicana el año 1863 y continúan ejerciendo las funciones del Instituto en casa particular.

68. \* **Lamothe** (Obisp. de Puy; Depart. de Haute-Loire, Francia); habitantes, 945; fué fundado en 1807, por la R. M. Bertrand, Religiosa del antiguo monasterio de Brioude, ayudada de una de sus hermanas. La R. M. Teresa Duterrail las ayudó en 1812 para acabar la fundación. Esta Comunidad cesó de existir

el año 1841. Una parte de las Religiosas que la componían fueron á restablecer el monasterio de Issoire en 1829: la otra permaneció en el convento hasta el año 1841, fecha en que fueron á restablecer el monasterio de Puy. La pequeña localidad de Lamothe no ofrecía los recursos necesarios á un convento de clausura.

69. **Aguascalientes** (Obisp. de Guadalajara; Méjico, América del Norte); hab., 80,000; fué fundado por la Comunidad de Méjico el año 1807; las Religiosas de este monasterio fueron expulsadas por la República mejicana en 1863; recobraron su antiguo monasterio el año 1870.

70. **Méjico 2.º monasterio** (Arz. y cap. de id.; América del Norte); fundado por el primero de la misma capital el 8 de Diciembre de 1811, bajo la advocación de Ntra. Sra. de Guadalupe: las Religiosas fueron expulsadas por la República mejicana el año 1863; pero continúan ejerciendo las funciones del Instituto en una vasta casa particular.

71. **Pamiers** (Obisp. de id.; Depart. de Ariège, Francia); hab., 11,935; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia), el 16 de Octubre de 1817.

72. **Saint Geniez-d'Olt** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 3,325; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 14 de Septiembre de 1818.

73. **Lautrec** (Arz. de Albí; Depart. de Tarn, Francia); hab., 2,750; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia), el 29 de Septiembre de 1819.

74. **Carcasona** (Obisp. de id.; Depart. de Aude, Francia); hab., 29,330; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 29 de Septiembre de 1821.

75. **Masseube** (Arz. de Auch; Depart. de Gers,

Francia); hab., 2,000; fué fundado por una antigua Religiosa Bernarda: su virtud le proporcionó pronto algunas compañeras: un desconocido le entregó las Reglas de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora, y el 21 de Noviembre de 1821 hicieron los votos que prescribe la Orden. La reverenda madre priora de Burdeos agregó esta Comunidad á la Orden el año 1837, con aprobación del señor Arzobispo de la diócesis.

76. **Tournemire** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 1,500; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 23 de Septiembre de 1823.

77. **Saint-Julien-d'Empare** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 1,834; fué fundado por la Comunidad de Rodez (Francia) el año 1825.

78. **Nápoles** (Arz. de id.; Dos Sicilias, Italia); hab., 539,870; fué fundado por la R. M. Teodora Santasilia, Religiosa del monasterio del Divino Amor, de la misma ciudad; la cual, junto con cuatro compañeras, deseando una vida más perfecta, adoptaron las Reglas de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora. Su Santidad Pio VII dió un Breve por la fundación del nuevo monasterio: el 8 de Diciembre de 1826 las nuevas Religiosas vistieron el santo hábito, y quedó establecida la clausura. La M. Santasilia fué elegida priora.

79. **Albí** (Arz. de id.; Depart. de Tarn, Francia); hab., 21,224; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 29 de Septiembre de 1827.

80. **Manresa** (Obisp. de Vich; provincia de Barcelona, España); hab., 22,685; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 5 de Septiembre de 1828.

81. \* **Bouyoussou** (Obisp. de Cahors; Depart. de Lot, Francia); hab., 1,000; fué fundado por la Comu-

nidad de Saint-Julien el 30 de Noviembre de 1832. Esta Comunidad fué suprimida; la pequeña localidad de Bouyoussou no ofrecía los recursos necesarios á un convento de clausura: una parte de dichas Religiosas se fueron á la Comunidad de Saint-Julien, y la otra á la de Villeneuve (Francia).

82. **L'Isle-en-Jourdain** (Arz. de Auch; Depart. de Gers, Francia); hab., 4,442; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 21 de Junio de 1833.

83. **Ussel** (Obisp. de Tulle; Depart. de Corrèze, Francia); hab., 4,832; fué fundado por la Comunidad de Limoges en Octubre de 1833.

84. **Roma** (Estados de la Iglesia, Italia); habitantes, 400,000; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 30 de Abril de 1834.

85. **Orvieto** (Obisp. id.; Umbría, Italia); habitantes, 7,900; fué fundado por la Comunidad de Roma el 22 de Mayo de 1834.

86. **Castelnaudary** (Obisp. de Carcasona; Depart. de Aude, Francia); hab., 10,000; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 29 de Septiembre de 1834.

87. **Beaumont-de-Lomagne** (Arz. de Albí; Depart. de Tarn-et-Garonne, Francia); hab., 4,040; fué fundado por la Comunidad de Burdeos el año 1835. Las Comunidades de Poitiers y de Tolosa contribuyeron á esta fundación enviando algunas Religiosas.

88. **Vienne** (Obisp. de Grenoble; Depart. de Isère, Francia); hab., 25,480; fué fundado por la Comunidad de Pradelles el 2 de Febrero de 1836.

89. **Cavaillon** (Arz. de Avignon; Depart. de Vaucluse, Francia); hab., 9,077; fué fundado por la Comunidad de Tournón el 16 de Junio de 1838.

90. **Villeneuve** (Obisp. de Rodez; Depart. de

Aveyrón, Francia); hab., 13,798; fué fundado por la Comunidad de Saint-Julien d'Empare el 20 de Noviembre de 1841.

91. **Mauriac** (Obisp. de Saint-Flour; Depart. de Cantal, Francia); hab., 3,631; fué fundado por la Comunidad de Saint-Flour el 25 de Mayo de 1847.

92. **Millau** (Obisp. de Rodez; Depart. de Aveyrón, Francia); hab., 17,429; fué fundado por la Comunidad de Rodez el año 1850.

93. **Santander** (Obisp. y provincia de id.; España); hab., 42,125; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 15 de Abril de 1852.

94. **Calella** (Obisp. de Gerona; provincia de Barcelona, España); hab., 3,800; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 8 de Enero de 1862.

95. **San Sebastián** (Obisp. de Vitoria; provincia de Guipúzcoa, España), hab. 29,047; fué fundado por la Comunidad de Vergara el 9 de Marzo de 1868.

96. **Santiago de Chile** (Arz. de id.; Chile, América del Sur); hab., 190,000; fué fundado por la Comunidad de Mendoza el 21 de Mayo de 1868.

97. **Molina de Talca** (Arz. de Santiago de Chile; América del Sur); hab., 23,432; fué fundado por la Comunidad de Santiago de Chile el año 1875.

98. **Valladolid** (Arz. y provincia de id.; España); hab., 100,000; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 8 de Junio de 1880.

99. **Orduña** (Obisp. de Vitoria; provincia de Vizcaya, España); hab., 2,748; fué fundado por la Comunidad de Vergara el 24 de Agosto de 1833.

100. **Almería** (Obisp. de id.; provincia de Granada, España); hab., 40,000; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 10 de Diciembre de 1885.

101. **Vigo** (Obisp. de Tuy; provincia de Ponteve-

dra, España); hab., 22,000; fué fundado por la Comunidad de Santiago de Galicia el 10 de Septiembre de 1886.

102. **Ferrol** (Obisp. de Mondoñedo; provincia de la Coruña, España); hab., 25,750; fué fundado por la Comunidad de Lérida el 8 de Mayo de 1889.

103. **Jerez de la Frontera** (Arz. de Sevilla; provincia de Cádiz, España); hab., 61,708; fué fundado por la Comunidad de San Fernando el 12 de Junio de 1889.

104. **Logroño** (Obisp. de Calahorra; provincia de Logroño, España); hab., 20,000; fué fundado por la Comunidad de Tudela el 30 de Septiembre de 1889.

105. **Santa Fe de Granada** (Obisp. y provincia de Granada, España); hab., 5,108; fué fundado por la Comunidad de Zaragoza el 27 de Agosto de 1890.

106. **Chatillon-sous-Bagneux** (Arz. de París; Depart. de Seine, Francia); hab., 5,127; fué fundado por la Comunidad de Rodez (Francia) el 2 de Junio de 1891.

107. **Ciudadela** (Obisp. de Menorca; provincia de Mahón, Islas Baleares, España); hab., 7,900; fué fundado por la Comunidad de Manresa el 16 de Julio de 1891.

108. \* **Penzance** (Obisp. de Plymouth, Sudoeste de Inglaterra); hab., 12,000; fué fundado por la Comunidad de Tolosa (Francia) el 18 de Septiembre de 1892: contribuyeron á esta fundación varias Comunidades, enviando Religiosas. El 18 de Marzo de 1894, por consejo del ilustrísimo señor Arzobispo, se trasladó esta Comunidad á la ciudad de Londres.

109. **Londres** (Arz. de id., capital de Inglaterra); hab., 3.000.000; fué fundado por la Comunidad de Penzance el 18 de Marzo de 1894.

110. **Torrefarrera** (Obisp. y provincia de Lérida; España), hab. 780; fué fundado por la Comunidad de Barcelona el 5 de Julio de 1895.

111. **Sanlúcar de Barrameda** (Arz. de Sevilla; provincia de Cádiz, España); hab., 21,000; fué fundado por la Comunidad de San Fernando el 12 de Octubre de 1895.

112. **Cornudella** (Arz. y provincia de Tarragona, España); hab., 1,637; fué fundado por la Comunidad de Tarragona el 22 de Octubre de 1896.

113. **Medellín** (Obisp. de id.; Depart. de Antioquia, República de Colombia, América del Sur); fué fundado por la Comunidad de Santa Fe de Bogotá el día 28 de Febrero de 1899.

114. **Talavera de la Reina** (Arz. y provincia de Toledo); hab., 12,000; fué fundado por la Comunidad de Tudela el día 22 de Noviembre de 1899.



## HIMNO

Á LA BEATA M. JUANA DE LESTONNAC

Nuevos cantos de júbilo inmenso  
Entonemos de Juana en honor;  
En el orbe su nombre resuene  
Entre acentos de gloria y amor.

Tú venciste en amarga pelea  
El ardor de herejía procaz;  
Tierna niña, es tu fe ya pujante  
Como roble en la selva feraz.

Cabe el seno del místico Esposo  
Se remonta tu alma viril;  
Que el amor infinito te atrae  
Como atrae á la abeja el pensil.

Odia el mundo tus ansias divinas,  
Y se ceba en ti el orco cruel;  
Mas tu pecho de acero quebranta  
Cuantos dardos te asesta Luzbel.

Tu valor galardona el Amado  
Que en la lucha indomable te ve;  
Inspirándote empresa sublime  
Que acomete tu insólita fe.

Surgió de tu celo  
Feliz Compañía;  
Jesús es su norte,  
Su enseña María.

Cual astro potente  
Espléndida brilla,  
Son germen sus rayos  
De paz y de vida.  
Dos mundos colora  
Y al par fecundiza,  
En flores tornando  
Las zarzas ariscas.

De ignotas doncellas  
La mente ilumina,  
E infunde en sus almas  
Virtudes divinas.  
Su lumbre es venero  
De férvidas hijas,  
De amantes esposas  
Y madres solícitas.

De los frutos de tu almo Instituto  
Van, oh Madre, las gentes en pos;  
Que con ellos su gozo dilatan,  
Y se miran más cerca de Dios.  
Tú que hollaste mundanos favores  
Para asirte tan sólo á la cruz;  
Entre honores ingentes descuellas  
Radiante de gloria y de luz.

Tu virtud y tu fe te exaltaron  
Hasta el solio del Rey eternal;  
Do sonriéndote Arcángeles bellos  
Te ciñeron diadema inmortal.

Coro augusto de vírgenes castas  
Hoy rebosa alegría sin par:  
Son tus hijas; tu altísima gloria  
Las alienta por Cristo á luchar.



## LICENCIA ECLESIAÍSTICA

M. ILTRE. SR.

En virtud de la comisión que V. S. se ha dignado confiarme, he examinado detenidamente el libro titulado «La Beata Juana de Lestonnac,» y me cabe la satisfacción de comunicar á V. S. que, no sólo no he encontrado en él nada que se oponga á las enseñanzas de N. S. M. la Iglesia, sino que lo juzgo, salvo el mejor parecer de V. S., muy recomendable y merecedor de que se le conceda la aprobación y permiso que se solicita.

Eserito dicho libro por una Religiosa del monasterio de «Hijas de Nuestra Señora» de Barcelona, como en santa competencia de amor con otros que han escrito algunas Religiosas de otros monasterios de la misma Orden, para honrar á su Beata Madre Fundadora, resulta su lectura muy agradable y atractiva.

A lo agradable se une lo útil y edificante; ya que constituye el asunto del libro la vida de la Beata Juana de Lestonnac, vida admirable que puede servir de modelo á la mujer cristiana en todos los estados y condiciones en que se hallare; pues en todos ellos brilló con el resplandor de las virtudes, en grado heroico, propias de cada uno. Hija cariñosa y obediente, joven modesta y piadosa, esposa amante y fide-

Cual astro potente  
 Espléndida brilla,  
 Son germen sus rayos  
 De paz y de vida.  
 Dos mundos colora  
 Y al par fecundiza,  
 En flores tornando  
 Las zarzas ariscas.

De ignotas doncellas  
 La mente ilumina,  
 E infunde en sus almas  
 Virtudes divinas.  
 Su lumbre es venero  
 De férvidas hijas,  
 De amantes esposas  
 Y madres solícitas.

De los frutos de tu almo Instituto  
 Van, oh Madre, las gentes en pos;  
 Que con ellos su gozo dilatan,  
 Y se miran más cerca de Dios.

Tú que hollaste mundanos favores  
 Para asirte tan sólo á la cruz;  
 Entre honores ingentes descuellas  
 Radiante de gloria y de luz.

Tu virtud y tu fe te exaltaron  
 Hasta el solio del Rey eternal;  
 Do sonriéndote Arcángeles bellos  
 Te ciñeron diadema inmortal.

Coro augusto de vírgenes castas  
 Hoy rebosa alegría sin par:  
 Son tus hijas; tu altísima gloria  
 Las alienta por Cristo á luchar.



## LICENCIA ECLESIASTICA

M. ILTRE. SR.

En virtud de la comisión que V. S. se ha dignado confiarme, he examinado detenidamente el libro titulado «La Beata Juana de Lestonnac,» y me cabe la satisfacción de comunicar á V. S. que, no sólo no he encontrado en él nada que se oponga á las enseñanzas de N. S. M. la Iglesia, sino que lo juzgo, salvo el mejor parecer de V. S., muy recomendable y merecedor de que se le conceda la aprobación y permiso que se solicita.

Eserito dicho libro por una Religiosa del monasterio de «Hijas de Nuestra Señora» de Barcelona, como en santa competencia de amor con otros que han escrito algunas Religiosas de otros monasterios de la misma Orden, para honrar á su Beata Madre Fundadora, resulta su lectura muy agradable y atractiva.

A lo agradable se une lo útil y edificante; ya que constituye el asunto del libro la vida de la Beata Juana de Lestonnac, vida admirable que puede servir de modelo á la mujer cristiana en todos los estados y condiciones en que se hallare; pues en todos ellos brilló con el resplandor de las virtudes, en grado heroico, propias de cada uno. Hija cariñosa y obediente, joven modesta y piadosa, esposa amante y fide-

lísima, madre solícita, y viuda cual las quiere que sean el apóstol San Pablo, fué también, por fin, la Beata Juana, Religiosa perfectísima, cuyos grados de perfección correspondieron siempre, admirable y fielmente, á las gracias del Señor y á los designios que tuvo la sapientísima Providencia divina al permitir que las virtudes de su Sierva fuesen probadas en el crisol de las tribulaciones y adversidades.

Juzgo, además, que la lectura del referido librito ha de ser de gran provecho general, sobre todo en nuestros días. El plan, ejecución y desarrollo, que en el mismo se describen, de la obra colosal llevada á cabo, en beneficio de las niñas pertenecientes á todas las clases sociales, por la Bienaventurada Fundadora de las «Hijas de Nuestra Señora de la Enseñanza,» no pueden menos de alumbrar, interesar y disponer favorablemente á todo el que los conozca. Mucho alardea la incredulidad, en nuestra desdichada época, de amor y celo por la instrucción, educación y bien del pueblo; mucho se abusa, como es bien sabido, de tales alardes, sin que los resultados y las obras correspondan á tan pomposas promesas. Quienquiera que se entere de la obra de la fundación de las Hijas de Nuestra Señora, concebida y realizada por el celo de una sola mujer, pero animada ésta del espíritu de Dios, y vea los setenta y dos monasterios de dicha Orden, esparcidos por toda la redondez de la tierra, en los que se da enseñanza esmeradísima y completamente gratuita á millares de niñas, no podrá menos de quedar perfectamente orientado para dar con los verdaderos amigos, los verdaderamente amantes del bien del prójimo. Quedará perfectamente persuadido de que el celo, generosidad, desinterés y sacrificios que exige el verdadero amor, que de veras busca y quiere el bien de nuestros semejantes, sólo puede radicar y apoyarse en el espíritu de Dios y de su sagrado Evangelio.

Tal es el juicio que he formado de la obra titulada «La

Beata Juana de Lestonnac, Fundadora de la Orden de Religiosas Hijas de Nuestra Señora,» y que tengo el honor de comunicar á V. S. para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona, 10 de Enero de 1901.

PEDRO BATET, *Pbro.*

## VICARIATO CAPITULAR DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse la obrita titulada *La Beata Juana de Lestonnac, fundadora de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora*, por una Religiosa de la misma Orden del convento de Barcelona, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obrita y entréguese dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

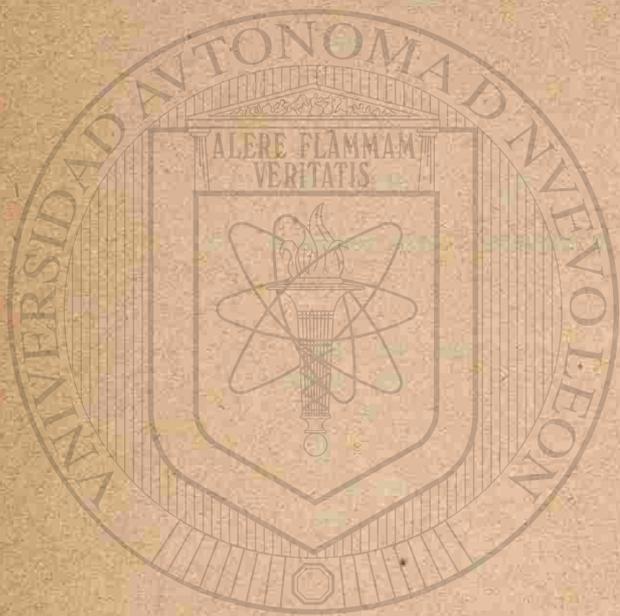
Barcelona, 17 de Enero de 1901.

EL VICARIO CAPITULAR,

Ricardo Cortés.

Por mandado de Su Señoría

LIC. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE ROS, Pbro.  
*Serio. Can.*



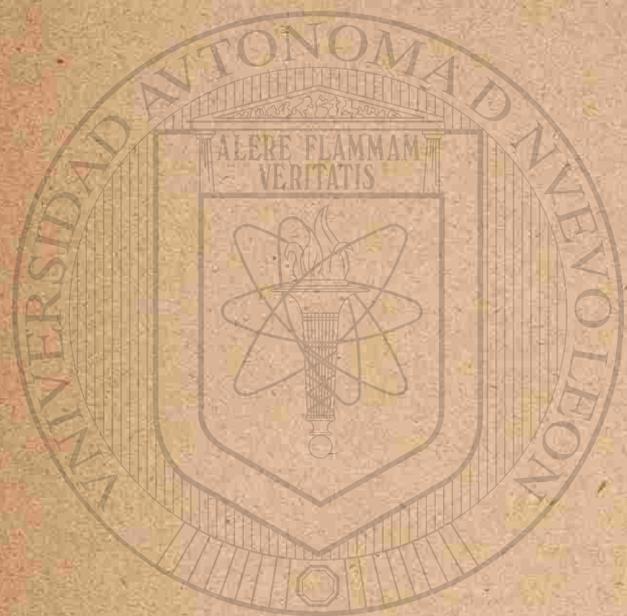
FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
35	16	todas	todos
39	20	Cavedan	Lavedan
83	4	había	habían
112	26	le fué	fue
156	22	tocasen	tocasen á
183	15	y	á
191	18	Hammar	Xammar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

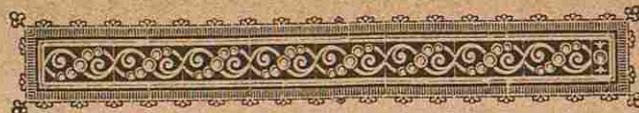
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B



## ÍNDICE

	PÁG.
Dedicatoria . . . . .	5
Introducción . . . . .	9
I.—Nacimiento, padres y primeros años de Juana de Lestonnac . . . . .	12
II.—Los dos hermanos. Lucha entre madre é hija. . . . .	15
III.—Primeros fervores de Juana. Habla interior. . . . .	18
IV.—Casamiento de Juana con el barón de Montferrant. . . . .	20
V.—Su conducta en el estado conyugal. Crianza de los hijos. Muere su padre el Sr. de Lestonnac, y su esposo el barón de Montferrant. . . . .	22
VI.—Su viudez. Profesan sus hijas Marta y Magdalena en el convento de la Anunciación. Cásase su hijo el barón de Montferrant. Se decide la Baronesa á entrar en las Bernardas de Tolosa. La partida. . . . .	25
VII.—El viaje. Viste el santo hábito. . . . .	28
VIII.—Enferma de gravedad la fervorosa novicia. . . . .	30
IX.—Visión. Sale de las Bernardas. . . . .	32
X.—Visita la Sra. de Lestonnac á su hijo el barón de Montferrant. Se retira á la Mothe-Darriet. Vuelve á Burdeos. El P. de Lestonnac. Juana se emplea en obras de caridad . . . . .	35
XI.—El P. Juan de Bordes y el P. Francisco Raymond. Revelación. Entrevista con la Sra. de Lestonnac. . . . .	39
XII.—Aparece el apóstol San Pedro acompañado del Discipulo amado, al P. de Bordes. Manifestación de la voluntad de Dios á su sierva la Sra. de Lestonnac. . . . .	43

XIII.—Se somete á la dirección del P. de Bordes. Primeras compañeras. Ejercicios espirituales. Plan del nuevo Instituto. . . . .	46
XIV.—El cardenal de Sourdis. Aprueba la «Fórmula del Instituto de las Religiosas de Nuestra Señora.» Sale el Sr. Moysset para Roma. El Papa Paulo V expide la Bula de aprobación. El apóstol San Juan se aparece á la Sra. de Lestonnac. Agrégase el nuevo Instituto á la Orden de San Benito. . . . .	50
XV.—Primer monasterio de Nuestra Señora.—El cardenal de Sourdis da el velo á la Sierva del Señor y á cuatro pretendientes. Auméntase la Comunidad. . . . .	56
XVI.—La M. de Lestonnac y sus compañeras empiezan las tareas de su Instituto. Fiesta de la Presentación de Nuestra Señora. . . . .	60
XVII.—Parte el cardenal de Sourdis á París.—Dejan las Madres la Casa del Espíritu Santo y pasan al nuevo Convento de la calle de Há. Regresa el Cardenal á Burdeos. Se resiste á conceder la profesión religiosa á la Madre Juana y á sus compañeras. Repentina mudanza del Cardenal. . . . .	62
XVIII.—Hacen su profesión religiosa la M. de Lestonnac y las nueve primeras compañeras. . . . .	66
XIX.—Breve noticia de alguna de las primeras Hijas de Nuestra Señora. . . . .	68
XX.—Propagación de la Orden de Nuestra Señora. . . . .	71
XXI.—Espíritu propio de la Compañía de María. . . . .	73
XXII.—Retrato físico y moral de la Beata Juana de Lestonnac. . . . .	74
XXIII.—Muere el P. Juan de Bordes. Quedan definitivamente redactadas las Reglas y Constituciones de la Orden de Nuestra Señora. Envíanse á todas las Casas de la Orden. . . . .	77
XXIV.—Muere el barón de Montferrant, hijo de la santa Madre, y su yerno el barón de Arpailhan. Sus hijas Marta y Magdalena pasan de la Anunciata á la Orden de Nuestra Señora. . . . .	81
XXV.—Período de pruebas muy sensibles para la Beata Madre. . . . .	85
XXVI.—Va á la fundación de Pau con sus nietas Juana y Francisca de Montferrant. Toman el velo. . . . .	89

XXVII.—Humildad profundísima de la santa Madre. . . . .	91
XXVIII.—Su grande mortificación. . . . .	97
XXIX.—Su trato y unión con Dios. . . . .	101
XXX.—El amor que tuvo á Dios y á la adorable persona de Jesucristo. . . . .	104
XXXI.—Devoción que profesó la Beata Madre á la Virgen María, á los Angeles y á los Santos. . . . .	110
XXXII.—Sus éxtasis y deliquios de amor divino. . . . .	114
XXXIII.—Casos extraordinarios ocurridos durante la vida de la santa Fundadora. . . . .	119
XXXIV.—Muere el cardenal de Sourdis. Le sucede en el arzobispado su hermano D. Enrique de Sourdis. Muere el P. Rogelio de Lestonnac. Vuelve la Beata Madre á Burdeos. Se imprimen las Reglas y Constituciones de la Orden de Nuestra Señora. . . . .	123
XXXV.—La santa Fundadora se prepara para morir. Carta á la M. de Poncastel. Hermoso pensamiento de la M. de Lestonnac. . . . .	127
XXXVI.—El cardenal-arzobispo Enrique de Sourdis se despide de la santa Madre. Sus hijas intentan sacar el retrato de la bienaventurada Fundadora. . . . .	131
XXXVII.—Accidente gravísimo. Prueban segunda vez sacar el retrato de la Beata Madre. Raro ejemplo de humildad y de obediencia que dió en su muerte. Muere la Sierva del Señor. . . . .	133
XXXVIII.—Varios acontecimientos prodigiosos que sucedieron después de su muerte. Circular de la M. de Franc. Exequias y sepultura de la santa Madre. . . . .	139
XXXIX.—Manifiesta el Señor la gloria de su fiel Sierva. . . . .	142
XL.—Incorruptibilidad del cuerpo de la Beata Madre. Epoca revolucionaria. Profanaciones. . . . .	145
XLI.—Las Religiosas perseguidas de muerte. Vuelven á reunirse. Las MM. Duterrail, Cathalot y Bonneau. Pesquisas para descubrir el cuerpo de la Madre de Lestonnac. Lo encuentran. . . . .	149
XLII.—Honras fúnebres. Entusiasmo general. Traslación solemne de los restos de la Beata Madre. Notas interesantes. . . . .	154
XLIII.—Celo de la M. Duterrail para promover la	

- Causa de beatificación de la M. de Lestonnac. Casos prodigiosos obrados por la intercesión de la Sierva del Señor. Procesos. Informe aprobado por el cardenal de Aviau. Súplica del mismo al Papa León XII. Petición de las Hijas de Nuestra Señora. Muere el arzobispo de Burdeos Sr. de Aviau. Le sucede el Sr. de Cheverus, quien desea y solicita la beatificación de la M. de Lestonnac. Varios Prelados se interesan por la santa causa. . . . . 158
- XLIV.—Preséntanse obstáculos. La M. Duterrail y la M. Lavedan parten para Roma. Nombran al Padre Orioli postulador de la Causa. Obtienen las dos Religiosas una audiencia del Papa León XII. . . . . 166
- XLV.—El P. Orioli es sustituido por el Sr. Trinchant. Muere en Roma la M. Duterrail. Introducción de la causa de beatificación de la M. de Lestonnac. . . . . 170
- XLVI.—Muere el Sr. Trinchant. Le sucede el Padre Vaurés. Suspendese la Causa. El Sr. Estrade se ofrece para reanudarla. La casa de Poitiers toma a su cuidado la Causa. Las demás Comunidades lo aprueban. Muere el Sr. Estrade. El Sr. Gallot ejerce el cargo de postulador. Lo reemplaza el R. Padre Virili. . . . . 173
- XLVII.—Celebrase la Congregación antepreparatoria. Muere el P. Virili y es reemplazado por su sobrino el Sr. Rafael Virili. Continúa la Causa felizmente. Tres casos milagrosos merecen la aprobación de la Santa Sede. . . . . 176
- XLVIII.—Se celebró la Congregación preparatoria. Muchas adhesiones é instancias á favor de la Causa. Congregación general. Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la Sierva del Señor. Decreto sobre los milagros. Expídesse el llamado del «Tuto.» Solemne acto de la beatificación de la M. Juana de Lestonnac. . . . . 183
- XLIX.—Fundación del Convento de Barcelona. Venida de las Madres fundadoras. Recibimiento. Grandes privaciones y contratiempos. Vuélvense dos de las Madres á Béziers. . . . . 187
- L.—Trasládase la Comunidad al llamado palacio del Arzobispo de Tarragona. Celo y progresos. Nuevas

- vicisitudes. Salen airosas de los contratiempos. Traslación del centro de la ciudad al Ensanche de Barcelona. Autoridad y licencias competentes. . . . . 191
- Catálogo . . . . . 194
- Himno á la Beata M. Juana de Lestonnac. . . . . 211
- Censura y aprobación. . . . . 213
- Fe de erratas. . . . . 217



BIBLIOTECA

111  
B  
B  
C